

SIMPATÍA POR EL DIABLO

UNA NOVELA DE

AGUSTÍN
DÍAZ
YANES


ESPASA

UNA NOVELA DE
AGUSTÍN
DÍAZ YANES

© **Agustín Díaz Yanes, 2012**

© Espasa Libros, S. L. U., 2012

Diseño e imagen de cubierta: más!gráfica

Depósito legal: B. 11.168-2012

ISBN: 978-84-670-3876-7

Para mi hermana

PRIMERA PARTE

1

«Lo más difícil de estar enamorada es conseguir que no se note», pensó Isabel Prieto mientras recogía su mesa de trabajo. Tenía que hacer un gran esfuerzo para controlar sus emociones. Había cosas mucho más importantes en juego.

Hacía dos horas que había copiado a mano dos hojas de la agenda personal de su jefe, Julián de la Hoz, presidente del Banco Hispania y uno de los hombres más ricos de España. Las copias las había escondido en un termo de café con doble fondo que había llevado para tal efecto. Todas las precauciones eran pocas. Los enemigos cada día eran más poderosos, y ellos, a día de hoy, todavía muy poca cosa.

Una vez recogida su mesa de trabajo, Isabel se sentó a esperar. Lucio Inguanzo le había insistido mucho en que no se apartase de su rutina diaria, y ella jamás se marchaba del banco antes de las ocho. Para aligerar la espera se concentró en el discurso que la presidenta del Gobierno, Elisa Velázquez, pronunciaba en esos momentos en el Congreso de los Diputados. Con su tono monocorde y unas pausas eternas entre palabra y palabra, la presidenta enumeraba la lista de las nuevas medidas que iban a sufrir los españoles.

Era el primer discurso de Elisa Velázquez tras haber formado, obligada por las circunstancias, un gobierno de concentración con el principal partido de la oposición. Su líder, y actual vicepresidente del Gobierno, el ultraconservador Vicente Ruiz, escuchaba atentamente desde su escaño. Las cámaras le enfocaban una y otra vez vigilando sus gestos, al acecho de sus reacciones.

A las ocho en punto, Isabel se levantó y apagó el televisor. Como secretaria personal de Julián de la Hoz, tenía permiso para entrar en su despacho cuando ella lo considerara necesario. Aun así, siempre llamaba dos veces antes de abrir la puerta.

En el despacho, junto a su jefe, siguiendo con atención el discurso de la presidenta, había otras personas: Luis López Castro y Mirella Dubois, gerente de la Fundación Hispania y directora de comunicación del banco.

A Isabel, como a casi todo el mundo que le trataba, Luis López Castro le resultaba

especialmente antipático. Sus aires de hombre importante, su trato grosero y desconsiderado con sus inferiores y el servilismo que desplegaba ante Julián de la Hoz le repugnaban.

Luis López Castro, madrileño de 1950, era una de esas inteligencias moldeadas para la oscuridad, como tantas otras, en el Colegio del Pilar y en la Facultad de Derecho de Madrid. Siempre en la segunda fila del poder, había ocupado diferentes cargos técnicos en varios gobiernos de la democracia. Entre ellos el de secretario de Estado de Interior en los años noventa. Ahora ocupaba la presidencia de la Comisión Nacional del Mercado de Valores. Un cargo que convenía extraordinariamente a los planes de Julián de la Hoz. Su actividad favorita, además de ganar dinero y adular a los poderosos, era la de conspirar.

Esa tarde vestía uno de sus trajes hechos a medida en Savile Row. Isabel constató con satisfacción que, a pesar de la reconocida maestría de los sastres ingleses, López Castro, al igual que la mayoría de la élite conservadora española, deslucía la prestancia del traje con una corbata inadecuada, de colores imposibles.

Mirella le dedicó una sonrisa cuando pasó por su lado. Aunque como directora de comunicación ganaba veinte mil euros al mes y ella sólo tres mil, a Isabel le caía bien.

La secretaria se acercó a don Julián y le pidió permiso para marcharse.

—Por supuesto, váyase a casa y descanse —le contestó, tan correcto como siempre.

Isabel salió a la calle y atravesó la barrera de manifestantes que veinticuatro horas al día, siete días a la semana, protestaban frente a la sede del banco y que tanto irritaban a don Julián.

A pesar de que su destino era la estación de metro de Iglesia, un trayecto que desde Sol, la estación más cercana a la sede del banco, se hacía en poco más de quince minutos, Isabel ya sabía que, debido a las reglas de clandestinidad que le había impuesto Lucio Inguanzo, su viaje iba a ser mucho más largo. Por la mañana, mientras desayunaba, había memorizado el itinerario a seguir: de Sol a Ventas por la línea 2; de Ventas a Alonso Martínez por la línea 5; de Alonso Martínez a Bilbao por la línea 4; y, finalmente, de Bilbao a Iglesia por la línea 1.

En total su viaje le llevaría aproximadamente una hora. Pero cambiar cuatro veces de línea le permitía asegurarse de que llegaba al piso de la calle Virtudes, donde se celebraba la reunión, sin que nadie la siguiera.

Para matar el tiempo y el miedo, Isabel leía, o hacía que leía. Un libro era una buena excusa para vigilar con discreción. Cada poco tiempo interrumpía su lectura y echaba un rápido vistazo a los restantes pasajeros. En cada trayecto, procuraba memorizar los rostros de aquellos viajeros que le parecían sospechosos, por si se los volvía a encontrar en el siguiente recorrido.

Esa tarde empezó la lectura de una novela que se había comprado tanto por el título *Los enamoramientos*, como por una cierta fidelidad al autor, pues gracias a una frase que leyó en uno de sus libros —«la felicidad puede inventarse»—, su vida cambió.

La invención de su felicidad fue para Isabel un proceso largo, con avances y retrocesos. Una mezcla de rutinas y perseverancias. Lo primero, fue el trabajo. Convertirse en una secretaria perfecta. Lo logró. Después, ordenó su tiempo libre: los lunes, series inglesas; los martes, *sitcoms*; los miércoles, series de acción —gánsteres, policías—; los jueves, series raras —*Tinker Taylor Soldier Spy*, *Inspector Morse*, *Rubicon*—; los viernes, abogados. Los sábados, dividía su tiempo entre la limpieza de su casa, la compra de la semana y la lectura. Y los domingos, los dedicaba a ver una y otra vez las siete temporadas de *El ala oeste de la Casa Blanca*. Además de conocerse de memoria diálogos y situaciones, hacía un seguimiento exhaustivo de su personaje

favorito C. J. Gregg, la portavoz de la Casa Blanca y más tarde jefa del gabinete del presidente Bartlet en la serie, interpretado por la actriz Allison Janney.

C. J. era una mujer con la que se identificaba al cien por cien. Le encantaba su forma de andar, sus gestos, sus seguridades y sus inseguridades. Procuraba imitarla.

Le hubiera gustado también poder imitar su vestuario, pero ni su sueldo ni su posición laboral se lo permitían. Fue a partir de esa pequeña frustración cuando empezó a aficionarse a la lencería sofisticada. Ya que no podía ir vestida a su gusto por fuera, se daría el lujo de hacerlo por dentro. Esa tarde, a pesar de que iba a una reunión clandestina, estrenaba un conjunto de tanga y sujetador color negro de La Perla, comprado en rebajas, aunque le había costado buena parte de su sueldo. Tenía sus razones.

* * *

Desde otros puntos de Madrid, tres hombres, que también habían tomado sus precauciones, se habían ido encaminando al piso de la calle Virtudes. El más mayor de los tres, Lucio Inguanzo, un anciano, salía en ese momento de la habitación 311 del Hospital Gregorio Marañón, donde estaba ingresada su mujer.

En el otro extremo de Madrid, Antonio Oliver bajaba a toda prisa las escaleras de servicio de un hotel en dirección al parking. Llevaba bajo el brazo un casco de motorista. En el aparcamiento, tal y como le había indicado la mujer que le había recibido en la habitación 722, le esperaba un joven con una moto de gran cilindrada para llevarle al piso de la calle Virtudes. En el hall del hotel, ajenos a lo que estaba ocurriendo, sus guardaespaldas esperaban pacientemente a que su protegido cumpliera con lo que ellos pensaban que era una aventura galante. Tampoco sabían que la mujer de la habitación y la moto del parking formaban parte de la red clandestina que Lucio Inguanzo había diseñado para que Antonio Oliver pudiera despistarlos. Antonio Oliver era el ministro de la Presidencia del nuevo gobierno de concentración presidido por Elisa Velázquez.

El que había llegado con antelación al piso era Javier García. De pie frente a un gran mural de corcho que ocupaba una de las paredes del destartado apartamento, reordenaba y revisaba las fotos que salpicaban el panel. La parte superior la ocupaban los retratos de Julián de la Hoz y del vicepresidente del Gobierno, Vicente Ruiz. En una esquina pinchó la foto de la presidenta Velázquez y con un rotulador trazó encima de su rostro un signo de interrogación.

Debajo de ellos, colocó los retratos de Luis López Castro, Mirella Dubois, y del subsecretario de la Vicepresidencia, Jaime Bosch. Después fue añadiendo a la gobernadora del Banco de España, Beatriz del Álamo, al fiscal general del Estado y al presidente de las Cortes. El resto del panel lo rellenó con empresarios y banqueros, políticos de los dos partidos mayoritarios, presidentes de empresas públicas y altos cargos de la administración del Estado.

Javier García —exinspector de Hacienda y exasesor de la Presidencia en el primer gobierno de Fernando Alcaraz, el presidente más exitoso de los últimos años y para muchos españoles prematuramente retirado— era el causante, aunque él no lo sabía, de que Isabel estrenase esa tarde el conjunto de tanga y sujetador negro de La Perla.

Ella fue precisamente la última en llegar, y aunque faltaba aún una quinta persona, saludó a los tres presentes y sacó del termo las dos hojas en las que había copiado los datos de la agenda personal de Julián de la Hoz. Inguanzo encendió la vieja televisión del apartamento para que su

sonido tapara las conversaciones. Una de las entradas, subrayada por Isabel, rezaba así: *Miércoles 24, comida con embajador T. S.*

—La he subrayado, porque estaba escrita con tinta verde, que es el color que utiliza don Julián para las citas muy importantes. Lo único que he podido averiguar es que el tal T. S. es americano.

—Yo me encargaré —dijo Javier.

No les dio tiempo a más. Los cuatro se volvieron al unísono al televisor. Una locutora leía un flash informativo. La persona que esperaban, el expresidente del Gobierno Fernando Alcaraz, había fallecido repentinamente en su domicilio víctima de un infarto de miocardio.

* * *

En el despacho de Julián de la Hoz la muerte de Fernando Alcaraz causó casi la misma impresión, aunque por diferentes razones, que en el piso de la calle Virtudes.

—¿Supongo que no tenemos nada que ver en esto? —preguntó airado el banquero.

—Por Dios, Julián —contestó Luis López Castro—. Qué cosas dices. Le teníamos vigilado porque Alcaraz siempre fue un tipo peligroso. Y porque todavía conservaba mucho poder dentro de su partido. Pero de eso a lo que insinúas... La verdad, me molesta que...

Julián de la Hoz le interrumpió:

—No te lo he preguntado para molestarte, sino para estar informado. No me gustan las sorpresas.

—Te aseguro que en este asunto no te vas a llevar ninguna.

—Eso espero. —Y dio por terminada la conversación.

Mirella esperó a que don Julián se calmara.

—Debería usted asistir al entierro —le insinuó.

—Bajo ningún concepto.

* * *

Isabel llegó a su casa una hora después de que la noticia de la muerte de Alcaraz apenara a media España y alegrara a la otra media. Llevaba consigo una vieja maleta llena de los documentos, fotografías e informes que hasta entonces guardaban en el piso de la calle Virtudes. Ya no volverían a él. Lucio Inguanzo, a la espera de saber exactamente las causas de la muerte del expresidente, había decidido que el apartamento ya no era un lugar seguro para reunirse. Buscaría otro piso franco y se lo comunicaría a todos de la forma convenida.

Mientras, Isabel se encargaría de guardar la documentación. Inguanzo había intentado levantarles la moral, pero se separaron con el ánimo encogido. Todos sabían que sin Alcaraz las posibilidades que tenían de parar a los conspiradores que querían apoderarse del país eran más bien escasas.

2

Seis meses antes de que muriera Fernando Alcaraz, Isabel era una mujer solitaria centrada en su trabajo en el banco y en la rutina que se había impuesto para sobrevivir. Naturalmente, era ajena por completo a que el destino, o el azar, la estaba esperando.

La tarde en que su vida cambió, Isabel recogía su mesa para marcharse a casa, cuando Mirella salió del despacho de Julián de la Hoz y le dijo:

—Isabel, lo siento, pero don Julián está leyendo un informe muy importante y no quiere que le molesten. Así que no le pases ninguna llamada ni dejes entrar a nadie. Sea quien sea.

No tener horario fijo formaba parte de sus obligaciones como secretaria personal del presidente del banco e Isabel lo aceptaba de buen grado. Don Julián era considerado y muy pocas veces le hacía quedarse más allá de las ocho, así que no podía quejarse. Pero esa noche era jueves y el retraso la incomodaba. Iba a empezar la tercera temporada de *Deadwood*, una serie que le encantaba por muchas razones, pero, sobre todo, por la forma de andar de uno de sus protagonistas, Timothy Olyphant, y por la sensualidad de su actriz principal, Molly Parker.

En el canal de noticias anunciaban una entrevista en profundidad con el expresidente Alcaraz. La primera que concedía después de cuatro años de silencio. La entrevistadora era Lucía Flores, la periodista independiente más prestigiosa de la televisión. Isabel nunca había votado a Alcaraz, las pocas veces que se había acercado a las urnas eligió opciones más conservadoras. Pero le gustaba Lucía Flores, y todo el mundo, amigos y enemigos, coincidían en que Fernando Alcaraz era un político muy inteligente. Decidió ver la entrevista.

* * *

Mirella, por su parte, después de hablar con Isabel, había salido a toda prisa. Quería llegar a tiempo a su casa para ver también la entrevista y esperar el dictamen de Julián de la Hoz sobre el informe que acababa de entregarle. Un informe que habían redactado Luis López Castro y Jaime Bosch, la mano derecha del hombre fuerte del partido conservador y presidente de la Comunidad

de Madrid, Vicente Ruiz. Ruiz era un político duro, táctico, que no gustaba de compromisos y componendas, y que había ido subiendo escalones en el partido conservador, acompañado por una guardia de corps de jóvenes turcos liderados por Jaime Bosch que limaban sus asperezas y cubrían sus flancos más débiles. O, por lo menos, eso creían ellos.

Jaime era pareja de Mirella desde hacía unas semanas, y aunque todavía no vivían juntos, él pasaba la mayor tiempo del tiempo en su casa.

—Pensaba que Alcaraz se había jubilado después de colocarnos a Elisa Velázquez —comentó irónico.

—Cállate, quiero oír lo que dice.

Mirella, que, al contrario que Isabel, sí había votado a Fernando Alcaraz aunque siempre se lo había ocultado a don Julián y, por supuesto, a Jaime, se concentró en la entrevista. Le interesaba mucho lo que pudiera decir el expresidente. Pero Jaime se lo impidió.

—No sé por qué perdemos el tiempo escuchando a Alcaraz. Es el pasado.

Mirella decidió que era el momento de bajarle los humos. Si había algo que la molestaba eran los hombres que no escuchaban y que siempre querían tener razón.

—No estoy tan segura. Te recuerdo que ganó dos elecciones por mayoría absoluta, y que aunque lleva cuatro años retirado sigue siendo el político mejor valorado del país.

A Jaime no le gustó el comentario de Mirella. Más que nada porque era verdad, y porque si algo le inquietaba, aunque nunca lo reconocería ni en público ni en privado, era que Fernando Alcaraz volviera a la política. Él era la única persona que podía estropear lo que estaban a punto de conseguir. Miró su reloj, Julián de la Hoz debía de estar a punto de terminar la lectura del plan que iba a cambiar la historia de España.

* * *

Acertó. Justo en ese momento, el banquero terminaba la lectura del informe. «Buen trabajo», pensó, pero el título *Llano Amarillo* no le gustaba. Remitía al pasado. Apagó el cigarrillo y buscó su pluma de tinta verde para cambiarlo. Lo titularía *El informe Tocqueville*. Pero no le dio tiempo. Se abrió la puerta de su despacho y entró Isabel visiblemente alterada.

—Creía que había dado órdenes de que no se me molestara bajo ningún concepto —dijo en su tono más cortante.

Pero las noticias que le traía Isabel le causaron tal conmoción que tuvo que aferrarse a la mesa para no caer. Su mujer, Mercedes, había sufrido un aneurisma cerebral y en ese momento la estaban trasladando al hospital.

A Julián de la Hoz le invadió una angustia absoluta. Si había alguien a quien quería y necesitaba en esta vida, era a su mujer.

—Su coche le está esperando —dijo Isabel, mientras le ayudaba a ponerse el abrigo.

Pasado el primer momento de pánico, don Julián recobró la compostura y las buenas maneras.

—Ha hecho usted muy bien en interrumpirme, se lo agradezco. Avise a Mirella y dígame que se reúna conmigo en el hospital.

* * *

Lo primero que hizo Isabel tras la marcha de don Julián, fue vaciar los ceniceros y abrir de par en

par los ventanales del despacho para airear la estancia. Un golpe de viento desparramó por el suelo las hojas del informe titulado provisionalmente *Llano Amarillo*. Isabel cerró las ventanas y recogió las hojas. Al ordenarlas, no pudo por menos que reparar en su contenido. Había visto demasiadas series de televisión —la última *Rubicon*—, para no darse cuenta de inmediato de que lo que tenía entre las manos no era un documento interno del banco ni un estudio más de la situación política. Cerró la puerta del despacho de Julián de la Hoz y leyó a fondo *Llano Amarillo*. Se asustó: lo que tenía entre las manos era el plan de una conspiración para apoderarse del Estado.

Volvió a su mesa y se sentó. Necesitaba pensar. En la televisión el expresidente seguía contestando a las preguntas de Lucía Flores. Un comentario de Alcaraz: «El único poder que tiene la gente común para controlar a los poderosos es el voto», disipó las pocas dudas que tenía sobre qué hacer.

Tras unos momentos de reflexión, decidió los pasos a seguir. Primero llamó a Mirella y le transmitió las órdenes de don Julián. Después, hizo una copia del documento en su fotocopidora y dejó el original en la mesa del banquero. A continuación, se sirvió un café y lo vertió en el interior de la fotocopidora: lo más importante era no dejar rastro alguno de la copia que acababa de hacer.

Después, descolgó el teléfono y llamó a mantenimiento. Necesitaba que cambiaran la máquina de inmediato, se había estropeado.

Mientras los técnicos subían una nueva, rebuscó en sus agendas hasta que encontró el teléfono del domicilio de Fernando Alcaraz. Una vez que los operarios terminaron de instalar la nueva fotocopidora, Isabel dio por terminada su jornada de trabajo. Se guardó la copia de *Llano Amarillo* en su bolso y salió a la calle. En vez de coger el metro como tenía por costumbre, echó a andar. La primera cabina telefónica con la que se encontró estaba ocupada, la segunda averiada. En la tercera marcó el número del domicilio particular del expresidente del Gobierno Fernando Alcaraz. Le contestó una mujer.

* * *

Los escoltas, a los que tenía derecho como expresidente, acompañaron a Alcaraz hasta la puerta de su casa, un pequeño chalé situado a espaldas de la calle Fundadores. A sus sesenta y tres años todavía conservaba ese aire un poco golfo que tanto gustaba a las mujeres, excepto a la suya. O eso pensaba él.

La notaba cada vez más distante. Julia se pasaba el día leyendo o viajando con sus amigas. Se sentía cada vez más solo y más viejo. Hacía más de cinco meses que no se acostaban y los celos le torturaban. Julia era diez años más joven que él y los hombres todavía la miraban con deseo. Cuando decía que se iba de viaje con sus amigas... ¿sería verdad?, ¿o las amigas eran sólo una tapadera?

A pesar de que durante el trayecto de vuelta había decidido no preguntarle su opinión sobre la entrevista que acaba de realizar, su vanidad de político pudo más que su rencor de marido celoso.

—¿Has visto la entrevista? ¿Qué tal he estado?

Julia se levantó del sillón, se quitó las gafas de lectura, le besó en la mejilla y, en vez de contestar a su pregunta, le dijo en voz baja:

—Hay una mujer esperándote en tu despacho. Tiene algo muy importante que contarte.

Extrañado, Alcaraz se dirigió a esa habitación, donde le esperaba Isabel que, nerviosa, se presentó atropelladamente.

—Me llamo Isabel Prieto, y soy la secretaria personal de Julián de la Hoz. Si quiere usted comprobar que lo que digo es verdad...

El expresidente hizo un gesto con la mano para que siguiera hablando. Siempre había tenido debilidad por las mujeres guapas, y esta lo era: alta, rubia, con bonitas piernas. «Una belleza muy hitchcockiana», pensó Alcaraz, que tenía cierta tendencia a la cursilería y a las frases hechas.

—Necesito que lea esto —dijo Isabel, y sacó de su bolso el informe que acababa de fotocopiar.

Pero antes de que Alcaraz comenzara su lectura, Isabel se oyó decir:

—Quiero que sepa, para que no haya malentendidos, que yo nunca le he votado. —Se arrepintió inmediatamente de haber sido tan maleducada e imprudente, pero Alcaraz, un maestro en el arte de ganarse corazones para su causa, la sacó del apuro con una risotada.

—Lamento que no me haya votado, pero quizá hizo usted bien, quién sabe. Ahora, si me permite un consejo, nunca le diga a un político que no le ha votado. Somos las personas más rencorosas del mundo. —Y tras guiñarle un ojo se enfrascó en la lectura de *Llano Amarillo*.

* * *

Mirella entró en el hospital preocupada por su jefe. Ella conocía muy bien la devoción que sentía por su esposa. Se abrió paso entre varios miembros de la élite financiera y política del país, y se acercó a don Julián que, apartado de todos y hundido en uno de los sillones de la sala de espera, tenía los ojos cerrados. «Seguramente estará rezando», pensó Mirella.

Don Julián abrió los ojos y se levantó para saludarla. Se alegró de verla, entre otras razones porque a su mujer Mirella le caía bien.

—¿Cómo está doña Mercedes?

—Mal, muy mal. —Y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Pero hay que confiar en Dios. Ahora estamos en sus manos.

Mirella, que no creía en Dios, asintió. Lo que ella no sabía —porque no lo sabía nadie, ni siquiera su mujer— era que don Julián no era un creyente al uso. Sentía poca simpatía por la Iglesia católica; admiraba su organización, pero el dogma le incomodaba.

Julián de la Hoz pensaba, como su admirado Tocqueville, que «el hombre sale de la nada, atraviesa el tiempo y va a desaparecer para siempre en el seno de Dios. Sólo por un momento se le ve vagar por el límite de los dos abismos en que se pierde». Pero su posición social, su educación y su aversión al escándalo le obligaban a participar de una ortodoxia que le era ajena. Sabía que Dios no iba a mediar en la curación de su esposa. Y esa certeza le desesperanzaba aún más.

Después de poner en orden sus emociones, le dijo a Mirella:

—Ya me leí el informe. Llame a López Castro y dígame que lo apruebo y que tome las medidas pertinentes.

* * *

Fernando Alcaraz se aflojó la corbata para poder respirar mejor.

—¿Quién está detrás de esto, además de Julián de la Hoz? —le preguntó a Isabel.

—Que yo sepa, Luis López Castro.

—López Castro —suspiró Alcaraz—. Un prototipo de español muy habitual en la historia de nuestro país. Capaz de robarle la limosna a un pobre al tiempo que preside una ONG. Una joya.

Julia entró en el despacho sin hacer ruido y se sentó en el brazo del sillón que ocupaba su marido.

—¿Lo has leído? —le preguntó Alcaraz.

—Sí. Isabel me lo dejó leer antes de que tú llegaras.

—¿Qué opinas?

—Que tienes que ponerte en marcha. —Y le acarició la mejilla.

3

El entierro del expresidente Alcaraz se convirtió en una inmensa manifestación de duelo popular. Sentado frente al televisor, Julián de la Hoz comprobaba con preocupación cómo desde primeras horas de la mañana miles de ciudadanos invadían el centro de Madrid para despedir al que fuera su presidente.

«Las muchedumbres. Por ahora las necesitamos —pensó—. Ellas con sus votos serán el instrumento del cambio». Pero moldear su ánimo, encauzarlas y satisfacer sus ansiedades era una tarea delicada. «Hacer mucho podía ser tan funesto como no hacer nada». Ese era el dilema.

La imagen de su antiguo compañero de colegio Alfonso Tena le sacó de sus reflexiones. El también expresidente del Gobierno y actual presidente de honor del partido conservador acompañaba a la viuda de Alcaraz en la tribuna de personalidades. Ya desde el colegio, Alfonso Tena le había parecido una persona de carácter débil. Tenía talento, capacidad y simpatía, pero era un *bon vivant* y no le gustaban los sacrificios. No era un estadista. El hombre que pudo reinar y se quedó en un presidente de gobierno proclive a los pactos y a las componendas.

Alfonso Tena, con su melena blanca cuidadosamente peinada, sus trajes cruzados, su aspecto —ridículo para su edad— de galán de los años cincuenta, le parecía —dudó antes de elegir la palabra— un cantamañanas.

Mientras Julián de la Hoz pensaba en su antiguo compañero de colegio, a pocos metros de él, Isabel Prieto conspiraba en su contra. Una hora antes Mirella le había avisado que don Julián esperaba unos informes muy importantes.

—Pásaselos en cuanto lleguen.

Minutos después, el director del servicio de estudios del banco los depositó encima de su mesa. Como no podía ni fotocopiarlos ni resumir sus contenidos, Isabel memorizó los títulos: «Valoración económica de los parques naturales españoles»; «Valoración económica de los museos de titularidad pública»; «Informe sobre la prospección de tierras raras en Valencia y Galicia»; «Informe sobre el fondo de reserva de la Seguridad Social»; «Informe y valoración

económica de empresas públicas y consorcios del Estado».

Cuando se levantó de la mesa para llevárselos a don Julián, en la pequeña televisión de su despacho se estaban emitiendo imágenes de archivo de Fernando Alcaraz. A Isabel le emocionó la coincidencia. Allí donde estuviera le pidió ayuda.

* * *

«Muerto el perro se acabó la rabia», pensó Luis López Castro, sentado en su despacho de presidente de la Comisión Nacional del Mercado de Valores.

—Muerto el perro se acabó la rabia —dijo, esta vez en voz alta.

—Así es —replicó Alfredo Junquera, director de la empresa de seguridad privada Monteverde, de la que Luis López Castro era el máximo accionista.

—Pero no te relajes. Mantén las antenas desplegadas.

Alfredo Junquera asintió, como hacía siempre que López Castro le daba una orden. No en vano había sido su jefe en el Ministerio del Interior y el que le había salvado de ir a la cárcel por un asunto de corrupción. El lazo que los unía iba mucho más allá de lo estrictamente profesional. Se entendían a la perfección. Si López Castro era la noche, Junquera era la niebla. Una niebla densa, pegajosa y muy peligrosa.

Luis López Castro volvió a centrarse en la televisión. «Muerto el perro se acabó la rabia», se repitió a sí mismo satisfecho de su ingenio.

* * *

Si había un español que había sentido la muerte de Alcaraz, tanto o más que su propia familia, ese era Luis García, *Luisillo*, el padre de Javier García. Cuando su hijo trabajaba en su gabinete, un día, sin avisar, el entonces presidente Alcaraz se presentó en su casa. Había oído, dijo, que hacía los mejores callos de Madrid. Le gustaría probarlos.

La presencia del presidente Alcaraz comiéndose sus callos, en su casa, en su cocina, fue definitiva para que Luis García se convirtiera en su más ferviente admirador.

Pero cuando en la sobremesa Alcaraz sacó de su cartera la entrada a la plaza de toros de Las Ventas, fechada el 15 de mayo de 1966, que le acreditaba como uno de los asistentes a la histórica faena de Antonio Chenel, *Antoñete*, al toro *Atrevido*, Luis García, que había terminado su carrera de banderillero en la cuadrilla del genio del mechón blanco, se echó a llorar. Desde entonces, y para el resto de su vida, cuando hablaba de Fernando Alcaraz se refería a él como «el Monstruo».

Aunque hacía más de veinte años que no toreaba, Luis García seguía viviendo en torero. Había asistido al entierro de «el Monstruo» vestido impecablemente, como debe ser. De vuelta a casa, subió las escaleras a paso ligero para mantenerse en forma: el ascensor era para las señoras y los viejos. Cuando llegó al descansillo, antes de entrar en su casa, echó una mirada a la puerta del piso de enfrente. Como de costumbre, su vecina Matilde le espiaba por la mirilla. La saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Qué tal el entierro? —le preguntó su hijo.

—De categoría. Millones y millones de personas. Lo que se merecía «el Monstruo». Ni más ni menos. —Cogió una silla de la cocina y se sentó a su lado.

Cuando unos años antes el presidente Alcaraz le comunicó que ya no precisaba de sus

servicios como asesor, Javier decidió tomarse la vida con tranquilidad. No quiso reintegrarse a su antiguo puesto de inspector de Hacienda, vendió su apartamento y volvió a casa de su padre. Después de su paso por la política necesitaba emociones verdaderas y nadie mejor que Luis García, *Luisillo*, para que la vida fuera una sorpresa constante. Montó una pequeña oficina de trabajo en la cocina, la habitación más grande de la casa, donde instaló dos terminales Bloomberg desde las que seguía la evolución de las bolsas y de los indicadores económicos.

Desde su improvisada oficina invertía, con prudencia, sus ahorros y los de su padre. A pesar de la crisis, o gracias a ella, porque las crisis siempre ofrecen oportunidades a quienes saben entenderlas, sus inversiones les generaban a ambos beneficios aceptables.

Javier, que respetaba y temía el poder maléfico del dinero, procuraba que las ganancias siempre se mantuvieran por debajo del umbral en el que empezaban a ser peligrosas. Ser rico, en su opinión, estaba muy sobrevalorado. Te obligaba demasiado.

Cuando su padre se sentó junto a él, a Javier se le vino el mundo encima. Lo conocía perfectamente y sabía que no estaría callado mucho tiempo. Y ahora necesitaba poder concentrarse. No había ido al entierro de Alcaraz, y bien que lo sentía, porque las multitudes le agobiaban y para poder pensar con tranquilidad. Sabía perfectamente que las crisis económicas se anuncian con datos dispersos que se ocultan en el maremágnum de cifras, estadísticas, operaciones financieras e informes oficiales.

Alcaraz, en la última reunión que habían tenido justo antes de morir, les había advertido que los conspiradores se lanzarían a la yugular cuando la economía se viniera definitivamente abajo. Había que estar preparados. Por eso, Javier rastreaba una y otra vez las pantallas de sus ordenadores para adelantarse a lo que se avecinaba: las predicciones del Instituto Meteorológico que anunciaban un invierno muy frío, lo que suponía una demanda mayor de gas, y por tanto una subida de los precios; la lenta, pero inexorable alza del precio del petróleo; los datos de inflación en China; la noticia de que cada vez grupos más numerosos de graduados americanos y europeos se negaban, bien porque no podían, o bien porque los consideraban abusivos, a pagar los créditos que habían recibido para realizar sus estudios. Y el índice báltico.

—Y eso tan raro, ¿qué es? —le preguntó Luis García a su hijo mientras señalaba un gráfico en una de las pantallas.

—El índice báltico —contestó Javier, resignado pero melancólico. Sabía muy bien lo que le esperaba.

—El *bártico*. ¿Y qué ocurre con el *bártico*? Te noto preocupado.

Javier renunció, una vez más, a corregir la pronunciación de su padre, y se preparó para una larga explicación. Si había algo que asustaba a Luisillo era una mala noticia económica.

—Ha bajado veinticinco puntos.

Tal y como había previsto, su padre no encajó bien la noticia. Se aflojó la corbata, suspiró y le agarró con fuerza el brazo.

—Explicame eso del *bártico*, me interesa.

Javier se armó de valor.

—Presta atención y no me interrumpas. Todas las materias primas, el carbón, el hierro, el trigo, se transportan desde el país que las produce al país que las compra. ¿De acuerdo? La mayor parte del transporte se hace por barco. Cuando en los países que compran la economía va bien, contratan miles de barcos para el transporte, y cuando la economía empieza a ir mal contratan

menos barcos. Y eso es lo que mide el índice báltico: el número de contrataciones de las rutas marítimas. Si las contrataciones de barcos bajan un veinticinco por ciento como hoy, es que vienen malos tiempos. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente. Ese índice *bártico* es como una premonición, un presentimiento. Como cuando a mí me empieza a doler la pierna y a los pocos días se pone a llover.

—Exacto —dijo Javier una vez más asombrado de la intuición de su padre.

Luis García se levantó preocupado con lo que acababa de oír, y con dos palabras hizo un diagnóstico certero de la crisis que se avecinaba.

—Vaya tela.

* * *

La oficina económica de la presidenta Velázquez también había registrado los nubarrones que amenazaban a la ya muy exhausta economía española. De común acuerdo con sus colaboradores, el responsable de la oficina económica prefirió darle la mala noticia a la presidenta cuando esta se hubiera recuperado de las emociones del entierro.

Elisa Velázquez de vuelta del crematorio se había dirigido directamente a sus habitaciones, y había dado la orden de que nadie la molestara. Su gobernanta la recibió con un anuncio que se repetía casi todas las noches.

—Su marido ha dejado recado de que no vendrá a cenar.

La presidenta esperó a que la mujer saliera de su dormitorio, se quitó los zapatos que le habían destrozado los pies y se tumbó en la cama. Se concentró en un punto del techo e intentó poner su mente en blanco, pero no pudo.

«Todo va de mal en peor», pensó con amargura. La economía, su vida privada. Hasta sus hijos la miraban con cierto recelo. No soportaban su mal humor, ni las continuas peleas con el resentido de su marido.

Unos golpes en la puerta cortaron el hilo de sus reflexiones. Estaba tan cansada y tan deprimida que ni siquiera se enfadó porque hubieran desobedecido sus órdenes. Se preparó para recibir mala noticias.

—Hungria ha declarado la bancarrota —le dijo su jefa de gabinete nada más abrir la puerta.

* * *

Que Hungria se declarara en bancarrota no sorprendió a Julián de la Hoz. Freedom Bird, el grupo americano de manejos de fondos de capital, llevaba un tiempo invirtiendo allí, y, como socio del grupo, conocía muy bien el lamentable estado de las finanzas húngaras. No sería el último de los países del Este en caer.

Pero la noticia económica más interesante no era la caída de Hungria, sino el ataque brutal que se estaba produciendo en esos mismos momentos a la deuda italiana. España no tardaría en verse afectada. Había que acelerar las cosas. Descolgó el teléfono y le transmitió a Mirella sus instrucciones. Después, se sumergió en la lectura de los informes que le había pasado Isabel. Tenía que preparar al detalle la reunión con el enviado de Freedom Bird.

* * *

A la misma hora, Jaime Bosch, inquieto por las multitudes que habían asistido al entierro de Alcaraz, estaba intentando convencer al vicepresidente de la necesidad de lanzar una campaña de prensa centrada en el lado oscuro de Alcaraz para rebajar su popularidad, cuando le sonó el móvil. Era Mirella.

—Jaime, Alcaraz está muerto. Dejémoslo en paz —le contestó Vicente Ruiz con sequedad.

Y molesto con el sonido del móvil de su subsecretario le instó a que respondiera a la llamada. Bosch salió del despacho para atender a Mirella y el vicepresidente aprovechó para servirse un dedo de whisky y bebérselo de un trago. Lo necesitaba. El entierro le había sacudido. Le querían mucho. «Qué suerte», pensó, y se sirvió otro whisky.

Jaime Bosch volvió al despacho del vicepresidente y le contó su conversación con Mirella: su novia le había dicho que Julián de la Hoz también pensaba que había llegado el momento de ponerse en marcha.

—Sí, vete preparando nuestra salida del gobierno, habla con...

—Está todo bajo control. No te preocupes —le interrumpió Jaime.

Al vicepresidente le satisfacía la eficiencia de su joven subsecretario, pero también le irritaba su suficiencia. «Estos chicos —pensó—, creen que lo saben todo porque lo han leído en los libros, pero no conocen el país». En España había que estar siempre en guardia: muy atento a las maniobras de los enemigos y, más aún, a las de los amigos. Lo que se avecinaba era una guerra de trincheras cruel y sangrienta, y el primero que cometiera una equivocación lo pagaría caro. Todo bajo control. Ojalá.

* * *

Antonio Oliver, por su parte, volvió del entierro y se encerró en su despacho. Empezó a redactar su carta de dimisión. Muerto Alcaraz, su permanencia en el gobierno no tenía sentido. Sólo él hubiera podido ganar unas elecciones a un enemigo tan poderoso y tan bien organizado. Sin Alcaraz todo era inútil. Su secretaria le interrumpió la escritura.

—Ministro, ha llamado Julia Alcaraz. Quiere verle urgentemente.

Antonio Oliver se dirigió a casa del expresidente inquieto por la urgencia de Julia. No era su estilo. Algo había pasado.

Ella le estaba esperando en el jardín. Durante el entierro había mantenido la compostura, pero nada más ver a Antonio toda la tristeza le asomó a los ojos y rompió a llorar. Antonio no sabía qué hacer, así que se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros. No encontraba las palabras adecuadas para consolarla y se quedó en silencio, mientras Julia lloraba. Pasado un buen rato, se calmó y se secó las lágrimas. «La semioscuridad del jardín la favorece», pensó Antonio. Matizaba las huellas de la edad, y por unos instantes volvió a ser esa mujer bellísima de la que él se había enamorado en silencio veinte años antes.

—Fernando no murió de un infarto —dijo de repente—. El corazón lo tenía perfecto. Hace una semana le hicieron un chequeo y le dijeron que lo tenía como el de un joven.

—Quizá te mintió para no asustarte.

—No, me mentía en otras cosas, pero no con su salud. Además, yo misma recogí los resultados. Aquí los tienes —y le pasó un sobre—. Por si te interesan.

Claro que le interesaban. Esa misma tarde, al llegar al pequeño apartamento que se había

alquilado después de su separación, rompió la carta de dimisión. Ahora, no podía abandonar.

* * *

Julián de la Hoz terminó de leer los informes y llamó a Isabel.

—Dígale a Mirella que venga y se lleve estos informes a donde ella sabe. Es urgente.

Isabel llevaba toda la mañana preparándose para este momento y tenía la contestación más que preparada.

—Lo siento, don Julián, pero no logro localizarla. Tiene el móvil apagado.

Era una verdad a medias. Mirella tenía el móvil apagado, pero Isabel sabía que estaba reunida con la publicista que se ocupaba de la imagen del vicepresidente dos plantas más abajo.

—Si quiere los puedo mandar por mensajero. —Sabía muy bien que don Julián no se fiaba de los mensajeros, así que esperó a que tomara una decisión y cruzó los dedos para que fuera la correcta.

—¿Le importaría a usted llevarlos?

No, no le importaba en absoluto. Los años de lealtad absoluta a su jefe daban sus frutos, por fin conocería ese lugar secreto al que Mirella llevaba casi todos los días documentos confidenciales.

—Vaya en mi coche. Es más seguro. Mi chófer conoce la dirección. Entréguelos a don Luis López Castro. Ah, y cuando vuelva pase a verme, tengo que darle las instrucciones para la comida con el embajador Sorensen.

El chófer de don Julián llevó a Isabel a un hotel en las afueras de Madrid. Siguió sus indicaciones, cogió el ascensor y pulsó el botón de la séptima planta.

4

Seis meses antes, un día después de que Isabel le hubiera revelado la existencia de *Llano Amarillo*, Fernando Alcaraz se levantó temprano, como tenía por costumbre. Había dormido solo tres horas. La noche anterior había sido muy larga. Después de que Isabel se fuera a su casa, su mujer y él se habían quedado hablando, y, cuando terminó la conversación, Julia le llevó a su dormitorio. Por primera vez en cinco meses, hicieron el amor. Mientras se tomaba un café solo, muy cargado, y se bebía una botella de agua helada, escuchó las noticias. Gobierno de concentración, gobierno de concentración. «España necesita un gobierno de concentración», repetían al unísono los comentaristas de las distintas emisoras. Bien, se dijo, los conspiradores ya se habían puesto en marcha, él también. En su vieja máquina de escribir, y no en su ordenador — los ordenadores eran peligrosos— hizo dos copias del documento que le había traído Isabel Prieto. Esperó hasta las ocho y media para llamar a Presidencia y pedir una cita urgente con Elisa Velázquez. Después, esperó ilusionado a que se levantara Julia.

* * *

La sala de espera del hospital donde agonizaba Mercedes Torres, esposa de Julián de la Hoz, se había vaciado. El presidente del Banco Hispania había preferido quedarse solo para acompañar a su mujer en los últimos momentos. Sentado en el mismo sillón en el que lo había encontrado Mirella, y fumando un cigarrillo tras otro —la dirección del hospital privado, por ser él quien era, miró hacia otro lado—, Julián de la Hoz recordó cómo había empezado todo.

El verano anterior, mientras Mercedes bajaba con los nietos a la playa, se recluyó en una de las habitaciones de la casona junto al mar Cantábrico y terminó la lectura de los *Recuerdos de 1848* de Alexis de Tocqueville. Cerró el libro y en un estado de máxima agitación intelectual volvió al prólogo, escrito por un oscuro profesor, en el que había subrayado varias frases sobre el carácter y personalidad de Alexis Clérel de Tocqueville, que él —muy equivocadamente— pensaba que les hermanaban en espíritu. «Era Tocqueville un hombre tenido por orgulloso y

distante, nada espontáneo, con fama desde joven de pensamiento frío y severo... Un alma melancólica que, sin embargo, no se abandonaba a las ensoñaciones románticas, un perfeccionista... Un pensador independiente que no admite guías, que gusta más de sus observaciones que de los libros de los demás. Que no dialoga con autores, sino con grandes fenómenos sociales e históricos».

Esa noche, tras consultarlo con su mujer, partió en viaje privado a Londres. En cuestiones relacionadas con la política —no así en las económicas— prefería a los ingleses antes que a los americanos. No eran tan impulsivos ni tan naifs. Y a pesar de su decadencia, todavía conservaban la vieja sabiduría. Eran los griegos de la antigua Roma. Además, los conocía bien. No en vano, una parte de su educación había tenido lugar en las islas británicas.

En Londres se entrevistó discretamente con politólogos y analistas de diferentes instituciones. Y todos, sin excepción, le confirmaron lo que ya sabía: España no tenía futuro. Ni su estructura política, ni su estructura económica estaban preparadas para las transformaciones del siglo XXI. La crisis de 2008 así lo había demostrado. Pero las nuevas crisis, que ya asomaban la cabeza, la relegarían a la periferia del sistema. En veinte años, si no se hacían cambios profundos y dolorosos, España sería un país muerto, de tercera categoría. Su banco y su país estaban en peligro. Era necesario actuar.

De Londres viajó a Nueva York donde estaba citado con Jaimie Barrister, el fundador y presidente del grupo Freedom Bird. Barrister y Julián de la Hoz se conocían desde hacía mucho tiempo y se estimaban. Si había una persona en el mundo financiero a la que respetaba Julián de la Hoz era al antiguo piloto de la Marina que al regreso de su servicio en Vietnam había fundado el grupo de inversión de capitales más importante y secreto del mundo. Confiaba tanto en él que había puesto su fortuna personal en sus manos. Le contó sus planes al detalle, sin ocultarle nada.

—Me parece una gran idea —dijo Barrister cuando el banquero terminó su exposición—. Pero si me permites un consejo, antes de que Freedom Bird se involucre sería bueno que limpiaras totalmente tu banco. Eso daría mucha confianza a los inversores.

Julián de la Hoz asintió. Ya había pensado cómo hacerlo, y se lo explicó a Barrister, que le dio su aprobación.

* * *

De vuelta en España, esperó, sin entusiasmo, al resultado de las elecciones generales. El triunfo, muy ajustado, de Elisa Velázquez le reafirmó en la necesidad de pasar a la acción. La conocía bien, había trabajado en el servicio de estudios del banco y de allí había saltado a la política. Intellectualmente mediocre, casada con un imbécil, y sin más méritos que ser la protegida del otro tiempo poderoso Fernando Alcaraz, no era, ni de lejos, la persona más adecuada para sacar adelante el país. Elisa Velázquez era un mojón —en el doble sentido de la palabra— que señalaba el camino hacia la decadencia. Desechó por manida la expresión golpe de timón, y comenzó a planificar una destrucción creativa.

Se puso en contacto con Luis López Castro. Era la persona indicada para trabajar en las sombras y, además, le tenía una fidelidad perruna. Le comentó sus ideas —no todas, por supuesto— y escuchó su diagnóstico.

—Es posible hacerlo. Pero para llevarlo a cabo necesitamos ganar unas elecciones por

mayoría absoluta. Y para eso necesitamos un político.

—¿Quién se te ocurre? —preguntó Julián de la Hoz, más que nada para ver si ambos estaban pensando en la misma persona.

—Vicente Ruiz.

Sí, estaban en sintonía. Vicente Ruiz, el presidente de la Comunidad de Madrid, era el candidato ideal. Un político audaz y que no tenía miedo a tomar decisiones impopulares. Además, era la estrella en ascenso en el partido conservador. Julián de la Hoz estaba seguro de que si él hubiera sido el candidato de su partido, Elisa Velázquez no hubiera ganado las elecciones.

—Pero para conseguir una mayoría absoluta tenemos que contar con gente del partido de la presidenta Velázquez —se aventuró a decir López Castro.

Para su sorpresa el banquero no rechazó su sugerencia.

—Estoy de acuerdo. Me he molestado en hacer una lista. A ver qué te parece.

López Castro la leyó con atención, tachó dos nombres y se la devolvió.

—Me gustaría tener un informe de los pasos a dar dentro de quince días. Por el dinero no te preocupes. Mañana se pondrá en contacto contigo un despacho de abogados británicos y te harán una oferta de trabajo. Ellos te proveerán de fondos. Ponte a trabajar ya.

Cuando López Castro abandonó su despacho, don Julián llamó a su secretaria personal.

—Isabel, conciérteme una cita para cenar con el presidente de la Comunidad, y dígle a Mirella que suba a verme.

* * *

Mirella volvió a su casa preocupada por lo que le acababa de contar Julián de la Hoz. Pero a pesar de sus dudas, los doscientos cuarenta mil euros al año que ganaba en el banco la obligaban a una fidelidad absoluta. A su edad, cuarenta y un años, no estaba dispuesta a cambiar de nivel de vida, si acaso a mejorarlo, y esta era una buena oportunidad para lo segundo.

Mirella, más atractiva que guapa, era ambiciosa pero no malvada. Se consideraba, y estaba en lo cierto, experta en vanidades, sobre todo masculinas. Y esa habilidad le había servido, más que ninguna otra, para ir subiendo poco a poco en un negocio dominado por hombres. Desde su puesto de directora de comunicación, utilizaba con tacto y elegancia los fondos que el banco ponía a su disposición haciendo favores y comprando voluntades. En los tres años que llevaba en el cargo había conseguido con conferencias, simposiums, exposiciones, cursos y estudios redondear los ingresos de los principales líderes de opinión y de los académicos más prestigiosos del país. Los conocía a casi todos y sabía que en su gran mayoría eran individuos bastante avariciosos, muy pomposos y fieles servidores del poder económico.

La tarea que le había encomendado don Julián, crear una red de opinión y de presión favorable a sus iniciativas, no le pareció excesivamente complicada.

Se puso manos a la obra inmediatamente. Lo primero era contratar a una buena agencia de relaciones públicas que se encargara de la prensa, las radios y televisiones, y los digitales; lo segundo, financiar varios centros de pensamiento que parecieran independientes y que produjeran material para que la agencia pudiera hacer su trabajo; lo tercero crear asociaciones de internautas que inundaran la red con comentarios favorables a sus intereses.

Pero Mirella no quedó contenta del todo con su plan. Faltaba el toque personal, así que

decidió llamar a Jaime Bosch, la mano derecha y el cerebro gris, eso decían, detrás de Vicente Ruiz, e invitarle a cenar. Por lo que sabía, era un joven inteligente y ambicioso. Una combinación que podía ser letal si no tenía al lado a alguien, como ella, que guiara sus pasos.

Mirella habló con Jaime Bosch y quedaron para la noche del sábado. Nada más colgar el teléfono, cayó en la cuenta de que precisamente ese día llegaba a Madrid para pasar una noche su amigo Manny Spolitano. Necesitaba hablar con él de cosas importantes, pero no tenía más remedio que aplazar la conversación al desayuno del día siguiente. La cena con Jaime Bosch era prioritaria. Sabía por experiencia, pues eran amigos desde hacía mucho tiempo, que a Manny no le gustaba cenar solo. Tuvo una idea. Llamó a Isabel.

* * *

El sábado, la noche de Madrid echó a andar en diferentes direcciones.

En un reservado se reunieron a solas Julián de la Hoz y Vicente Ruiz. Se entendieron de inmediato. No porque estuvieran de acuerdo en todo, sino porque se convenían el uno al otro.

Vicente Ruiz, a pesar de lo que decían de él sus enemigos, no era un entusiasta de los banqueros. Nunca había pertenecido a su círculo, y el mundo del dinero nunca le había prestado mucha atención. Pero sabía que en política es mejor no ser rencoroso. Un político tenía que estar centrado en lo importante, y ahora lo importante era escuchar y valorar la proposición de Julián de la Hoz.

El plan del banquero era excelente, justo el que necesitaba el país para salir del colapso. Destruir para construir, sacrificarse para salir adelante, pasar hambre para transcurridos unos años poder comer tres platos. Respetaba esos valores, formaban parte de su ideario, de sus convicciones más profundas. Pero una cosa era tener un plan, por bueno que fuera, y otro ponerlo en práctica. De la Hoz, pensó, tenía dinero y poder, y en su esfera de influencia podía decidir a su antojo. La política era diferente: los tiempos más lentos, las maniobras más sofisticadas. En la política cada movimiento que hacías abría miles de posibilidades. Nunca estabas seguro de nada. Dio su conformidad a Julián de la Hoz, pero se guardó algunas cartas.

Por su parte, el banquero vio en Vicente Ruiz las cualidades que necesitaba para sacar adelante su idea. Como ya suponía, no poseía una gran inteligencia, ni la sofisticación intelectual necesaria para ser un hombre de Estado, pero era un político pegado al terreno y sabía escuchar.

A pesar de que no le desveló por entero su plan —era mucho mejor que se fuera enterando poco a poco—, a mitad de la cena, Julián de la Hoz decidió que Vicente Ruiz era el aliado que necesitaba.

* * *

—Te lo pido como un favor personal, necesito que me ayudes. Además te lo pasarás bien, te lo aseguro. Es un tío muy agradable —le había suplicado Mirella.

Isabel, incapaz de decir que no, accedió, aunque justo antes de salir para la cita estuvo tentada de llamarla y cancelar el encuentro. Sin embargo, le pudo más su buena educación, y, por qué no decirlo, la curiosidad. Hacía mucho tiempo que no salía con un hombre.

La verdad es que a pesar de sus miedos iniciales Isabel se divirtió en la cena. Manny era simpático, muy hablador —cosa que agradeció— y aunque era, lo sabía por Mirella, un joven

millonario, tuvo el buen gusto de no hablar demasiado ni de su dinero ni de su trabajo.

Cuando terminaron de cenar, Manny la invitó a tomar una copa en su hotel. Isabel dudó pero al final aceptó la invitación. Dos horas después, ya en su casa, se tumbó en la cama y se echó a llorar.

* * *

Mirella, mucho más experta que Isabel en cenas con hombres solteros, procuró que Jaime Bosch se sintiera a gusto y le dio la posibilidad de que desplegara sus encantos. No le iban a servir de nada. Ella ya había pensado de antemano que sería mucho mejor para sus planes acostarse con él en la tercera cena y no en la primera. Esa decisión le proporcionaba una gran ventaja. Mientras Jaime Bosch perdía el tiempo intentando conquistarla, ella podía ir soltando ideas que más tarde él utilizaría como propias.

Cuando se despidieron, Mirella llamó a Manny para comprobar cómo le había ido la noche.

—Folla muy mal —le dijo Manny como si tal cosa.

«Tú sí que follas mal, gilipollas», pensó Mirella, que sabía de lo que hablaba. Pero en vez de lastimar su ego, se guardó el comentario y quedó con él para desayunar al día siguiente. Tenían muchas cosas de que hablar.

* * *

Fernando Alcaraz esa noche, como tantas otras, cenó solo. Julia se había ido de viaje con unas amigas.

«Ser expresidente del Gobierno es una de las peores profesiones de la historia», reflexionó mientras engullía con desgana una tortilla francesa. Bueno, en realidad no era ni siquiera una profesión, era una putada. Todos los días se arrepentía de haber sido tan cobarde. Cuando tres años antes uno de sus asesores, Javier García, le comunicó la inminencia de una crisis económica brutal, más profunda y más peligrosa que las anteriores, Alcaraz decidió no pasar a la historia como el presidente que había llevado a la ruina a su país y anunció su intención de no presentarse a las siguientes elecciones.

Fue una mala decisión. No se hacía a la vida fuera de la política. Los teléfonos dejaron de sonar, sus consejos no le interesaban a nadie y los días eran muy largos. Nunca le había gustado leer, no era hombre de pensamiento, ni tampoco le atraía el dinero, con su sueldo de expresidente tenía más que suficiente. A él lo que le gustaba era la acción.

Iba a meterse a la cama a escuchar la radio cuando sonó el teléfono. Era Lucía Flores, quería hacerle una entrevista. Le pidió unos días para pensarlo. Pero fue más que nada por coquetería, y para que Lucía, su antigua jefa de prensa, no pensara que no tenía nada mejor que hacer. Esa noche se acostó un poco más contento.

* * *

La entrada en la sala de espera del cirujano que acababa de operar in extremis a su mujer devolvió a Julián de la Hoz al presente.

—Siento comunicarle que su esposa acaba de fallecer.

El banquero no dijo nada, miró su reloj para fijar en su memoria la hora exacta en que su

mujer le había abandonado: las diez en punto.

* * *

Fernando Alcaraz salió de su casa a las diez y diez minutos, saludó a sus guardaespaldas y se metió en el coche.

Tenía una cita con la presidenta Velázquez en Moncloa.

Cuando el coche enfiló la calle de salida, Alcaraz reparó en una furgoneta aparcada a unos metros de su casa. Le pareció sospechosa y memorizó la matrícula. Más tarde se enteraría de a quién pertenecía el vehículo. Sujetó con fuerza su cartera. Dentro llevaba una de las copias de *Llano Amarillo*, la otra se la había quedado Julia. Pero la copia que llevaba en su cartera no era para Elisa Velázquez. No se fiaba de ella.

Lo que iba a pedirle a la presidenta era que incluyera a Antonio Oliver, aunque él no lo supiera todavía, en el próximo gobierno de concentración. No iba a ser tarea fácil.

* * *

A sus ochenta y dos años, Lucio Inguanzo no esperaba mucho de la vida. Todo lo importante, lo bueno y lo malo, había quedado atrás. Los catorce años de cárcel, las palizas y las torturas, el fracaso total y absoluto de sus ideas, no le habían convertido en un amargado. Ya de niño, cuando hacía de correo clandestino en las huelgas mineras, intuyó que la lucha contra los poderosos iba a ser muy larga, muy difícil, y muy dura. Y que si uno se dedicaba a combatirlos de verdad, tenía que atenerse a las consecuencias. La única forma de sobrevivir era ser más duros que ellos.

Le extrañó que alguien llamara a la puerta a esas horas. Cuando abrió la puerta se sorprendió tanto al verla, que tardó unos instantes en saludarla y en invitarla a pasar.

—Vengo de parte de Fernando —le dijo Julia Alcaraz—. Quiere que leas esto.

Y le pasó la carpeta con la copia de *Llano Amarillo*. Cuando Lucio Inguanzo terminó de leerla y antes de que entraran en materia, Julia sacó del bolso un libro: *Stalingrado*, de Antony Beevor.

—Te lo traigo de regalo, por los viejos tiempos.

* * *

La reunión de los integrantes del Consejo de Estado fue tan aburrida como de costumbre. Alcaraz se había sentado al lado de Alfonso Tena, y antes de que se iniciara la sesión, tras asegurarse de que nadie les escuchaba, le dijo:

—Alfonso, cuando termine la reunión necesito hablar contigo en privado. Es muy importante.

Mientras Alfonso Tena leía *Llano Amarillo* en la biblioteca del Consejo de Estado, Alcaraz se preguntaba, con inquietud, cuál sería su reacción. De partidos diferentes, de generaciones diferentes, Alfonso Tena y él habían mantenido por encima de las disputas políticas una cierta amistad y un respeto mutuo. Pero Alcaraz no estaba seguro de dónde estaban sus verdaderas fidelidades. Esperaba, deseaba, necesitaba, que en esa lucha que todo político importante tiene entre el pasado —su partido, sus amigos, sus intereses— y el futuro —su país—, triunfara su sentido de hombre de Estado.

Alfonso Tena volvió a meter el documento en la carpeta. Su lectura le había enfurecido y entristecido. Recordó a su madre cuando después de haberle cruzado la cara con dos bofetadas

por haber tratado mal a una de las criadas de la casa, le dijo: «Los Tena tratamos al servicio con cariño y respeto. Ellos también son parte de la familia. Que no se te olvide nunca».

Era un código anticuado, paternalista, reaccionario e imposible de verbalizar en público, pero esas dos bofetadas de su madre le habían servido a lo largo de su vida pública para procurar no abusar de los débiles. Naturalmente, a Fernando Alcaraz se lo expresó de otra manera.

—Ya sabes, querido Fernando, que en mi familia tenemos la costumbre de ser ricos, algunos incluso muy ricos. Pero nunca a costa de robar a tu país. ¿Quién está detrás de esto?

—Julián de la Hoz —le contestó Alcaraz.

—Julián de la Hoz —reflexionó en voz alta Alfonso Tena—. ¿Sabes que fuimos al colegio juntos? —Y tras unos segundos de silencio, soltó una de esas frases entre enigmáticas y contundentes a las que era tan aficionado—: Un hombre feo casado con una mujer guapa. Muy peligroso.

Fernando Alcaraz prefirió no ahondar más en el asunto. Lo importante era lo que venía después.

—Me temo que Vicente Ruiz también está implicado.

Julián de la Hoz era un banquero, y nadie quería a los banqueros, pensó Alfonso Tena. Pero Ruiz era de su partido, y eso era diferente. No iba a ayudar a destruirlo a no ser que hubiera contrapartidas.

—¿Y en tu partido, hay gente involucrada en esto?

—Sí, mucha más de la que pensaba. Y otros que se unirán por el camino.

Alfonso Tena ya tenía su primera contrapartida. Respiró satisfecho.

Meditó durante un rato su siguiente pregunta. De la contestación que diera Alcaraz iban a depender muchas cosas. Necesitaba saber si su colega iba en serio o era una de sus maniobras — por las que era famoso— para volver a la política por la puerta grande.

—¿Has informado a Elisa?

—No. No me fio de ella.

«Bien, perfecto», pensó. Él tampoco se fiaba de Elisa Velázquez; era una ambiciosa sin estilo, una mujer pretendidamente fuerte que no asustaba a nadie. Fría, distante, aburrida y siempre trabajando en beneficio propio. No era alguien con quien estuviera dispuesto a compartir secretos y fidelidades. La contestación de Alcaraz disipó sus últimas dudas.

—Cuenta conmigo. ¿Qué tienes pensado hacer?

—Hasta haber hablado contigo he preferido moverme poco. He conseguido meter a Antonio Oliver en el gobierno, y sería bueno que tú pusieras a alguien de tu confianza.

—En eso no puedo ayudar. Vicente Ruiz me tiene apartado de todo. Pero sí puedo contribuir de otra manera quizás más importante.

—¿Cómo?

—Con mi prima María Fernanda. Es casi tan rica como Julián y le odia a muerte. Recogió en su banco al bobo de su marido cuando mi prima lo echó de casa con una mano delante y otra detrás. Una de las características de las mujeres de la familia Tena, además de su proverbial fealdad, es que jamás olvidan un agravio. En algún momento necesitaremos dinero.

—Me parece bien, pero tenemos que ser cautos hasta que sepamos más del asunto...

—Por supuesto —dijo Alfonso Tena. Y, como aficionado a la poesía inglesa, no pudo reprimirse y dejó caer uno de sus versos favoritos—: Sí, que sigan viviendo como la liebre, que

es feliz porque no conoce los pensamientos del cazador al despertarse.

* * *

El despacho que ocupaba Antonio Oliver en la compañía eléctrica que le había contratado como asesor con un salario exorbitante era amplio, luminoso y decorado para el desánimo.

Oliver dudó mucho antes de contestar a la llamada del expresidente. Sus relaciones eran inexistentes después de que Alcaraz apoyara a Elisa Velázquez como candidata del partido. Pero le pudo la curiosidad, y el aburrimiento. En la empresa privada se ganaba mucho dinero, pero...

—Me alegro mucho de verte —le saludó Julia, tan cariñosa con él como siempre.

—Yo también a ti, te encuentro estupenda.

—Tú que me ves con buenos ojos. Anda, pasa. Te está esperando en su despacho.

Fernando Alcaraz, fiel a su estilo, empezó atacando.

—Has engordado. Veo que te sienta bien la empresa privada.

Antes de que Antonio pudiera responder a su ironía, le puso delante un papel en el que había escrito: «Tengo micrófonos en el despacho. Enciende un cigarrillo». Y con la mano le hizo un gesto para que siguiera hablando. Oliver, extrañado, le siguió la corriente.

—Tú siempre tan simpático... Pero, por una vez, has acertado. Es un chollo comparado con la política. Te pagan un dineral y nadie se mete contigo... Deberías probarlo. —Y encendió el cigarro.

—Apaga ese cigarrillo antes de que Julia lo huela. Si quieres fumar vamos al jardín.

En el jardín, se quedaron unos segundos en silencio.

—Si es verdad lo de los micrófonos, tienes que denunciarlo.

—Es verdad y no lo voy a denunciar —contestó Alcaraz—. Así sólo oyen lo que yo quiero que oigan.

—Me estás asustando. ¿Quién te está vigilando?

—Después te lo cuento. Va a haber cambio de gobierno.

—Eso dicen —le interrumpió Oliver—. Se habla de un gobierno de concentración.

—Así es, y Elisa te va a ofrecer el Ministerio de la Presidencia.

Antonio no pudo evitarlo y dio rienda suelta a todo el rencor que había acumulado en los últimos meses. Las palabras le salían a borbotones. Su furia era más veloz que su cerebro.

—Elisa... Elisa es una incompetente. Jamás aceptaría un puesto en un gobierno presidido por ella. Cometiste una equivocación cuando la apoyaste. Te lo avisé, pero tú, como siempre, no hiciste caso a nadie, y así nos va. Jamás volveré a la política, se lo he prometido a Merche. Así que dile a Elisa que no se moleste en llamarme.

Alcaraz esperó a que terminara su diatriba.

—Ya te has desahogado, me parece bien. Ahora, escúchame con atención: te vas a despedir de tu empresa y vas a aceptar la oferta de Elisa.

—Estás completamente loco.

—Ojalá lo estuviera. Toma, siéntate y lee esto.

* * *

—Ya sabía que ese hijoputa terminaría enredándote —dijo Merche, en ese tono frío y cortante que

anunciaba un ataque de furia. Antonio Oliver se recluyó en un silencio defensivo. Sabía por experiencia que cualquier palabra suya desataría un incendio. Su mutismo no le sirvió de nada.

—Me lo prometiste —continuó ella en un tono cada vez más agresivo—. Y se lo prometiste a nuestros hijos. Cuéntame cómo vamos a pagar la educación de los chicos en Estados Unidos. ¿O crees que la vamos a pagar con esa mierda de sueldo de ministro que te van a dar?

—Que estudien en España.

Según salieron las palabras de su boca, supo lo que se le venía encima. Pero no le importaba. Si había una persona a la que odiaba en este mundo era a su mujer. Por cobardía o por dejadez había soportado durante veinte años sus malos modos, su inquina hacia él, sus ambiciones y, sobre todo, su mal gusto. Ya era hora de liberarse.

—Eres un mierda y un acomplejado. Un perrito faldero de ese cabrón de Alcaraz —escupió su mujer, y fuera de sí, le asestó una bofetada—. Te vas a enterar. Te voy a hundir.

Antonio Oliver se dio la vuelta y se metió en su habitación. Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. Como sabía a ciencia cierta que su mujer le odiaba tanto como él a ella, estaba seguro de que cumpliría su amenaza. No le importaba lo más mínimo.

5

Isabel llegó a la planta séptima del hotel. Le dijo al guarda de seguridad que venía de parte de Julián de la Hoz y preguntó por Luis López Castro. Tras una consulta rápida, el guarda la dejó entrar. La planta séptima del hotel estaba ocupada por jóvenes en mangas de camisa trabajando en grupos. Las fotocopadoras funcionaban a tope, y todo el mundo iba de un lado a otro con documentos bajo el brazo. Interesante.

López Castro estaba en la suite del final del pasillo. Allí el ambiente era más formal, la edad media más elevada, las camisas y corbatas más caras, y los cuerpos más satisfechos. Parecían y eran abogados ricos. Y por el aspecto de alguno de ellos estaba claro que no eran españoles. Isabel reconoció al que presidía la reunión. Un abogado inglés que en los últimos años había acudido varias veces a visitar a don Julián. Por supuesto que no se acordaba de su nombre. Pero lo averiguaría en seguida. Le había mandado varias cajas de vino en nombre de su jefe hacía unos meses.

Le entregó los informes a Luis López Castro y salió del hotel. El coche de don Julián la estaba esperando para devolverla al banco. En el camino de vuelta sacó de su bolso su agenda de trabajo. Encontró enseguida lo que estaba buscando: «17 de mayo. Enviar cuatro cajas de vino a Rockwell & Matteson de parte de don Julián».

«Bien —repassó— tres cosas que contarle a Javier. Los títulos de los informes, la firma de abogados Rockwell & Matteson, y que T. S. es el embajador Sorensen».

* * *

Sin embargo, Javier esto último ya lo sabía. Mientras le explicaba a su padre qué era el índice báltico había tenido una intuición. ¿Para qué querría reunirse Julián de la Hoz con un embajador? El banquero no se dedicaba a las relaciones internacionales, su profesión era el dinero.

Se encaminó a la biblioteca pública de la calle Viña Virgen y esperó a que quedara libre uno de los ordenadores. Inguanzo les había ordenado que jamás utilizaran sus ordenadores personales

para buscar información.

Tecléo en el navegador «embajadores americanos en España». Sólo había dos cuyo nombre empezara por T y uno cuyo nombre y apellido se ajustaran a las iniciales T. S.: Troy Sorensen.

Consultó su biografía, que decía así: «Troy Sorensen (Wilton, Connecticut, 1948). Embajador de Estados Unidos en España 1995-1997. Designado por el presidente Bill Clinton. Presentó sus credenciales ante el rey Juan Carlos I el 29 de junio de 1995. Está casado y tiene cuatro hijos».

«Bien —pensó Javier—, veamos qué más».

Wikipedia le suministró la información que buscaba: «Secretario de Energía en el gobierno de Bush padre. Embajador en España con Clinton. Embajador en Arabia Saudí con el primer gobierno de Bush hijo. Vicepresidente del Fondo Monetario Internacional 2003-2005. En el año 2006 comienza a trabajar como asesor externo del grupo Freedom Bird».

«Ya está —pensó—. Ahora hay que saber a qué se dedica este grupo, y por qué le interesa tanto a Julián de la Hoz».

Pero el grupo Freedom Bird no dio señales de vida: «La página web solicitada no está operativa... la página web solicitada no está operativa». No se desanimó, tendría que obtener la información de otra fuente.

Javier llamó por teléfono a un amigo de los tiempos de Hacienda. Como casi todos sus antiguos colegas, Ignacio Jiménez había abandonado el ministerio para poner sus conocimientos al servicio de la empresa privada. Ahora trabajaba como asesor de un grupo de inversores, protegiendo su fiscalidad. Quién mejor que un exinspector de Hacienda para engañar a Hacienda. Quizá él pudiera informarle sobre el grupo Freedom Bird.

Como sabía, por experiencia propia, que todos los hombres se vuelven más indiscretos después de hacer el amor, le invitó a putas. Ignacio eligió a una belleza eslava, y él a una española, Mónica, que se parecía a Isabel, lo que le inquietó.

—¿Qué sabes de un fondo de inversión que se llama Freedom Bird? —Le preguntó, después de que Ignacio hubiera pasado, a su costa, un par de horas que recordaría siempre.

—Es un fondo de élite —se explayó Ignacio—. Sólo dejan entrar a capitales supersólidos. Algunos clientes míos, muy potentes, han querido entrar y no les han admitido.

—¿A qué se dedican?

—Materias primas, inversiones patrimoniales, armamento, sanidad. Acaban de comprar media Hungría. Pero no te puedo decir mucho más, son supersecretos. Lo único que sé es que hay políticos por medio: expresidentes, secretarios de Estado, ya sabes.

Javier, que ya no necesitaba más información, desvió la conversación.

—Cuéntame, ¿qué tal te va?

—Hasta los huevos de trabajo. Todo el mundo está sacando el dinero fuera, así que no paro de tener reuniones y demás mierdas.

Tomaron una copa más y partieron camino. Ignacio se marchó a casa pensando a ratos en la puta eslava y a ratos en la excusa que le iba a dar a su mujer por llegar tan tarde al cumpleaños de su hija.

Javier, ajeno por completo a la posibilidad de que Ignacio, para aplacar a su mujer, le contase a esta una versión extendida y embellecida de su conversación sobre el grupo Freedom Bird, decidió pasar a recoger a su padre al bar donde iba por las tardes a echar un rato.

El problema era que, además de echar un rato, su padre se bebía tres o cuatro copas y entonces

le cambiaba el humor. Javier prefería, cuando podía, ir a buscarle para que de vuelta a casa no se peleara con nadie. Entre otras razones porque siempre llevaba una puntilla en el bolsillo. Por si acaso.

Durante el camino volvió a pensar en lo mucho que se parecían Mónica e Isabel. Las dos altas, las dos rubias.

Isabel, entretanto, buscaba una cabina para llamar al bar donde paraba Luis García. Era la forma que tenía de comunicarse con él cuando necesitaba pasarle información. También habían fijado, por indicación de Inguanzo, el lugar donde reunirse: el parking de unos grandes almacenes. Segunda planta, columna 9-B.

* * *

Mirella terminó de aligerar la plúmbea prosa del profesor Fuentes y le pasó el artículo a Jaime Bosch. El documento en cuestión sería el primero de una larga serie de escritos y entrevistas que Mirella había programado —sin mucho entusiasmo— para «intelectualizar» la imagen del vicepresidente Vicente Ruiz.

—Aquí tienes el artículo, pero procura que tu jefe se lo lea antes de que lo publiquen. No vaya a ser que le pregunten y no sepa de lo que está hablando.

Jaime pasó por alto el comentario. Se concentró en el texto.

—Perfecto —dijo cuando terminó de leerlo—. ¿Y de la repercusión qué me cuentas?

—La agencia que he contratado organizará debates sobre el tema de la excelencia, primero en las radios y después en las televisiones. También están preparados los analistas de las digitales y los internautas para inundar la Red. Por cierto, el fin de semana presentamos el libro sobre China del profesor Fuentes. Sería bueno que el vicepresidente asistiera.

—De acuerdo —contestó Jaime—. ¿Qué pasa con la entrevista en televisión?

—He leído la lista de periodistas que me habéis mandado y no sirven. Son todos de vuestra cuerda. Debería hacer la entrevista con Lucía Flores.

Jaime se levantó iracundo.

—Lucía Flores es una hija de puta que lleva años metiéndose con nosotros. Te recuerdo que fue jefa de prensa de Alcaraz.

—Eso es lo que le dará impacto y credibilidad a la entrevista —le contestó con suavidad Mirella, intentando que entrara en razón. Lo consiguió a medias.

—No voy a permitir que por una originalidad tuya esa hija de puta destroce al vicepresidente en directo.

—Eso no tiene por qué ocurrir. Es cuestión de hablar antes con ella y convencerla.

Ahora sí que Jaime se calmó. Conocía muy bien las habilidades de Mirella. Pero aun así...

—Lucía Flores nunca aceptará una entrevista pactada.

—Ya veremos —contestó Mirella. Le cogió de la mano y se lo llevó al dormitorio.

* * *

Esa tarde, Luis García sólo se había tomado un whisky. No le había dado tiempo a más. La conversación se había enredado.

—Señores —dijo mientras revolvía ceremoniosamente las fichas de dominó—, vienen malos

tiempos. —Y echó una mirada en derredor—. El índice *bártico* ha bajado veinticinco puntos. No uno, ni dos, señores. Veinticinco.

—No me extraña —replicó uno de los jugadores—. El *Bártico* ese es un sitio muy malo. Fui con mi mujer el año pasado en un crucero de esos, y no veas el frío. Un frío horroroso. No salía del barco. El *Bártico* ese... es para sus muertos.

Luis García se tomó su tiempo para contestarle como se merecía. Primero pidió otro whisky, después echó una mirada feroz a Rafael Mora, un joven atildado, muy serio, que todas las tardes se sentaba a la mesa al lado de don Luis, como él lo llamaba, sin hablar y sin participar en la partida. Sólo para escuchar.

Rafael Mora era un chaval de diecisiete años que quería ser torero y al que Luis García ayudaba con sus consejos y con su dinero. Hoy, como la conversación no giraba en torno a los toros, Rafael Mora estaba distraído. Don Luis lo sacó de su ensimismamiento gritándole:

—Rafael, para ser torero hay que dejarse matar.

—Lo que usted diga, don Luis —le contestó con humildad y con convicción su joven pupilo.

Satisfecho de que Rafael volviera a pensar en el toro, se dispuso a retomar el hilo de la conversación. En ese momento, sonó el teléfono del bar.

—Maestro, le llaman al teléfono. Una mujer.

Luis García se dirigió parsimonioso al fondo de la barra.

—Sí, ¿quién es?

—Dígale a su hijo que le espero donde siempre a las nueve —dijo Isabel y colgó el teléfono de la cabina. Después se metió en el metro.

Luis García volvió a la mesa.

—Era la novia de mi hijo —dijo para no entrar en detalles.

—¿Y qué tal? —preguntó uno de los contertulios.

El padre de Javier miró en derredor y, al ver las caras de curiosidad de sus amigos, prefirió ser escueto.

—Categoría.

Le dio un sorbo a su whisky y volvió la conversación que le interesaba.

—Señores, el índice *bártico* no es un mar...

No le dio tiempo a más. Su hijo entró en el bar y Luis García prefirió guardarse su explicación para mejor ocasión.

De vuelta a casa, del brazo de su hijo, le susurró al oído en un tono entre dramático y conspirativo:

—Esa señorita rubia —Javier, por precaución, no le había dicho su nombre— ha llamado y ha dicho que te espera donde siempre a las nueve.

Su hijo asintió. Cuando llegaron al portal, Luisillo, esta vez en un tono mucho más alto, le espetó:

—A ver si te estiras un día de estos. Ya no puedo más. —Lo que significaba que le estaba pidiendo que le invitara a una puta.

* * *

Isabel entró en el parking a las nueve en punto. Bajó a la segunda planta, se encaminó hacia el

fondo y esperó a Javier en la columna 9-B tal y como tenían acordado. El parking estaba semivacío de coches e Isabel sintió una punzada en el estómago. Una mezcla de excitación y miedo. Como es natural, le vino a la cabeza *Todos los hombres del presidente*, una película que había visto mil veces. «Pero esto no es una película —pensó—. Esto es real». Mucho mejor.

Javier llegó al poco rato, se situó a su lado y encendió un cigarrillo. Isabel le habló en voz muy baja, casi en susurros, como hacía Molly Parker en *Deadwood*.

—Tengo muchas cosas que contarte.

Y le hizo una relación de sus descubrimientos del día. Los títulos de los informes que había pasado a Julián de la Hoz, quién era T. S., aunque eso ya lo sabía Javier, y el descubrimiento de la oficina en el hotel a las afueras de Madrid. También le habló del abogado inglés y de la firma Rockwell & Matteson.

—Sé quiénes son. Es un despacho de abogados que pertenece a lo que llaman el Círculo Mágico —contestó Javier—. Es uno de los despachos más importantes del mundo, son expertos en legislación económica y privatizaciones.

Javier encendió otro cigarrillo y se apoyó en el capó de un coche. Después de dos caladas tiró la colilla al suelo y lo aplastó con fuerza.

—Sabes, echo mucho de menos a Alcaraz, él sabía unir todos los datos e interpretarlos. Era un genio en eso. Necesitamos pasarle toda esta información a Oliver para ver qué piensa. Tengo la intuición de que van a empezar a moverse ya. La economía se va a ir al carajo en un mes o dos a lo sumo y, si no me equivoco, van a aprovechar la ocasión para convocar elecciones anticipadas. La verdad es que sin Alcaraz estamos bien jodidos. Bueno —dijo con un punto de desánimo—, también necesito que me consigas información sobre un fondo que se llama Freedom Bird.

A Isabel no le dio tiempo a contestarle, un coche entró en el aparcamiento y se dirigió hacia donde ellos estaban. Javier la agarró del brazo y retrocedieron hasta una zona de sombras.

6

Seis meses antes, tras su conversación con Alfonso Tena en el Consejo de Estado, Fernando Alcaraz se reunió con Isabel: quería que le entregase una carta en mano a un exasesor suyo que se llamaba Javier García.

—Un genio —le dijo—. Lo necesitamos. Fue el único que predijo la crisis y un año antes de que estallara. Lo necesitamos ya.

—¿Y qué pasó con él? —preguntó Isabel.

—Lo despedí. A los políticos no nos gustan las malas noticias —le contestó Alcaraz—. Por eso es tan importante que le lleves esta carta. Tú le caerás bien, pero sé paciente con él. Le encanta hacer preguntas indiscretas.

* * *

Isabel llamó al timbre de la puerta del domicilio de Javier García sin reparar en que Matilde, la vecina, la espiaba por la mirilla. «Otra puta», pensó mientras se retiraba al interior de su piso. «Bien guapa», se dijo. La verdad es que el chico tenía buen gusto.

Luis García abrió la puerta y miró a Isabel de arriba a abajo. Por fin su hijo había vuelto a las españolas. No es que tuviera nada en contra de las putas extranjeras, pero donde estuviera una española...

—¿Javier García? —preguntó Isabel inquieta por la radiografía que le estaba practicando el padre de Javier.

—Pase, pase. Mi hijo la está esperando —lo que sorprendió aún más a Isabel, porque no había anunciado su visita.

Todo era confuso, pero, la verdad, también excitante. Estaba deseando conocer al tal Javier García.

—Javier, ya está aquí la señorita que pediste —gritó Luis García. Y tras acompañar a Isabel a la habitación de su hijo, le dijo—: Espero que pasen un rato agradable juntos.

Isabel abrió la puerta de la habitación y se encontró con Javier tumbado en la cama, desnudo. Al verla se levantó de un salto. La miró sorprendido.

—Espero que no te moleste, pero creo que ha habido una confusión. Había pedido una chica de color. Voy a llamar a la agencia.

Isabel por fin cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—No soy una puta. Vengo de parte del expresidente Alcaraz. Te traigo una carta suya.

* * *

Javier terminó de leer la carta de Alcaraz en la cocina, ya vestido y, a lo que parecía, nada avergonzado de que Isabel lo hubiera visto desnudo.

—Joder con Alcaraz, es un monstruo del toreo. Primero me echa y después me pide ayuda.

Isabel, que tenía instrucciones precisas por parte del expresidente de convencer a Javier, procuró ser lo más amable posible.

—Necesitamos que nos ayudes.

—Sí, claro que voy a ayudar. El tema es interesante y con Alcaraz siempre te lo pasas bien. Es un político muy *friki* para lo que se estila hoy en día: una mezcla de Kennedy y el Fari. Tiene arte.

—Esto no es para tomárselo a broma.

—Ya me imagino —contestó Javier—. Pero Kennedy y el Fari eran dos tipos muy serios, cada uno en lo suyo. Por cierto, ¿cómo te llamas?

A Isabel no le dio tiempo a contestar. Sonó el timbre de la puerta.

—Perdona, pero tengo que ir a solucionar el malentendido de antes.

Isabel no pudo reprimir la curiosidad y se asomó a la puerta de la cocina. Desde allí vio a Javier pagar a una belleza negra. Se volvió a sentar y pensó que acababa de fastidiarle el día.

—Me llamo Isabel —le dijo cuando volvió a la cocina.

—Bonito nombre. ¿Y a qué te dedicas?

—Trabajo en un banco.

Pero Javier no se dio por satisfecho, y tal como le había avisado Alcaraz empezó a ponerse cada vez más personal.

—¿Estás casada?

—No —y sin saber por qué Isabel hizo una confidencia que jamás pensó iba a salir de sus labios—. Estuve casada, pero sólo veinticuatro horas.

—Joder, qué bueno... Cuando nos conozcamos más ya me explicarás lo que pasó. Bueno, ¿y qué haces además de trabajar?

De repente Isabel notó que se sentía cómoda hablando con ese hombre al que había visto desnudo.

—Nada especial. Ver series de televisión y pasear.

—Permíteme que te diga que eres un poquito rara.

—Es verdad —convino Isabel—, pero tú tampoco pareces muy normal que digamos.

—Sí, sí, pero por lo menos yo soy un raro contemporáneo.

Isabel se echó a reír, y lamentó no haber venido vestida un poco más sexy. Aunque, al fin y al cabo, la había confundido con una puta. Lo cual no sabía todavía si era algo bueno o malo. Así que decidió salir de la duda.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Claro, claro —contestó Javier, que no quería bajo ningún concepto que la conversación se acabara.

—¿Cómo son las putas?

—Muy agradables.

Isabel salió de la casa de Javier García y antes de entrar en el metro tomó la decisión de cambiar su foco de atención de la eficaz y moderna Alison Jenney a la muy sensual e intemporal Molly Parker.

* * *

Julián de la Hoz, después de explicarle sus planes a Luis López Castro y más tarde a Mirella, convocó a los vicepresidentes del banco a su despacho. Iba a limpiarlo de activos tóxicos tal y como le había aconsejado Jaimie Barrister.

—Vamos a comprar el Banco Continental.

Sus ejecutivos tardaron unos instantes en asimilar la noticia. Tal como estaban las cosas y con cantidad de impagados que tenían en su propio banco la compra de una pequeña entidad como el Continental no parecía una operación muy sensata. Por fin, uno de ellos se decidió a hablar.

—Se lo tendremos que comunicar al gobernador del Banco de España.

Todos sabían lo que eso significaba: una inspección. Y eso era muy peligroso. Hasta ahora habían logrado camuflar el verdadero estado del banco con artificios contables. De hecho, la vicepresidenta segunda, Beatriz del Álamo, presente en la reunión, lideraba un equipo encargado de rastrear e identificar la basura desparramada por todo el banco. Una inspección del Banco de España podía ser un desastre. El gobernador, Luis María Cosío, llevaba tiempo buscándoles las vueltas.

—No me habéis entendido o no me he explicado bien —contestó Julián de la Hoz—. No lo vamos a comprar ahora mismo. Lo vamos a comprar cuando sea el momento adecuado. Lo que quiero es que tengáis preparados los papeles para cuando llegue ese momento. Doy por supuesto que todos entendéis que nadie más que los que estamos aquí debe enterarse de nuestras intenciones.

Dio por concluida la reunión, pero le pidió a su vicepresidenta Beatriz del Álamo que se quedara unos instantes. Necesitaba hablar con ella a solas.

—Necesito que me haga un favor —le dijo don Julián—. Tiene usted que abandonar el banco.

Beatriz del Álamo conocía lo suficiente a don Julián —llevaban veinte años trabajando juntos — para saber que lo que le pedía no era un castigo, sino todo lo contrario. Asintió y esperó a que su jefe le explicara las razones de su salida del banco.

* * *

Isabel estaba tendiendo una lavadora cuando sonó el timbre de la puerta. Le sorprendió y se asustó un poco. Era una hora inconveniente y era sábado. El conserje no trabajaba. Decidió no abrir la puerta y utilizó la mirilla. No había nadie. Se retiró y entonces reparó en un sobre que alguien había metido por debajo de la puerta.

Cuando lo abrió se olvidó de la lavadora a medio tender. Dentro había una hoja con

instrucciones muy precisas de cómo llegar al hotel Mediterráneo a través del parking. Y una tarjeta para entrar en la habitación 322.

A Isabel se le quitó un peso de encima, habían pasado quince días desde la última vez que había visto a Alcaraz, y ya pensaba que se había olvidado de ella. Además, volvería a ver a Javier García. Aunque la reunión estaba convocada para el día siguiente, Isabel prefirió adelantarse a los acontecimientos. Se olvidó de la lavadora y fue a su armario. Eligió un traje rojo que se había hecho el año pasado imitando el que lucía Pam Grier en *Jackie Brown* y se lo probó.

Sí, definitivamente llevaría el traje rojo, pensó. Después, un poco avergonzada de su frivolidad, terminó de tender la lavadora. Y, mientras lo hacía, reflexionó sobre los cambios que había sufrido su vida en el último mes. Nunca se había imaginado, ni siquiera en sueños, que su vida iba a transformarse tan radicalmente. Sentía un cierto orgullo al pensar que todo había empezado gracias a ella, cuando decidió llevarle *Llano Amarillo* a Fernando Alcaraz. La mejor decisión que había tomado en su vida. «Vito Corleone tenía razón», pensó mientras tendía la última camiseta: a ella tampoco le gustaba ser una marioneta en manos de los poderosos.

Terminada la lavadora, se concentró en las tareas de la casa. Pero no pudo evitar pensar en Javier.

* * *

Mirella, por su parte, empezó el día reuniéndose con Luis López Castro. Una cita que no resultaba especialmente agradable. No sólo le miraba las piernas y el escote sin disimulo alguno, sino que la trataba, y eso sí que la molestaba, con esa condescendencia que los españoles maduros y supuestamente importantes reservan para las mujeres que trabajan con ellos. Pero, como mujer práctica que era, procuraba pensar poco en él y centrarse en los asuntos a tratar. Ya vendrían tiempos mejores. Esa mañana en concreto tenían poco de qué hablar. Estaban a la espera de que llegara Jaime Bosch con la noticia de que Vicente Ruiz era el nuevo vicepresidente del Gobierno, y así cumplir con el primer objetivo de *Llano Amarillo*.

Jaime Bosch, en representación de Vicente Ruiz y Antonio Oliver en nombre de la presidenta Velázquez, llevaban toda la mañana reunidos negociando los nombramientos del nuevo gobierno de concentración.

Luis López Castro miraba su reloj cada pocos minutos y no dejaba de dirigirse a Mirella con frases pretendidamente profundas del tipo: «Si algo he aprendido en política es que no hay que vender la piel del oso antes de cazarlo. Así que no te pongas nerviosa».

Mirella no estaba nerviosa, sabía que a Elisa Velázquez, si quería seguir siendo presidenta del Gobierno, no le quedaba más remedio que aceptar la lista de nombramientos, así que sólo era cuestión de tiempo. Descruzó las piernas para que Luis López Castro se entretuviera y dejara de decir sandeces y esperó pacientemente la llegada de Jaime Bosch.

—Ya está, ya tenemos gobierno —dijo nada más entrar un exultante Jaime una hora después—. Vicente Ruiz es el nuevo vicepresidente.

—Muy bien —respondió Luis López Castro—. ¿Y qué hay de los demás nombramientos?

—Los más importantes ya están. Y esta tarde termino de cerrar la lista con Antonio Oliver.

—Un fracasado —apostilló con suficiencia López Castro.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó Mirella que quería pasarle cuanto antes la información a

don Julián.

Jaime no pudo evitar empezar por él.

—Yo voy de subsecretario del vicepresidente, y ya están pactados cuatro ministerios: Justicia, Fomento, Interior y Hacienda. También nos quedamos con la presidencia de Radio Televisión, el Centro Nacional de Inteligencia y el fiscal general del Estado. Ah, y tú vas de presidente de la Comisión del Mercado de Valores. Por cierto, Oliver ha puesto el grito en el cielo. No te tiene mucha simpatía.

—Ni yo a él —dijo López Castro mientras se rascaba la entrepierna.

—¿Quién va de gobernador del Banco de España? —preguntó abruptamente Mirella.

—Gobernadora —le corrigió Jaime Bosch—. La nueva gobernadora va a ser Beatriz del Álamo.

* * *

—Excelente —exclamó Julián de la Hoz cuando Mirella le transmitió la noticia del nombramiento de Beatriz del Álamo.

En realidad ese era, junto al de Luis López Castro, el único nombramiento que le interesaba de verdad. Beatriz era una pieza fundamental en su plan. No sólo era una mujer de eficacia y lealtad más que probada, sino que además participaba de la cultura del banco. Y, lo más importante, no tenía ambiciones políticas. Era una profesional de la economía. Una científica empírica. Justo lo que el país necesitaba.

* * *

El recién nombrado ministro de la Presidencia Antonio Oliver salió de su reunión con Jaime Bosch y se dirigió lentamente al despacho de la presidenta Velázquez con la lista de nombramientos en la mano. La lentitud con la que avanzaba por el pasillo era deliberada: necesitaba tiempo para simular un enfado que no sentía. Él había leído *Llano Amarillo* y sabía que los nombramientos del nuevo gobierno de concentración eran sólo la primera parte del plan. Pero ahora lo importante era saber qué pensaba Elisa Velázquez, si estaba con ellos, o simplemente era una política a la deriva superada por las circunstancias, con una agenda propia.

Lo mejor, en eso estaba de acuerdo con Alcaraz, era presionarla y ver por dónde salía.

—¡Beatriz del Álamo de gobernadora del Banco de España y el impresentable de Luis López Castro de presidente de la Comisión del Mercado de Valores! Esto es una locura, Elisa. Se están quedando con todo.

—Estás equivocado —le respondió con calma la presidenta—. La proporción es bastante equilibrada.

—¿Cómo va a ser equilibrada! Han copado los puestos más estratégicos.

La presidenta Velázquez se armó de paciencia. Sabía que había sido un error ceder a las presiones de Fernando Alcaraz y nombrar a Antonio Oliver ministro de la Presidencia. Ya estaba arrepentida. Si había alguien con quien le era imposible trabajar era con él, se odiaban demasiado. Pero prefirió mantener un tono conciliador.

—Antonio, estamos en un gobierno de concentración, y nos tenemos que acostumbrar a compartir. El cincuenta por ciento de los nombramientos son gente nuestra.

Antonio Oliver decidió que era el momento de atacar y ver qué sucedía.

—No —le contestó irritado—. No son gente nuestra, son gente tuya.

La presidenta cerró los ojos y el rubor le subió a la cara. Eligió con cuidado sus palabras y el tono.

—Antonio, eres un hombre inteligente y muy valioso. Así que, por esta vez pasaré por alto lo que acabas de decir. Pero te recuerdo para futuras conversaciones que, aunque te moleste, tú no eres el presidente del Gobierno. La presidenta del Gobierno soy yo. Y ahora, si eres tan amable, cierra los flecos con Bosch. Quiero anunciar el nuevo gobierno esta misma tarde.

Antonio Oliver volvió a su despacho más inquieto que preocupado. Su antecesor en el cargo no había tenido tiempo de vaciarlo del todo, y las continuas entradas y salidas de operarios llevándose cajas de cartón no ayudaban a la reflexión. Pero no había más remedio que aislarse del trajín y poner en orden las ideas.

Una vez más, pensó, Elisa Velázquez se había escurrido y había dejado abiertas todas las opciones. O la presidenta era idiota —cosa harto improbable— y no se daba cuenta de la operación de Vicente Ruiz y su pandilla de mariachis, o había llegado a un acuerdo con el vicepresidente —cosa también improbable, era demasiado pronto para eso—; o, tal vez, esperaba agazapada detrás de la mata el desarrollo de los acontecimientos para decidir su posición. Conociéndola como la conocía, la tercera opción era la más probable. En todo caso, necesitaba ponerse en contacto con Alcaraz lo antes posible y contarle sus impresiones.

Pero no sabía cómo hacerlo. El expresidente había sido tajante al respecto: «No me llames, ni intentes ponerte en contacto conmigo —le dijo—. Ya recibirás noticias mías».

Tan abstraído estaba en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de que una ordenanza estaba de pie frente a su mesa portando una bandeja de café.

—Buenos días, señor ministro. He pensado que le vendría bien un café —dijo la ordenanza al tiempo que depositaba la bandeja encima de la mesa—. Mi nombre es Rosario Campo y siempre que necesite algo no tiene más que llamarme. Mi extensión es la dos.

Y mientras hablaba, Rosario Campo levantó unos centímetros el mantel que cubría la bandeja y descubrió un sobre que había debajo.

A Antonio Oliver no le dio tiempo a preguntarle nada. La ordenanza salió del despacho antes de que el ministro se recuperara de su sorpresa. Abrió el sobre y en su interior encontró las instrucciones para llegar al hotel Mediterráneo y la tarjeta de entrada a la habitación 322.

* * *

Mirella dejó a Jaime Bosch y a Luis López Castro conspirando y se dirigió a Las Lanzas, un hotel de la periferia de Madrid. Tenía una cita con su propietario para reservar la última planta a nombre de un despacho de abogados británico: Rockwell & Mateson.

Cumplida esa tarea se encaminó al edificio de la Fundación del Banco Hispania. Cuando llegó, con un cierto retraso, los académicos e intelectuales que había convocado la estaban esperando un tanto inquietos por su tardanza. Mirella lo había hecho a propósito, y su retraso no era una táctica, sino una pequeña venganza. No era una gran partidaria ni de los académicos ni de los intelectuales en general, y mucho menos de los que había convocado. Entre otras razones, porque alguno de los asistentes había sido profesor suyo en la universidad, y sus recuerdos no

eran felices.

Mirella, aunque todavía era una mujer joven no se engañaba respecto a la naturaleza humana. Ya había comprendido hacía tiempo que casi todo el mundo se cree sus propias mentiras, sobre todo si le benefician. Todos estaban allí por el dinero, así que empezó hablándoles de ideales.

—Todos sois intelectuales de prestigio y de reconocida independencia, y esa es la razón por la que nos gustaría contar con vosotros. La idea de la fundación es proporcionaros el marco adecuado para que podáis reflexionar libremente sobre la situación económica y trasladar vuestras opiniones a la sociedad civil. La fundación se encargará de poner a vuestra disposición los altavoces necesarios: publicaciones, tribunas en los periódicos, debates, etc. Delante de vosotros tenéis un documento en el que se fijan las condiciones económicas de vuestra colaboración. Si os suscita alguna duda, no vaciléis en consultarme.

Mientras los profesores leían y firmaban sus contratos, Mirella se acercó a Luis Fuentes, catedrático de Sociología en la Complutense, catedrático en la Universidad de Chicago, vicepresidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, director de varios másteres, antiguo preceptor del Príncipe, experto en Asia, adalid de la sociedad civil y autor de uno de los libros de cabecera de Julián de la Hoz, *Singapur: un sistema político de éxito*. Mirella lo había tenido de profesor en la facultad y no guardaba buena opinión de él: inmerso en sus múltiples y lucrativas actividades, el profesor Fuentes dedicaba más tiempo a la sociedad civil que a sus alumnos. Para muchos era una inteligencia superior, para Mirella un pedante, que basaba parte de su éxito en hablar muy bajo, muy lento, y masticando las sílabas.

Pero Julián de la Hoz lo tenía en muy alta estima, lo creía un sabio, así que Mirella se dirigió a él con una sonrisa.

—Profesor, a don Julián le gustaría reunirse unos momentos con usted.

Cumplido el encargo, miró su reloj. Le quedaban todavía dos reuniones, una con periodistas y otra con blogueros. Por la noche había quedado a cenar con Jaime Bosch. Un día muy agitado.

* * *

Isabel cumplió al pie de la letra las instrucciones para reunirse con Alcaraz. Y, como entró en el hotel por el parking, no pudo reparar en una furgoneta azul aparcada frente a la entrada principal.

La furgoneta en cuestión —como ya sabía el expresidente Alcaraz—, pertenecía a la compañía de seguridad de Alfredo Junquera, y desde ella se vigilaban los movimientos y las comunicaciones del expresidente.

El joven expolicía que ocupaba el asiento del conductor apagó rápidamente el cigarrillo cuando vio por el retrovisor que su jefe se acercaba caminando por la acera. A Alfredo Junquera no le gustaba que se fumara dentro de los vehículos de la empresa.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó al entrar en la furgoneta.

—Ha llegado hace una hora y se ha registrado para pasar la noche —contestó el joven.

—¿Solo?

—No, con su mujer.

Junquera se quedó un rato pensativo. Se encogió de hombros y antes de salir del vehículo dijo:

—Hay matrimonios a los que les gusta follar en hoteles en vez de en su casa.

Los veinte años que había pasado en la policía le hacían creer que era un experto en vicios.

Así que, satisfecho de su agudeza, se le olvidó reprender a su empleado por fumar en la furgoneta.

«Vaya con el cabrón de Alcaraz, follando en un hotel. La verdad es que su mujer todavía tiene un revolcón», reflexionó mientras se alejaba por la acera. Sacó su móvil pero, antes de marcar el número de Luis López Castro para informarle de los acontecimientos, pensó que no sería mala idea pasar con su mujer un fin de semana en un hotel de la ciudad. Le añadiría un poco de picante al asunto.

Isabel bajó las escaleras que conducían al parking y lo cruzó para coger el ascensor. En el interior de este, cuando se vio reflejada en el espejo, sufrió un ataque de pánico. Quizá se había equivocado poniéndose el vestido rojo. Demasiado ceñido, demasiado corto, inapropiado para la ocasión. Tendría que tener mucho cuidado al sentarse. No le dio tiempo a torturarse más. El ascensor llegó a la planta tercera. Isabel se estiró el vestido, buscó la habitación 322 y metió la tarjeta.

La entrada de Isabel en la suite del hotel creó un momento de dispersión entre los hombres que la estaban esperando, suspendieron la conversación para saludarla, y durante unos instantes pensaron en ella.

Fernando Alcaraz —que como todos los hombres que han superado los sesenta, aunque él no fuera consciente, era un espejismo del hombre que fue— se imaginó a sí mismo diez años antes quitándole el vestido rojo.

Antonio Oliver —quizá debido a su penoso matrimonio, o quizá por el temor reverencial que siempre le habían producido las mujeres, incluida su madre— la encontró una mujer guapa e interesante, pero le buscó los defectos: «Los labios demasiado finos para una belleza moderna», pensó. En todo caso, fue el que menos atención le prestó, su corazón estaba en el dormitorio de la suite donde Julia se había recluido a leer una novela.

A sus ochenta y dos años, Lucio Inguanzo había traspasado ya hacía tiempo la edad en que la presencia de una mujer guapa alteraba su ánimo. Para él, las mujeres eran —como casi todo en la vida— una curiosidad más que una presencia.

—Te presentó a Lucio Inguanzo —le dijo Alcaraz a Isabel—. Es nuestro experto en clandestinidad.

Isabel, por edad y por el desinterés que siempre le había producido la política, no reconoció en el anciano al dirigente histórico de la clandestinidad comunista. Una leyenda para los que lo conocieron. Con trece años de cárcel y dieciocho detenciones a sus espaldas, Lucio Inguanzo tenía el orgullo de haber sido el responsable del aparato de propaganda del PCE en los años sesenta y principios de los setenta. La policía franquista jamás logró neutralizarlo.

«Huele muy bien —se dijo Lucio Inguanzo—. Parece una mujer seria». Y fiándose de su intuición le asignó un puesto importante en la red clandestina.

A Javier García las presentaciones le dieron un tiempo extra para comparar el vestido rojo que llevaba Isabel con el austero traje de chaqueta con que se presentó en su casa. No sabía con cuál de las dos Isabeles quedarse. Con la severa, pero muy sexy del traje gris, o con la *Foxy Lady* del traje rojo. Como no pudo decidirse por ninguno de los dos atuendos, se fijó en los zapatos de tacón. Los grabó en su memoria, por si acaso.

Alcaraz leyó la lista de nombramientos que le había pasado Antonio Oliver y dio comienzo a la reunión.

—La primera parte de *Llano Amarillo* ya la han cumplido. Han tomado posiciones claves en

el gobierno a la espera de que llegue su momento.

—¿Y cuándo será su momento? —se atrevió a preguntar Isabel.

—Cuando la economía se vaya totalmente al carajo —contestó Javier.

—Y entonces forzarán a Elisa a convocar elecciones anticipadas —apostilló Alcaraz.

Se hizo un silencio. Antonio Oliver aprovechó el momento para disipar la última duda sobre los planes de Alcaraz.

—Pero tendrán que ganarlas —dijo en el tono más neutro posible.

—Efectivamente —contestó Fernando Alcaraz—. Y no se lo vamos a poner fácil.

«Bien —pensó Antonio Oliver—, Fernando ha decidido presentarse». Era una gran noticia. Con Alcaraz de candidato tenían muchas posibilidades de parar el golpe.

—Bueno —prosiguió el expresidente—. Por ahora, sabemos lo que quieren hacer: apoderarse del Estado. Pero necesitamos saber el alcance exacto de la conspiración y sobre todo cuáles son sus planes cuando ocupen el poder. Nos tenemos que organizar.

Y le cedió la palabra a Inguanzo.

Lucio Inguanzo desplegó encima de la mesa un mapa de Madrid salpicado de cruces hechas con un rotulador rojo.

—Nos comunicaremos a través de teléfonos públicos —dijo, mientras señalaba el mapa—. Las cruces corresponden a cabinas telefónicas. Todas están relativamente cerca de una salida de metro. Utilizad cada cabina una sola vez, y cuando salgáis del metro romped el billete. A nadie le interesa saber de dónde venís.

—El número de contacto es el 915868000, extensión 311. Memorizadlo. Responderá una mujer y dirá su nombre: Encarnación. Vosotros os identificaréis con una contraseña: Stalingrado. Si respondiera alguien que no fuera ella colgad inmediatamente. A partir de ahora, olvidaos de los móviles y de los ordenadores para comunicaros entre vosotros. Si tenéis necesidad de poner os en contacto urgentemente, hacedlo a través de Isabel, ella será nuestra coordinadora.

Inguanzo hizo una pequeña pausa.

—La clandestinidad es muy aburrida —continuó—. Consiste en hablar poco, andar mucho, llegar a su hora a las citas y desaparecer en cuanto notéis algo raro.

7

Isabel Prieto terminó de organizar la mesa en el comedor privado del banco a las once de la mañana. Había decorado la mesa con centros de flores blancas, azules y rojas, los colores de la bandera americana, en honor del embajador Sorensen.

—Es usted una joya —la lisonjeó Julián de la Hoz.

—Muchas gracias —contestó Isabel que esa mañana, después de lo que había ocurrido en el parking la noche anterior, era la mujer más feliz del mundo.

—Mande mi coche al aeropuerto de Torrejón, y dígame a Mirella que el embajador Sorensen quiere visitar el Prado antes de venir a verme.

Isabel volvió a su despacho e intentó concentrarse en el trabajo para que el tiempo pasara más rápido. Dentro de ocho horas volvería a verse con Javier.

* * *

Antonio Oliver se bebió el café que, como todas las mañanas, le había traído la ordenanza Rosario Campo y sacó de su cartera ministerial el sobre con los resultados médicos de Fernando Alcaraz. Lo metió debajo del mantel que cubría la bandeja y descolgó el teléfono.

—Dígale a Rosario que puede pasar a recoger la bandeja.

Pero, pasados unos minutos, quien entró en el despacho no fue Rosario Campos sino el vicepresidente Vicente Ruiz.

—¿Te molesto?

—Cómo me vas a molestar —dijo Antonio mientras se levantaba para recibirle.

—Quería charlar contigo un rato. Estamos aquí todo el día, a unos metros el uno del otro, y nunca tenemos oportunidad de cambiar opiniones.

—En eso tienes razón —le contestó Antonio mientras caía en la cuenta de que una de las esquinas del sobre sobresalía por debajo del mantel. Prefirió no hacer nada y concentrarse en la conversación.

—Estoy preocupado y en el partido también lo están. Supongo que estás al tanto de los nuevos datos económicos.

—Sí, son terribles —dijo Antonio.

«Ahora —pensó— me revelará la verdadera razón de su visita». Y acertó, pero tuvo que esperar un poco.

Rosario Campo entró y se llevó la bandeja. El vicepresidente volvió a hablar cuando se quedaron solos.

—Tú y yo llevamos mucho tiempo en este negocio, y sabemos que así es imposible seguir. Si las cosas se ponen tan difíciles como parece, sería bueno que nos mantuviéramos informados de nuestras intenciones. ¿Qué te parece?

Antonio Oliver, antes de contestar, se tomó un tiempo. Ya estaba todo claro, pensó. El gobierno de concentración iba a tener una vida muy corta. Los conspiradores ya estaban preparando las elecciones anticipadas, y Vicente Ruiz quería saber si tenía pensado presentarse. Echó una mirada a la foto de Alcaraz que tenía en su mesa de despacho y siguió su consejo: «En política nunca te comprometas hasta que no te pongan una pistola en la sien».

—Muchas gracias por tu confianza. Pero, si quieres que te diga la verdad, no sé si seguiré mucho tiempo en política. De todas formas, mientras tanto estoy aquí para lo que necesites.

Vicente Ruiz salió de la reunión relativamente satisfecho. Su intuición le decía que Antonio Oliver no iba a ser un rival en las próximas elecciones. Todavía le quedaba una visita importante que hacer antes de poner la operación elecciones anticipadas en marcha. Estaba citado con Alfonso Tena en una hora. Tenía tiempo antes de ir a verle para leer el artículo titulado «La excelencia, una necesidad nacional», que se publicaría al día siguiente en el periódico *El Globo* con su firma, pero cuya autoría correspondía a medias a Mirella y al profesor Fuentes. El título le pareció cursi —muy propio del profesor Fuentes—, pero no tenía ni tiempo ni ganas de cambiarlo. Y tampoco quería herir susceptibilidades. Así que dio el visto bueno al artículo, título incluido.

* * *

Rosario Campo, la ordenanza que horas antes había recogido la bandeja en el despacho del ministro de la Presidencia, entró en el hospital Gregorio Marañón por la puerta de Máiquez. Subió al tercer piso, recorrió el pasillo y entró en la habitación 311. En la cama más cercana a la ventana dormitaba una anciana, Encarnación Cestau.

Rosario, que la conocía desde niña, la besó en la frente y se sentó a su lado. Del bolso sacó el informe médico de Alcaraz —que ella no había leído— y se lo dio a Encarnación, que lo guardó en su mesilla.

Encarnación Cestau se había casado con Lucio Inguanzo en el año 1950, aprovechando que ambos acababan de salir de la cárcel. Ahora, desde su cama del Gregorio Marañón, centralizaba la red clandestina que su marido había creado para neutralizar *Llano Amarillo*.

Cuando Rosario Campo se marchó, Encarnación leyó el informe médico. Dos horas después, cuando Lulio vino a visitarla, se lo pasó y esperó a que terminara de leerlo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—No sé, la verdad, ¿tú qué piensas?

—Que tienes que hablar con Julia.

* * *

Isabel esperó pacientemente a que Julián de la Hoz y el embajador Sorensen terminaran su comida. Por la cara de don Julián parecía claro que la reunión había sido un éxito. Después de acompañar al americano hasta los ascensores, algo que raramente hacía, se sentó frente a Isabel y la volvió a felicitar:

—El detalle de las flores componiendo la bandera americana le ha conmovido. Me ha pedido que le diera las gracias en su nombre. Por cierto, antes de que se me olvide, reserve la sala de reuniones de la fundación para pasado mañana, y convoque a estas personas —y le pasó una lista escrita de su puño y letra—. Déjeles claro, en mi nombre, que es muy importante que asistan.

Cuando se quedó sola, Isabel memorizó los nombres de la lista, y después empezó la ronda de llamadas. Pasada una hora, Isabel dio cuenta a Julián de la Hoz de sus gestiones.

—Don Julián, todos han confirmado su presencia excepto María Fernanda Tena. Su secretaria me dice que está de vacaciones y que está ilocalizable.

Julián de la Hoz se quedó unos instantes pensativo. Aunque le molestara admitirlo, era importante que esa mujer asistiera a la reunión. Después de la suya, la de María Fernanda era la mayor fortuna de España.

—Ya la llamaré yo. No se preocupe.

* * *

Vicente Ruiz era un político metódico. Siempre había planificado sus operaciones al mínimo detalle, procurando evitar riesgos innecesarios. Él era un hombre de partido, y sabía, por propia experiencia, que la maquinaria que los movía era un engranaje muy delicado al que había que engrasar y atender constantemente. Y Alfonso Tena era una pieza muy importante de ese engranaje. Era el presidente de honor del partido, había sido presidente del Gobierno y todavía conservaba suficiente poder e influencia para ponerle algún que otro palo en la rueda.

Pero eso no era lo más importante. Lo único importante era que Alfonso Tena era su enemigo, y no hay peor enemigo que el que pertenece a tu propia familia.

El expresidente entró en su despacho apoyándose en un bastón. Se movía con gran dificultad. Vicente Ruiz tuvo un instante de compasión para quien tiempo atrás había sido su mentor. Era un viejo camino de la muerte.

—Siento la espera, pero hoy me cuesta mucho todo —se excusó.

—Lo siento, don Alfonso, si hubiera sabido que se encontraba mal...

Alfonso Tena se sentó en su sillón favorito y dejó el bastón a un lado.

—Hace ya tiempo que no nos veíamos. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—Quería pedirle consejo antes de convocar a la comisión ejecutiva —dejó caer Vicente Ruiz.

—Pues, entonces, vayamos a las cosas. ¿Qué te preocupa?

—En el partido hay miedo a que nos veamos arrastrados por la debacle. Al fin y al cabo, somos parte del gobierno y la gente empieza también a culparnos del desastre.

—Lógico —contestó Tena—. Los gobiernos de coalición funcionan en Alemania, pero no en España. Ya os avisé de que era una mala idea.

Vicente Ruiz se tragó la crítica con aplomo. No había venido a discutir con Tena, sino a neutralizarle.

—Y tenía usted razón. Pero, una vez cometido el error, lo mejor es arreglarlo cuanto antes. Estamos pensando en forzar elecciones anticipadas. ¿Qué opina usted?

El expresidente no contestó inmediatamente. Se levantó del sillón apoyándose en el bastón.

—¿Elecciones anticipadas? No sé... Tengo que pensarlo.

«El viejo —se dijo Vicente Ruiz— vuelve a las andadas». Pensar, retrasar, dilatar las decisiones hasta pudrir las, y esperar a que los problemas se resuelvan por sí solos. Alfonso Tena en estado puro. Pero esta vez no iba a dejar que sus decisiones les afectaran, ni al partido ni a él.

—No hay tiempo, don Alfonso. Estamos al borde del abismo. Los financieros más importantes del país se van a reunir para analizar la situación y presionarnos para que salgamos del gobierno.

Si había algo, o eso pensaba Vicente Ruiz, que, por origen y educación, Alfonso Tena respetaba era el poder del dinero.

—¿Y quién convoca esas reuniones? —le preguntó mientras volvía a sentarse reprimiendo un gesto de dolor.

—Julián de la Hoz.

—Julián de la Hoz, vaya. Entonces, la palabra clave es patriotismo.

Vicente Ruiz controló su furia. Una vez más se había salido por la tangente. ¿Patriotismo? ¿Eso era un sí o un no?

—Perdone que insista, pero no me ha quedado clara su opinión.

—Si lo piensas bien, lo entenderás.

La respuesta, tan condescendiente, tan olímpica, le molestó tanto que por primera vez el vicepresidente abandonó la contención y le soltó una pulla:

—Está usted muy enigmático. Parece el oráculo de Delfi.

Alfonso Tena sonrió y dio por terminada la conversación.

—Si no te importa me gustaría descansar un poco. Estos dolores de huesos me están matando.

—Por supuesto, don Alfonso. Muchas gracias por su tiempo y por sus consejos. Que se mejore.

Pero Alfonso Tena no permitió que Vicente Ruiz se marchara sin más.

—Ah, una cosa, querido amigo, es Delfos, no Delfi.

En cuanto Vicente Ruiz salió del despacho, Alfonso Tena tiró el bastón, y con una agilidad impropia de sus años, cruzó el despacho, descolgó el teléfono y marcó el número privado de su prima María Fernanda.

—Prima, ¿qué sabes de una reunión que ha convocado Julián de la Hoz?

—Lo sé todo —le contestó María Fernanda—. Me acaba de llamar para decirme lo importante que es que yo asista. Pero le he dicho que estoy de vacaciones en Grecia y que no cuente conmigo.

—Tienes que ir a esa reunión. Necesito saber lo que están tramando.

* * *

Isabel se miró al espejo por enésima vez. Dudaba entre mantener el moño italiano que se había hecho o soltarse el pelo. Esperaba ansiosa la llegada de Javier. La noche anterior en el parking...

Sonó el timbre de la puerta. Era él.

Javier entró en el piso, la besó en una mejilla y lo primero que dijo hizo que el desánimo invadiera el corazón de Isabel.

—¿Me has conseguido la información sobre Freedom Bird?

Isabel era una mujer orgullosa, así que se tragó su rabia y procuró que no se le notara que estaba a punto de echarse a llorar.

—Todavía no. Tengo que hablar con Lucio. Espérame aquí hasta que vuelva, y no le abras la puerta a nadie.

—De acuerdo —contestó Javier y encendió un cigarrillo.

—En esta casa no se fuma —le dijo Isabel en un tono tan seco que Javier se asustó y apagó el cigarrillo a toda prisa.

En el ascensor Isabel rompió a llorar. «Una vez más —pensó—, me ha ocurrido una vez más. Todo va bien hasta que se acuestan conmigo, entonces todo cambia. ¿Qué hago mal?». La noche anterior en el parking cuando Javier le subió la falda y la tumbó encima del capó de un coche...

La puerta del ascensor se abrió e Isabel se dio de bruces con un vecino. Qué vergüenza.

El hospital infantil del Gregorio Marañón era el lugar que Lucio Inguanzo había elegido para encontrarse. Como siempre que se reunían, Isabel no se percató de su presencia hasta que se lo encontró sentado junto a ella.

—Necesitamos información sobre un grupo de inversión que se llama Freedom Bird. Le he apuntado el nombre.

Inguanzo recogió el papel que le pasó Isabel y se lo guardó en el bolsillo. En realidad, no necesitaba el dato. Conocía perfectamente todo lo referente a Freedom Bird. La información sobre el fondo de inversión, así como otros muchos documentos secretos de la conspiración, los tenía a buen recaudo en un piso franco de la calle del Camino Viejo de Leganés. El topo que tenían dentro del banco, al que Alcaraz había bautizado como el Ruiseñor, se los entregaba directamente a él. Muerto Alcaraz, sólo otra persona conocía la existencia del Ruiseñor además de Inguanzo. Ni Isabel ni Javier ni Antonio Oliver estaban al tanto.

Isabel se quedó sola en la sala de espera mientras Inguanzo iba en busca del documento. Estaba tan cansada, tan triste y tan desesperada que durante unos instantes se quedó dormida.

* * *

Javier, tumbado en el sillón de casa de Isabel, y fumando a pesar de la prohibición, también le estaba dando vueltas en la cabeza a la noche anterior. Pero con menos dramatismo que Isabel.

«Algo habré hecho mal. Si no a qué viene ese mal humor. Tenía que haber aparecido con unas flores —pensó—, eso hubiera estado bien». Pero hacía tanto tiempo que no estaba con una mujer sin pagar que ya se le había olvidado cómo tratarlas. «Una de las muchas cosas buenas que tienen las putas —reflexionó— es que nunca te guardan rencor. Si las pagas, claro está».

Apagó el cigarrillo y, para no seguir pensando en Isabel, encendió la televisión. El profesor Fuentes estaba promocionando su libro sobre China.

—El éxito económico de China —peroraba el profesor Fuentes— se basa en su sistema meritocrático para la elección de dirigentes. Sus líderes entran en el gobierno tras un largo proceso de selección y están sometidos a una evaluación constante. Es el gobierno de los mejores...

Javier subió el volumen de la televisión para seguir escuchando las «bondades» del sistema chino en versión española, y se dirigió al dormitorio de Isabel.

Abrió los cajones con cuidado y se deleitó con la visión de los conjuntos de ropa interior que llenaban la cómoda. Después, con las muy peligrosas ideas del pensador favorito de Julián de la Hoz de fondo: «China, Hong Kong, Singapur tienen un sistema político en que el imperio de la ley es anterior a la democracia», Javier se centró en el mueble zapatero de Isabel.

* * *

A esas mismas horas, ajeno por completo a la desazón de su secretaria personal, Julián de la Hoz se reunía en el despacho de la gobernadora del Banco de España con el presidente del Continental, Alejandro Quintero, para comprarle el banco. Con el visto bueno de la gobernadora, De la Hoz cumplía la promesa que le había hecho a Jaimie Barrister: desprenderse de los activos tóxicos del Banco Hispania y colocarlos en un «banco malo». «Más tarde, cuando ganemos las elecciones y Beatriz del Álamo pase de gobernadora del Banco de España a vicepresidenta económica, el Estado se hará cargo de la basura a costa del contribuyente y el Banco Hispania quedará totalmente limpio sin que sus accionistas pierdan un solo euro en la operación», pensó satisfecho Julián de la Hoz mientras estrechaba la mano de un abatido Alejandro Quintero.

Isabel entró en su casa más triste que de mal humor, y con la firme intención de controlar sus emociones, en el estilo Molly Parker.

Sin embargo, la visión de Javier dormido en su sillón con la televisión encendida y un par de cigarrillos apagados en un plato la enterneció. Le tocó levemente en el hombro para despertarlo.

Lo primero que hizo Javier cuando abrió los ojos y vio a Isabel fue echar una mirada al cenicero. Lo segundo, disculparse.

—Perdona, me he quedado dormido. Me he fumado un cigarro, pero he abierto las ventanas. Te lo juro. Lo siento, de verdad.

—Aquí tienes el informe.

Javier lo metió en su mochila y se despidió pidiéndole perdón una vez más por haber fumado.

Isabel cerró la puerta y recogió el plato con las colillas. Las tiró a la basura y empezó a prepararse mentalmente para no caer en la desesperación. No había ni siquiera reflexionado unos segundos cuando sonó el timbre de la puerta. Era Javier.

Cuando ya medio desnudos se tumbaron en la cama, Javier insinuó más que pidió:

—¿Te importaría ponerte unos zapatos de tacón?

SEGUNDA PARTE

8

Javier salió del dormitorio procurando hacer el menor ruido posible. No quería despertar a Isabel, que dormía desnuda desparramada sobre las sábanas. Antes de cerrar la puerta, echó una última mirada a los zapatos de tacón tirados en el suelo. Pensó en volver a la cama, pero prefirió ser prudente. Isabel había sido tajante: tenía que marcharse antes de que llegara el conserje. Así que se vistió rápidamente, recogió el informe de Freedom Bird para estudiarlo en casa, y cruzó la puerta del edificio diez minutos antes de que el conserje ocupara su puesto de trabajo.

En el metro de vuelta a casa, decidió escuchar en su reproductor MP3 *Agua misteriosa*, de Javier Limón y la Shica, y recordar la noche.

* * *

La noche de Mirella había sido bien distinta a la de Isabel y Javier. Se había acostado tarde preparando minuciosamente su reunión con Lucía Flores. El soborno era un arte muy delicado, sobre todo si la persona a la que se iba a comprar se tenía a sí misma por incorruptible, como era el caso de la periodista. «Con los incorruptibles hay que actuar con tacto, tocar las teclas adecuadas y, sobre todo, dejarles una puerta abierta para que su reputación no sufra menoscabo», reflexionó Mirella.

Lo primero fue estudiar al detalle la historia económica de Lucía Flores. Siempre se había ganado bien la vida con su trabajo y, por lo que reflejaba el informe, no tenía veleidades bolsísticas.

Pero, como casi todos los españoles, había cometido un error de cálculo. En la confianza de que su futuro económico iba a ser igual o mejor que su pasado, se compró una casa en la playa antes de la crisis. Una casa muy bonita —Mirella había visto las fotos—. Hasta ahora iba cumpliendo con la hipoteca a trancas y barrancas. Dos veces se había retrasado en el pago. Pero la casa de la playa no era su único problema. Tenía a uno de sus hijos estudiando en una universidad privada. Su sueldo llevaba estancado cuatro años y su economía estaba demasiado

extendida. No es que le fueran las cosas mal, pero tampoco le iban bien del todo.

«Bueno —pensó Mirella—, ya he encontrado la puerta para entrar en el castillo, ahora hay que moverse con elegancia».

El soborno de Lucía Flores no debía dejar huellas, y los cheques y el dinero en efectivo siempre podían rastrearse.

Consultó con don Julián que le dio su visto bueno. Y después de calcular el monto de lo que todavía le quedaba a Lucía Flores por pagar de hipoteca de la casa de la playa, retiró del banco uno de los décimos de lotería premiados —el que más se ajustaba a la deuda— que el banco compraba para que los utilizaran sus clientes más especiales a efectos de defraudar a Hacienda. Lo metió en un sobre y se encaminó a la cafetería donde estaban citadas.

—¿Me estás proponiendo una entrevista pactada? —dijo Lucía Flores con ira apenas contenida, mientras hacía ademán de levantarse y dar por terminada la reunión.

—No, por Dios —le contestó Mirella—, jamás me atrevería. Sólo nos gustaría saber de antemano por dónde van a ir las preguntas. Entre tú y yo, el vicepresidente no cuenta entre sus virtudes con la de la elocuencia. Y a veces, sobre todo en la televisión, da por debajo de sus capacidades.

—¿Y cuáles son esas capacidades? —preguntó con ironía la periodista.

—Que va a ser el próximo presidente del Gobierno.

—Ya, aun así no me interesa. Nunca he hecho una entrevista pactada y a mi edad no me apetece cambiar.

—Lo comprendo y te admiro por ello —le contestó Mirella mientras sacaba el sobre de su bolso y lo colocaba con sumo cuidado entre su café expreso y el té de Lucía Flores—. Pero ¿qué quieres que te diga? —prosiguió—, a veces los años y las circunstancias te hacen ver la vida de otra manera. Buscas seguridad, sobre todo en tiempos tan difíciles como los que estamos pasando. No sé, a veces pienso que todos necesitamos en algún momento un golpe de suerte. Perdona, pero tengo que ir al baño.

Y la dejó a solas con la tentación.

Una hora más tarde, cuando la lotera de la administración más cercana a la cafetería, le comunicó la cuantía del premio que le había tocado en suerte, Lucía Flores comprobó —como millones de personas antes que ella— que el dinero habla un lenguaje que todo el mundo entiende.

* * *

En cuestiones de dinero don Julián era escrupuloso al máximo. El dinero era algo demasiado serio como para improvisar. Por esa razón, él también había preparado a conciencia la reunión que estaba a punto de empezar en la sala de juntas de la Fundación del Banco Hispania. Incluso había escrito a mano —con su pluma de tinta verde— las notas en las que iba a sustentar su alocución. La ocasión lo merecía: había reunido a la flor y nata de las finanzas españolas. Hasta había logrado convencer a María Fernanda Tena de que asistiera. «Qué mujer tan fea», pensó con cierto desagrado.

—Os he reunido —inició su discurso Julián de la Hoz— porque sé que todos estáis preocupados por la situación económica y política que vive nuestro país. Si el presente es pésimo, aún más inquietante es el futuro. Nosotros, dada nuestra posición en la sociedad, podemos

aconsejar y en algunos casos influir, pero las decisiones verdaderamente importantes las toman los políticos. Sin embargo, estoy seguro de que todos estamos de acuerdo en que en estos gravísimos momentos nuestra clase política —salvo alguna excepción que todos tenemos en mente— no está a la altura de las circunstancias. Para salir del atolladero donde estamos metidos necesitamos políticos que pongan por delante el interés general al mezquino interés partidista. Necesitamos un nuevo impulso y lo necesitamos antes de que sea demasiado tarde.

»Porque como muy certeramente nos avisó Tocqueville: «Es necesario que los propietarios no se hagan ilusiones acerca de la solidez de su situación, y que no se imaginen que el bastión de la propiedad es inexpugnable por el hecho de que, hasta ahora, en ninguna parte ha sido abatido, pues nuestro tiempo no se parece a ningún otro».

Hizo una pausa para beber un poco de agua. Había citado a Tocqueville a sabiendas de que ninguno de los presentes lo había leído y que la mayoría ni siquiera conocían su existencia, pero estaba seguro de que la rotundidad de la cita removería aún más los miedos de sus invitados. Así fue. Un silencio incómodo se extendió por la sala.

«Perfecto —pensó Julián de la Hoz, satisfecho con su golpe de efecto—. Ahora ya están maduros para explicarles la necesidad de un futuro político diferente y los pasos necesarios para conseguirlo». El primero era la firma de una carta pidiendo, o mejor, exigiendo, la convocatoria de elecciones anticipadas. Pero antes de entrar en materia le daría la palabra a Sorensen para que les informara en detalle de las áreas de negocio de Freedom Bird. Esa iba a ser la recompensa por sus desvelos en pro de un país mejor.

—Antes de que discutamos las acciones a tomar —prosiguió Julián de la Hoz—, me gustaría que escucharais lo que tiene que decirnos un gran amigo de España al que todos conocéis, el embajador Sorensen.

En su muy deficiente español —a pesar de haber vivido en el país más de cuatro años— el diplomático explicó a los presentes las bondades del fondo de inversión al que representaba. España —les dijo— es un país con grandes posibilidades para invertir. Con extraordinarias riquezas, explotadas, desgraciadamente, de forma ineficiente. Al fin y al cabo —dejó caer— España es, después de Italia, el país con mayor patrimonio cultural del mundo, por no hablar de sus modernísimas infraestructuras y de unos servicios médicos excelentes pero mal gestionados. Freedom Bird quería invertir en España porque confiaba en la capacidad de los empresarios y del pueblo español, pero necesitaba, como los propios españoles, que el poder político fuera favorable a la actividad económica, y no un freno como hasta ahora.

* * *

A Javier, tras leer el informe que Lucio Inguanzo le había pasado por medio de Isabel, no le extrañó en absoluto que Freedom Bird fuera un fondo de inversión supersecreto, tal y como le había comentado su antiguo colega Ignacio Jiménez. La rentabilidad —muy alta— que ofrecía a sus inversores —muy escogidos— la obtenía fundamentalmente de sus conexiones políticas al más alto nivel. Su consejo de administración estaba plagado de expresidentes y altos cargos de Estados Unidos, Reino Unido y algún que otro país emergente. Sus contactos les permitían hacer negocios muy lucrativos en tecnología militar, infraestructuras, sanidad, bienes raíces y turismo exclusivo.

Su modus operandi en los países del Este había sido impecable. Sus amigos y, en algunos casos, socios en los gobiernos de la zona les habían hecho el trabajo sucio. Primero ocupaban las empresas públicas y las saneaban a cargo del Estado. Después las privatizaban. Y era entonces cuando Freedom Bird entraba en acción. Las compraba y las gestionaba durante un tiempo para después revenderlas al mejor postor. Las ganancias eran enormes. Algunos llamaban a esta práctica «la doctrina del shock», los más simpáticos la denominaban «capitalismo de amiguetes». Otros, más elegantes, «capitalismo de acceso». Los más críticos «saqueo».

Pero para todo ello era necesario un gobierno complaciente y con las manos libres para legislar a su favor. Es decir, un gobierno de amplia mayoría y una oposición diezmada que no pudiera levantar la voz.

La primera parte de la operación *Llano Amarillo* —reflexionó Javier— había concluido. Los conspiradores habían ocupado los puestos claves en las empresas y conglomerados del Estado y estaban haciendo su tarea, dejarlas en perfecto estado para poder pasar a la siguiente fase: convocatoria de elecciones anticipadas y obtención de una mayoría absoluta que les permitiera moverse con absoluta impunidad.

La tercera fase, aunque Javier no podía saberlo, era la que en esos momentos Javier de la Hoz estaba explicando a sus invitados.

—Estos tiempos tan difíciles —les dijo— ofrecen grandes oportunidades para aquellos que entienden la necesidad de reformas económicas y políticas fundamentales.

* * *

Isabel se despertó de golpe y lo primero que sintió fue una enorme liberación. Por fin —se dijo—, después de siete hombres jadeando encima de ella, del paso por dos psicólogas, de cientos de antidepresivos y de la lectura de varios libros de autoayuda sexual, al final todo se había resuelto en una noche. Se levantó de la cama y se puso los zapatos de tacón. Se miró en el espejo desnuda, alzada en sus tacones, y pensó que la noche anterior era el pasado y que ahora lo importante era no dormirse en los laureles.

Desayunó desnuda a excepción de los zapatos que le vestían los pies y que habían cambiado su vida, y tras vestirse a toda prisa, salió disparada hacia la calle Lista, donde había visto unas sandalias muy elegantes y con un tacón altísimo. Quería invertir en su futuro.

* * *

María Fernanda Tena llegó a casa de su primo entre confusa e irritada, y también, un poco asustada. Para María Fernanda el hecho de ser multimillonaria —a diferencia de la mayoría de sus colegas— era un alivio. Le permitía ser completamente libre. No quería preocupaciones, y la política, lo había comprobado con su primo, era una fuente de problemas. Además, Julián de la Hoz nunca le había caído bien: siempre tan sibilino, tan atildado, tan cursi, tan siniestro.

—Todo ha sido muy raro —le dijo a su primo—. Primero empezó Julián que se pasó una hora hablando de la necesidad de un gobierno fuerte y de un modelo de estado como el de China y Singapur. ¡Singapur! Un sitio donde te ponen una multa por fumar por la calle. Se me pusieron los pelos de punta.

Alfonso Tena se arrellanó en su sillón. Conocía bien a su prima y sabía que era mejor no

interrumpirla. Le gustaba saltar de un tema a otro, y a veces era difícil seguir el hilo de la historia que estaba contando, pero era una mujer muy inteligente y muy intuitiva. Así que permaneció en silencio, aunque ardía en deseos de preguntarle si Julián de la Hoz había citado a Tocqueville como tenía por costumbre. No quería distraerla.

—Después tomó la palabra ese diplomático americano... ¿Cómo se llama?

—Sorensen.

—Sí, ese —prosiguió atropellada María Fernanda—. Por cierto, que para haber vivido en España habla fatal castellano. Bueno, a lo que íbamos, el tal Sorensen nos propuso participar en un fondo que él representa y que piensa invertir en España siempre y cuando, dijo, hubiera una situación política favorable.

—Ya me imagino —la interrumpió el expresidente.

—Ah, se me olvidaba, antes de irnos Julián nos pasó una carta para que la firmáramos, pero yo dije que me lo pensaría.

—¿Qué decía la carta? —preguntó ansioso.

—Que es urgente convocar elecciones anticipadas.

Alfonso Tena se levantó del sillón y se acercó a su prima.

—Tienes que firmarla —le dijo en tono perentorio.

María Fernanda movió la cabeza y suspiró.

—No sé, primo, ya sabes que la política no me interesa nada. Y además, todos los que estaban allí me caen fatal, y yo a ellos. Nunca han soportado que mandara a la mierda al gilipollas de mi exmarido y le quitara el mando de mis empresas. Que por cierto, van mucho mejor conmigo que con él.

Alfonso Tena se dio cuenta de que su prima volvía a distraerse y la centró rápidamente.

—Prima escúchame. Tienes que firmar esa carta. Saben que has venido a pedirme consejo. Me viene bien que piensen que estoy de acuerdo con ellos.

María Fernanda empezó a asustarse. Nunca había visto a su primo tan preocupado. Pero su carácter, un tanto volátil, la hizo olvidarse de sus miedos durante unos minutos e ir a lo práctico.

—Vale, la firmaré, pero antes me tienes que hacer un favor.

—Tú dirás.

—Quiero que te enteres de quién es el gracioso que va contando un chiste sobre mí.

—¿Qué chiste? —preguntó Alfonso Tena, haciéndose de nuevas, dado que conocía el chiste perfectamente porque era él quien lo había puesto en circulación.

—Es que dice que cuando van al sastre todos los hombres cargan a la izquierda, menos María Fernanda Tena que carga a la derecha.

—Julián de la Hoz —mintió sin pudor alguno el expresidente, viendo una puerta abierta para canalizar los odios de su prima en la dirección apropiada.

—Maldito hijo de puta. Se va a enterar ese enano —gritó María Fernanda mientras daba un puñetazo encima de la mesa.

«Ya lo creo que se va a enterar», pensó Tena. Las mujeres de la familia jamás olvidaban ni perdonaban, ese era uno de sus encantos.

María Fernanda Tena recogió la taza de café que había derramado en su ataque de furia y ya más calmada volvió a sus temores.

—Alfonso, ¿qué está pasando?

—Cosas muy graves que por ahora no puedo contarte —le contestó.

María Fernanda adoraba a su primo y tenía una fe ciega en su juicio. Ella era la rica de la familia, pero Alfonso era el patriarca. Sus consejos eran ley. Si Alfonso decía que estaban ocurriendo cosas muy graves lo mejor era ayudarle a resolverlas.

—¿Qué necesitas?

—Dinero.

9

Cuando la presidenta Velázquez leyó los periódicos de la mañana su mal humor se acrecentó. Todos abrían sus ediciones con el mismo titular: «Los empresarios y banqueros piden adelanto electoral». Dejó los periódicos encima de la cama y se preparó para un día aún más duro de lo normal.

Félix de Miguel salió del baño perfectamente afeitado y con su escaso pelo cuidadosamente peinado para intentar ocultar, sin éxito, su calvicie. Elisa Velázquez al verle en calzoncillos, luciendo flacideces mientras elegía con parsimonia su atuendo, no pudo contenerse, y pensó que si ella iba a pasar un día horrible él no iba a irse de rositas.

—¿Vas a salir? —le preguntó.

—Sí, he quedado con unos amigos —le contestó con gran desenvoltura mientras se abrochaba los gemelos.

Elisa Velázquez sopesó las consecuencias de su próxima pregunta, pero decidió arriesgarse.

—¿Cuándo piensas decirme que estás metido en negocios con Arturo Peña?

Su marido se puso la chaqueta y se miró en el espejo antes de contestarle.

—Que yo sepa no hay ningún artículo de la Constitución que me obligue a contarte lo que hago.

—No, no lo hay —le contestó con la mayor frialdad posible su mujer—. Pero en el caso de Arturo Peña me tenías que haber consultado. No es trigo limpio.

Félix de Miguel llevaba diecinueve años casado con Elisa Velázquez, y sabía muy bien como destrozarle los nervios, y, además, disfrutaba haciéndolo. Sobre todo, desde que era presidenta del Gobierno. Al fin y al cabo, él era ingeniero de caminos y no un político de mierda. O peor aún: una política de mierda.

—Eso son patrañas. Además —y señaló los periódicos desparramados sobre la cama—, alguien tiene que ganar dinero en esta familia, y por lo que parece no vas a ser tú.

Elisa Velázquez, como él bien había previsto, se levantó y le tiró los periódicos a la cara.

—Eres un hijo de puta.

La jefa de gabinete de la presidenta se paró en seco cuando oyó los gritos que se filtraban por la puerta del dormitorio. Volvió a su despacho, no era un buen momento para decirle que el vicepresidente quería hablar con ella.

* * *

Para Lucio Inguanzo los pasillos del Gregorio Marañón eran ya su segunda casa. Conocía por su nombre a las enfermeras, a las administrativas, e incluso había hecho amistad con un médico de la planta que en su juventud había militado en el partido. El doctor Fernández trataba a su mujer con un mimo y una delicadeza a los que él no sabía cómo corresponder. Casi todas las mañanas desayunaban en un bar cercano al hospital y comentaban la actualidad. Esa mañana dejaron la política a un lado y el doctor le comunicó lo que él ya sabía: Encarnación se estaba extinguiendo.

Aunque cuando la ingresó en el hospital Lucio ya era consciente de que su mujer nunca saldría de él por su propio pie, la idea de que en breve tiempo dejaría de verla le conmovió. Pronto sería como todos los demás. Nada. Una ironía para una militante comunista: alcanzar la igualdad en la muerte, no en la vida.

Lucio Inguanzo se sentó al lado de su mujer y le dio de comer. Cada vez comía menos. Ese día, dos cucharadas de compota. Inguanzo la dejó dormir un rato para que se recuperara del esfuerzo que le suponía tragar. Decían que él era duro, pero Encarnación le superaba con creces. Tenía que haber nacido ahora —pensó— y hubiera llegado a lo más alto: juez, ministra o matemática, que es lo que ella había deseado. Pero nació en mal momento y se tuvo que conformar con ser la abnegada esposa de un militante clandestino. Qué desperdicio.

Encarnación despertó de su duermevela y se le quedó mirando.

—¿En qué piensas?

—En nada —mintió Inguanzo—. Ya tenemos piso.

—¿Y cuál es la dirección?

—Atocha 21.

Encarnación le pidió el cuaderno, el lápiz y sus gafas. Se tomó un momento para pensar, y después escribió con letras mayúsculas: TAROT CHONS. RECUPERAMOS TU PAREJA. GARANTIZADO. MAYORES 21.

* * *

Javier guardó el informe sobre Freedom Bird en un lugar seguro y bajó a desayunar en un estado de ánimo bastante negro. Estaba bien conocer las intenciones de los conspiradores, pero con Alcaraz muerto esa información no servía de mucho. Las elecciones, que estaba seguro iban a adelantarse, iban a ser un paseo para ellos.

—Gloria bendita —le susurró su padre al oído.

Javier tardó un momento en reaccionar. Pero enseguida cayó en la cuenta que su padre se refería a la noche que había pasado con la puta que él le había pagado. Le agradeció la interrupción.

«Gloria bendita», pensó. Las palabras justas para resumir su noche con Isabel. La verdad, nadie mejor que su padre para dar en el clavo con un par de palabras. Gloria bendita. Eso es.

Se tomó el café y a través del espejo de detrás de la barra siguió, aunque se lo sabía de memoria, el ritual a que se sometía su padre después de una noche de amor mercenario.

Primero, sacaba de su cartera la foto de su mujer, la madre de Javier, fallecida hacía ya diez años, y la besaba varias veces mientras le pedía perdón en silencio. Después, volvía a guardar la foto en la cartera junto a una estampa de la Virgen de la Paloma, y, finalmente, se confesaba con Dios, sin intermediarios, y le daba cuenta de sus flaquezas. Una vez obtenido el perdón del que está arriba, que era como Luis García se refería al Sumo Hacedor, pedía a gritos un café muy caliente y un vaso suplementario para ir enfriándolo lentamente.

Mientras Luis García trasvasaba parsimoniosamente su café de un vaso a otro, su hijo dejó que sus pensamientos volaran hacia Isabel. Pidió otro café y se abandonó a los recuerdos de la noche anterior.

Los amigos de Luis García fueron llegando poco a poco a la tertulia de la mañana. Cuando ya estaban todos sentados y habían torturado lo suficiente al dueño del bar con sus peticiones —un café con leche templada, un café con una mancha de leche, un café muy cargado, pero en vaso, no en taza—, se abrió la puerta y entró Curro Vázquez. La llegada del maestro de Linares hizo que toda la mesa se levantara al unísono para saludarle con el respeto que les merecía el que había sido uno de los toreros más elegantes de la historia.

Luis García se lo llevó a un lugar aparte y departieron durante unos minutos. Cuando Curro se despidió, Luis García se sentó en la barra al lado de Javier.

—Hijo —empezó, mientras le ponía una mano en el hombro: señal inequívoca de que iba a pedirle dinero—, el maestro ha puesto a Rafael en un festival que organiza en Arenas de San Pedro. Van todas las figuras. —Y se las enumeró—: Ponce, Padilla, Morante, Juli, Manzanares, Talavante y Cayetano. Como comprenderás —prosiguió mirándole a los ojos—, el niño tendrá que ir bien vestido. Como merece la ocasión.

—Claro, claro —le contestó Javier, al que el recuerdo de Isabel le había puesto de buen humor—. Que se haga un traje corto.

—Y capote y muletas nuevas. El toreo es grandeza —remachó su padre.

10

El ambiente en la Moncloa estaba revuelto. La reunión que iban a mantener la presidenta y el vicepresidente había desatado todo tipo de rumores. Empezaba a extenderse la sensación de que se avecinaban cambios. Cambios que afectarían la vida de casi todos los que trabajaban para el gobierno. Para algunos, si se confirmaban los rumores, los cambios serían una catástrofe, para otros una bendición. Pero todos estaban inquietos.

Antonio Oliver era de los pocos, por no decir el único, al que los rumores no le interesaban. Sabía lo que iba a ocurrir: habría elecciones anticipadas. Eso lo daba por seguro. El mecanismo para lograrlo era lo único que se le escapaba, pero se imaginaba que no iba a ser ni suave ni agradable.

Salió de su despacho y se encaminó a una pequeña sala que había reservado para su reunión con el abogado de su exmujer. Iban a tramitar el divorcio. Pero esa era la excusa. A Oliver no le preocupaban las pretensiones económicas —leoninas, estaba seguro— de Merche. Lo que le producía verdadera curiosidad era conocer las intenciones que traía el abogado Luis Lapuerta. Íntimo amigo de López Castro —habían compartido bufete y negocios—, Lapuerta, de eso estaba más que seguro, no venía sólo a discutir asuntos del divorcio. Venía a comunicarle un mensaje de parte de Vicente Ruiz y de Julián de la Hoz.

—Perdona la espera —dijo Antonio Oliver—. Pero he preferido que esta reunión la tengamos fuera de mi despacho oficial.

—Por supuesto, ministro —contestó el letrado—. Comprendo perfectamente que quieras separar lo privado de lo oficial. Ojalá todo el mundo actuara igual.

El abogado desplegó unos papeles.

—Bien, como supongo que estarás muy ocupado, como representante legal de Mercedes te he traído un listado de sus peticiones, que ya te anticipo que mi cliente considera irrenunciables. Supongo que tus abogados...

—No tengo abogados —le contestó con sequedad Oliver mientras le devolvía el listado—. En

cuanto a esta lista, transmítele a Merche que estoy de acuerdo en todo.

Lapuerta se quedó demasiado sorprendido para responder de inmediato. Además, la entrada de Rosario Campo portando una bandeja con dos servicios de café interrumpió la conversación. Oliver le sirvió uno a Lapuerta y esperó pacientemente a que volviera a hablar.

—Es muy generoso por tu parte. Estoy seguro de que Mercedes se alegrará de tu buena disposición. Hay otro tema que, por mi consejo, y atendiendo al puesto que ocupas, hemos preferido no poner por escrito.

—¿Te refieres a una cuenta conjunta que tenemos en el extranjero y de la que la Hacienda española no tiene noticia? —le interrumpió Oliver cansado de su retórica.

—Efectivamente.

—Que se la quede ella. Redacta un documento con mi renuncia y lo firmaré inmediatamente.

«Bien —pensó Oliver—. Mensaje recibido. No se te ocurra presentarte a las elecciones, o sacaremos tus trapos sucios». La trituradora ya se había puesto en marcha —reflexionó— mientras despedía a Luis Lapuerta. Pero dado que el cartero siempre llama dos veces, había que centrarse en los asuntos importantes. Así que levantó el mantel de la bandeja y se guardó en el bolsillo la tarjeta de una pizzería con servicio a domicilio.

* * *

Elisa Velázquez escuchó con atención los argumentos de Vicente Ruiz y, a medida que el vicepresidente los iba desgranando, la presidenta se iba preparando para cumplir la promesa que meses antes le había hecho a Fernando Alcaraz.

—¿Me estás proponiendo que convoque elecciones anticipadas? —preguntó con suavidad.

—Sería lo más prudente —contestó Vicente Ruiz, que había entrado en la reunión con la idea de hablar poco y escuchar mucho.

—No llevamos ni seis meses de gobierno de concentración. Convocar elecciones sería reconocer que la colaboración entre nuestros dos partidos ha sido un fracaso. No es bueno para el país. Además, me gusta trabajar contigo.

La calidez de las palabras de la presidenta turbaron a Vicente Ruiz, y pudo reconocer al instante la tragedia de Elisa Velázquez porque era muy parecida a la suya: una persona fría y solitaria, pero necesitada desesperadamente de compañía. Aunque esta fuera la de sus enemigos políticos.

—Sólo era una idea, pero si tú no estás de acuerdo, entonces no hablemos más de ello —le respondió Vicente Ruiz que sabía que la conversación no iba a dar más de sí.

—Te lo agradezco —dijo la presidenta, y se sumió en uno de esos silencios que hacían que las conversaciones con ella resultaran tan incómodas.

—Esperaremos al verano a ver cómo evoluciona la situación —prosiguió el vicepresidente—, pero no puedo asegurarte por más tiempo nuestro apoyo. Yo puedo influir hasta cierto punto, ya lo sabes.

Y se levantó para dar por terminada una conversación que le agobiaba. Elisa Velázquez no sabía lo que se le venía encima. «Habría sido mucho mejor para ella —pensó— que hubiera aceptado su proposición, pero...».

—He oído que vas a hacer una entrevista con Lucía Flores.

El vicepresidente se volvió sorprendido.

—Sí, esta tarde —contestó—. Espero que no sea un problema.

—No, en absoluto. Nos viene bien. Pero ten cuidado, a Lucía le gusta arrinconarte y no te suelta hasta que no te ha exprimido.

—Lo sé —sonrió—. Pero voy preparado.

Vicente Ruiz salió del despacho y Elisa Velázquez se quedó a solas con sus pensamientos. Algo estaba ocurriendo a sus espaldas —pensó— y todavía no sabía de qué se trataba. Pero estaba segura de que no sería nada bueno. En todo caso, había cumplido con la promesa hecha a Fernando Alcaraz: resistirse lo más posible a la convocatoria de elecciones anticipadas.

Por su parte, el vicepresidente se dirigió al despacho de su subsecretario, Jaime Bosch, con el ánimo encogido. Si algo detestaba de la política —aunque nadie lo creyera— eran las puñaladas por la espalda. Le dejaban siempre un mal sabor de boca. Después de aquellos meses trabajando con Elisa Velázquez no es que la hubiera cogido cariño, eso era imposible, pero sí un cierto afecto que él pensaba que era mutuo.

—Ha dicho que no —le comunicó a Jaime Bosch, y abandonó el despacho sin esperar respuesta. No quería estar presente cuando su subsecretario hiciera la llamada a Luis López Castro.

Ya a solas en su despacho se sirvió dos dedos de whisky y se los bebió de un trago. «¿En qué momento me he convertido en un hijo de puta?», se preguntó sin obtener respuesta.

* * *

Alfonso Tena encendió la televisión diez minutos antes de que empezara la entrevista con el vicepresidente. Esperaba visita.

Julia llegó cinco minutos después. Le agradaba su compañía. La viuda de Alcaraz le caía bien, quizá porque él no había tenido que sufrir los enredos y maquinaciones por las que era famosa y porque, en todo caso, ahora estaban juntos en esto y tenían asuntos que resolver. Decidieron posponer el trabajo hasta que terminara la emisión.

La entrevista con Lucía Flores transcurría plácidamente para Vicente Ruiz. Se había explayado en lo que él consideraba los males estructurales de España, había hablado con rotundidad —o por lo menos eso creía él— de la necesidad de una vuelta a los valores del esfuerzo y la competitividad, y había recalado la necesidad de la excelencia: un problema educativo y de mentalidad.

Por su parte, Lucía Flores se había mostrado —tal y como había pactado con Mirella— incisiva y a veces «admirada» ante la *gravitas* del vicepresidente. El primer objetivo —presentarle como un hombre de Estado— se había cumplido. Ahora tocaba entrar en materia.

—Señor vicepresidente, corren rumores de que ante la pésima situación económica se han producido disensiones en el gabinete. ¿Estamos ante un escenario que contempla la disolución del gobierno de concentración y la convocatoria de elecciones anticipadas?

Vicente Ruiz se tomó unos segundos antes de responder.

—Los rumores son sólo eso, rumores. Por eso voy a contestar a su pregunta de la manera más clara posible. Hoy por hoy, a no ser que ocurriese algo inesperado que hiciera imposible la cohabitación de los dos grandes partidos en la gobernanza de España, nadie, y repito, nadie, en el

seno del gobierno contempla la posibilidad de elecciones anticipadas.

Alfonso Tena se volvió a Julia.

—Bueno, parece que va a haber elecciones anticipadas.

—Sí, eso parece —contestó esta—. ¿Y qué será ese «algo» inesperado?

—Pronto lo sabremos —dijo Tena—. Pero te aseguro que no será algo bonito.

Apagó la televisión y se dirigió a Julia.

—Todo va más deprisa de lo que creíamos Fernando y yo. Dime, ¿qué tenéis pensado?

* * *

«No es un gran comunicador», pensó la presidenta Velázquez cuando apagó la televisión. Pero eso ya lo sabía. Lo que la turbaba era la frase que Vicente Ruiz había deslizado en mitad de la entrevista «sólo si ocurría algo inesperado». Si un político tan calculador y cauteloso como el vicepresidente recurría a ese lenguaje tan hipotético era porque iba a ocurrir algo inesperado. ¿Qué sería? No tuvo que darle muchas vueltas a la cabeza, casi al instante supo en qué iba a consistir lo «inesperado».

«Lo importante es no dejarse arrastrar por el pánico —se dijo a sí misma— y pensar una salida». Era en los momentos desesperados cuando Elisa Velázquez daba lo mejor, o lo peor, de sí misma. Su personalidad estaba programada para sobrevivir. Tenía mentalidad de náufrago, pero de náufrago egoísta. Si había en el agua una tabla a la que agarrarse ella la encontraría, y no dejaría a nadie más subirse a ella.

«Es el momento de ser egoísta», se dijo a sí misma.

* * *

Luis López Castro no tuvo tiempo para ver la entrevista, estaba ocupado y preocupado por otras cosas. Poner en marcha la operación Félix —que era el nombre del marido de la presidenta— no le llevó mucho tiempo. Hacía ya tiempo que la tenía planificada y sólo tuvo que hacer un par de llamadas. Una al fiscal general del Estado y otra al juez Robaina. Ellos se encargarían. Pero había una segunda cuestión que sí le inquietaba y mucho, sobre la que necesitaba pensar antes de comunicársela a Julián de la Hoz. Al banquero era mejor presentarle toda la información ya contrastada y no insinuaciones.

Todo había empezado por la mañana cuando entró en el despacho de Carmen Seco —su jefa de gabinete— y se la encontró llorando a moco tendido. López Castro no era un hombre compasivo, pero sí muy libidinoso, y desde que ocupó su cargo como presidente de la Comisión del Mercado de Valores había puesto los ojos en su subordinada.

Así que se sentó a su lado e intentó consolarla confiando en que su gesto le proporcionara alguna ventaja más adelante. La historia que le contó era como todas las historias de celos, aburrida. Pero la escuchó con fingida atención mientras pasaba disimuladamente un brazo por los hombros, muy carnosos, de Carmen Seco.

Su marido —Ignacio Jiménez, exinspector de Hacienda y ahora asesor fiscal de inversionistas privados—, le contó entre hipidos, había llegado a casa de madrugada —como casi todas las noches— y aunque él sostenía que venía de trabajar con un antiguo amigo y compañero suyo, Javier García, ella no se lo creía. Sabía que la estaba engañando.

López Castro, a pesar del placer que la causaban las carnosidades de Carmen Seco, se aburrió a la mitad de la confesión. Iba a levantarse tras decir un par de lugares comunes, cuando ella, tras secarse las lágrimas rompió a llorar una vez más y dijo con rabia:

—Odio a ese Freedom Bird, o como se llame.

En ese momento Luis López Castro se olvidó de las redondeces de su subordinada y del posible revolcón, y se levantó como un resorte.

—¿Qué es eso de Freedom Bird?

—Es el fondo de inversión para el que Ignacio dice que está trabajando con ese golfo de Javier García.

En cuanto llegó a su despacho llamó a su jefe de seguridad, Alfonso Junquera.

—Necesito información sobre un exinspector de Hacienda que se llama Javier García. Y la quiero ya.

* * *

El guardaespaldas acompañó al repartidor hasta la puerta del apartamento del ministro. Antonio Oliver pagó la pizza, le dio una buena propina al repartidor y cerró la puerta.

Debajo de la pizza envuelta en un plástico había una hoja manuscrita. Antonio Oliver la extrajo con cuidado y se sentó a leerla. Al reconocer la letra le dio un escalofrío. Era una nota de Fernando Alcaraz, escrita con esa caligrafía picuda que conocía tan bien. Decía así:

«Querido Antonio, si Elisa se ve obligada a convocar elecciones anticipadas, ponte en contacto con Paco Tovar. Un abrazo. Fernando Alcaraz».

Oliver no era hombre que se asustase fácilmente, pero esa nota de ultratumba le conmocionó. «Joder —pensó— sigue moviendo los hijos desde el más allá. Eso sí que es ser un político de raza». Mordisqueó un trozo de pizza mientras pensaba en Paco Tovar.

* * *

La lealtad perruna que Alfredo Junquera tenía por su protector Luis López Castro, no le impedía estar al tanto de sus debilidades: la más importante, el miedo. Su jefe perdía los nervios con gran facilidad en cuanto las cosas se torcían. Sabía por experiencia que lo mejor era presentarle los hechos de la manera más aséptica y adelantarse a sus temores.

—Javier García es un exinspector de Hacienda que trabajó como asesor de Alcaraz.

Luis López Castro dejó escapar una blasfemia.

—Alcaraz ya nos jodió bien en vida y ahora nos intenta joder desde la tumba —dijo con voz entrecortada mientras se secaba el sudor de la cara con su pañuelo.

Junquera, para evitar una escena de gritos y órdenes dispersas, tomó la iniciativa.

—Si te parece, registraremos su piso a ver qué encontramos.

—Bien, pero hacedlo con cuidado —respondió López Castro más calmado.

«Claro que lo haremos con cuidado», pensó Junquera. Había sido policía más de veinte años, conocía su oficio.

—Se está tirando a alguien de vuestro entorno —soltó de repente. No era exactamente un sádico, pero le gustaba alterar a su jefe.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? ¿Tienes alguna prueba? —preguntó cada vez más

asustado López Castro.

—La experiencia y la lógica. Si no, cómo iba a saber de la existencia de Freedom Bird. Alguien le está pasando información. Y a no ser que sea maricón, que con los tiempos que corren también puede ser, estoy seguro de que es una mujer.

López Castro volvió a secarse el sudor. No dijo nada, pero sabía que Junquera tenía razón.

—Le pediré permiso a Julián para investigar en el banco —dijo, intentando aparentar seguridad. Pero enseguida se arrepintió. A De la Hoz la noticia de una probable espía en su entorno no le iba a gustar nada, así que prefirió demorar el asunto.

—Pero antes de hablar con Julián quiero tener más información. Empieza por el piso y después ya veremos.

11

Cuando su jefa de gabinete le comunicó que habían detenido al socio de su marido, Arturo Peña, la presidenta Velázquez ya estaba preparada mentalmente para hacer frente a la situación. También le pasó una lista de llamadas. Estaba claro que la detención de Peña y la más que probable de su marido no habían dejado indiferentes a sus colaboradores. Echó una ojeada a la lista y comprobó que en ella estaban todos, excepto Antonio Oliver.

«Es comprensible —reflexionó—, todos quieren asegurarse su futuro». Querían que la presidenta peleara por ellos, o, mejor dicho, que pactara con Vicente Ruiz una salida para ellos —consejos de administración, puestos en el extranjero, fundaciones—. Algo, lo que fuera, para no quedarse a la intemperie cuando se convocaran elecciones anticipadas, Vicente Ruiz las ganara y ellos se quedaran con una mano delante y otra detrás.

«No se trata —pensó con ironía— de las ratas abandonando el barco, sino de las ratas subiéndose al barco que se hunde». Una paradoja interesante. Pero no era el momento de ayudar a nadie. Era el momento de ayudarse a sí misma.

Rompió la lista y le comunicó a su jefa de gabinete que quería hablar con el vicepresidente. Pero antes, quería despertar a su marido, comunicarle la noticia y ver qué cara ponía.

Le despertó suavemente.

—¿Qué pasa? —preguntó todavía somnoliento.

La presidenta Velázquez se sentó en el borde de la cama.

—Acaban de detener a Arturo acusado de estafa, suponía que querrías saberlo.

Su marido se incorporó de un salto, alterado.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que has oído. Que acaban de detener a Arturo por estafa y que la fiscalía anticorrupción tiene abierta una investigación —le contestó en voz muy baja, arrastrando las palabras.

El miedo, el terror que asomó a los ojos de su marido le produjo una satisfacción enorme que, por unos instantes, la reconfortó de todas sus penas y temores, y, por supuesto, de la inevitable

pérdida de su carrera política.

—Elisa —le suplicó—, no puedo ir a la cárcel. Tú eres la presidenta del Gobierno.

—Sí, todavía lo soy, aunque gracias a ti por poco tiempo más. En cuanto a lo de ir a la cárcel, estás equivocado, sí puedes ir a la cárcel. Es más, vas a ir a la cárcel a no ser que yo haga un trato.

Aunque llevaba diez años sin fumar, Elisa Velázquez sintió la necesidad urgente de encender un cigarrillo. Cogió el paquete de su marido y encendió uno. La primera calada la mareó un poco. Félix de Miguel, ingeniero de caminos y puertos, con la cabeza entre las manos, sollozando como un niño, ni siquiera se dio cuenta de que su mujer había vuelto a fumar. Elisa Velázquez le puso una mano en el hombro, y con la otra le levantó la barbilla, para que pudiera mirarla a los ojos. Con los pocos pelos que le quedaban revueltos y sus carnes flácidas, su marido le pareció un ser repugnante. Esa visión de la decadencia absoluta le dio aún más fuerza para decirle:

—Ahora escucha con atención. A partir de ahora esto es lo que va a ocurrir. Dentro de una hora me voy a reunir con el vicepresidente para hacer un trato en que tú estás incluido.

—Muchas gracias —la interrumpió su marido balbuceante.

—No me las des, no lo hago por ti, lo hago por mí y por nuestros hijos. Una vez que cierre el trato, desaparecerás de nuestra vida para siempre, y cuando digo para siempre es para siempre. En un plazo razonable nos divorciaremos y tú te quedarás sin nada, y cuando digo nada significa nada. No quiero volver a verte nunca más.

Su marido asintió sin decir palabra alguna.

—Como te conozco —prosiguió la presidenta— y sé que eres un hijo de puta y un tonto, todo lo que te he dicho lo pondré por escrito y lo firmarás antes de que vaya a ver al vicepresidente. Ah, si llega a mis oídos cualquier comentario tuyo sobre lo que acabo de decirte, daré orden de que se reabra la investigación sobre ti, ¿de acuerdo?

Elisa Velázquez cogió otro cigarrillo del paquete de su marido. Y así, mientras fumaba con avidez, terminaron muchos años de un matrimonio equivocado y funesto.

* * *

La entrevista con Vicente Ruiz fue, tal y como ella había supuesto, fácil y agradable. Los dos eran profesionales y sabían guardar sus emociones.

—He estado pensando lo que hablamos el otro día —comenzó Elisa Velázquez— y creo que tienes razón. Es inútil alargar más la agonía. Yo ya estoy agotada y quizá un gobierno nuevo con nuevas ideas sea lo mejor para el país.

—Me alegro de que pienses así —dijo Vicente Ruiz, admirado de la compostura de la presidenta en un momento tan duro—. La verdad, ha sido una muy buena experiencia trabajar contigo y te lo agradezco. Espero que la campaña electoral no nos distancie —dejó caer el vicepresidente para dar pie a que Elisa Velázquez le dijera lo que él ya intuía.

—No nos va a distanciar porque no me voy a presentar. Quiero descansar de la política activa. Quizá pasar algún tiempo en el extranjero —insinuó la todavía presidenta para que Vicente Ruiz supiera de sus deseos.

«Bueno —pensó Vicente Ruiz— es el momento de ser generoso, y no tanto por humanidad, sino por eficacia». No quería una guerra de guerrillas. Cuantos menos enemigos a sus espaldas

mejor.

—Siento oírte decir eso... En todo caso si gano las elecciones, cosa que está por ver, me gustaría contar contigo para algún puesto institucional. Es muy pronto para hablar de estas cosas, pero ¿qué te parecería la embajada de Washington?

—Como tú dices, es muy pronto para hablar de nombramientos, pero no me veo de embajadora. Me gustaría más un puesto económico: el Banco Europeo de Inversiones o algo parecido.

—Haré lo que pueda —le contestó Vicente Ruiz.

Elisa Velázquez se levantó, tenía la necesidad urgente de salir al jardín y fumarse otro cigarro.

* * *

Ya solo, Vicente Ruiz no tardó ni un segundo en descolgar el teléfono y llamar a Luis López Castro.

—Para inmediatamente lo del marido de la presidenta —y colgó sin esperar respuesta.

Se acercó a la ventana. Abajo, en los jardines, Elisa Velázquez paseaba mientras se fumaba su tercer cigarrillo del día. «Una mujer de temple —pensó—, siempre sale viva de cualquier situación por mala que sea». En el fondo, la admiraba.

La voz de su subsecretario le sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien. Habrá elecciones anticipadas —le respondió Vicente Ruiz.

—Perfecto, podremos librarnos de todos estos imbéciles. Ya no podía más.

El vicepresidente estuvo a punto de contestarle como se merecía. Pero enseguida cayó en la cuenta de que sería una pérdida de tiempo. A Jaime Bosch todavía le quedaban unos años de aprendizaje para convertirse en un verdadero político, si es que alguna vez lo lograba. Por ahora, el único imbecil era él.

* * *

Hacía muchos años que Antonio Oliver no veía a Paco Tovar. Desde que rompiera con Alcaraz, Tovar se había mantenido en un discreto segundo plano: de vez en cuando concedía una entrevista, o presentaba un libro, pero poco más. Y sin embargo, Antonio sabía muy bien que seguía, gracias a su prestigio, controlando a una parte del partido. La más belicosa, la más auténtica, o la más pasada de moda, según opiniones.

Paco Tovar había sido la inteligencia política más aguda del partido, el hombre que había controlado todos los hilos, que conocía al dedillo sus miserias y sus grandezas. El único que mantenía contacto con las bases, que conocía por su nombre a los responsables locales, que planificaba al detalle las campañas electorales. El hombre que tenía al partido en la cabeza, aunque los nuevos dirigentes no quisieran saber nada de él.

«Es el pasado», decían para quitárselo de encima. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, nunca lo lograron del todo, porque la ausencia de Paco Tovar era otra forma de presencia.

—Creía que Fernando y tú no os hablabais —le dijo Antonio Oliver cuando se sentó frente a él en el pequeño despacho que Paco Tovar tenía en su casa.

—Me llamó días antes de morir y me puso al corriente. —¿Para qué quería Fernando que

hablara contigo? —preguntó curioso Antonio Oliver.

—Va a haber elecciones anticipadas y tienes que estar preparado —le contestó.

Oliver entendió mal a Paco Tovar, o le traicionó el subconsciente, lo cierto es que se equivocó cuando dijo:

—Me halaga que Fernando y tú hayáis pensado en mí como candidato, pero...

Tovar le interrumpió bruscamente, como tenía por costumbre.

—Tú no puedes ser el candidato. Ellos saben lo de tus cuentas en el extranjero y lo sacarían más tarde o más temprano.

Oliver se quedó callado y triste. Siempre había pensado que su traición sólo la conocía él.

—Necesitamos encontrar a alguien y pronto. —Las palabras de Tovar le sacaron de su ensimismamiento.

—Si quieres que te diga la verdad, no veo a nadie dentro del partido.

—Olvídate de los grandes nombres. La mayoría están acomodados y sólo piensan en ganar más dinero. Los que no están directamente implicados en la conspiración, se pondrán a los pies de Vicente Ruiz para que los sitúe en Europa o en organismos internacionales. Hace mucho tiempo que dieron de mano. Ni siquiera han tenido que cambiar de ideas, les ha bastado con cambiar de conducta.

Eso era lo que le gustaba de Tovar, era un especialista del poder. Lo entendía, sabía defenderse de él, conocía sus mecanismos como nadie y sabía cómo usarlo. No le importaba ni el dinero ni la fama, esa era su gran defensa y su gran virtud. Y también su defecto. El ser insobornable le hacía vulnerable. Nadie quiere ser muy amigo de Robespierre.

—Es el momento de volver a hacer política. Tienes que hablar con Pilar Ginés.

Al oír aquel nombre, Antonio Oliver casi se cae de la silla donde estaba sentado. Desde que había abandonado su trabajo en la empresa privada y se había sumado al grupo anticonspiración, todo le remitía al pasado: Alcaraz, Julia, Tovar, y ahora Pilar Ginés.

«Así que se trata de eso —pensó—, tenemos que arreglar el pasado para tener algún futuro». Vaya mierda. La idea de volver al pasado le espantaba. A Antonio Oliver el pasado no le había sido muy favorable.

—Pilar Ginés —le recordó Tovar.

—Sí, claro. ¿Tienes algo de beber?

12

Isabel, como todos los días, abrió el periódico *El Globo* por la página de anuncios por palabras. Allí estaba: TAROT CHONS. RECUPERAMOS TU PAREJA. GARANTIZADO. MAYORES 21 AÑOS.

Dobló el periódico con cuidado y se lo guardó en el bolso. Después, salió de su casa e inició un largo paseo para encontrar una cabina desde la que llamar a su número de contacto.

* * *

Luis García se levantó muy temprano. Hoy, su torero, Rafael Mora, toreaba en Arenas de San Pedro. Lo primero que hizo fue asomarse a la ventana y comprobar el estado del viento. A pesar de que Arenas de San Pedro estaba a 168 kilómetros de Madrid, le tranquilizaba que las hojas de los árboles no se movieran.

«Si en Madrid no hace aire, y es la capital —pensó— por qué va a hacerlo en Arenas de San Pedro que es un pueblo».

Una vez apartadas de su mente las preocupaciones meteorológicas, bajó a la calle.

Había citado al coche que les llevaría a él y al matador a las siete, pero llevaba preparado desde las seis. Así que bajó a la calle, compró los periódicos y unos churros para su hijo y se lo dejó todo encima de la mesa de la cocina. Eran las seis y diez. Rezó a sus vírgenes y volvió a bajar a la calle a esperar.

Luis García no era un hombre silencioso cuando se levantaba. Abría y cerraba las puertas con fiereza, y entre sus abluciones mañaneras tenía una costumbre especialmente ruidosa: hacer gárgaras para aclararse la garganta. También le gustaba canturrear —su especialidad era Rocío Jurado— mientras deambulaba de un lado a otro del pequeño piso. Naturalmente, pensaba de sí mismo que era un hombre silencioso, y se irritaba si se le decía lo contrario. Por esa razón, Javier se quedó en la cama despierto y no salió de su habitación hasta que su padre, consumido por los nervios, se lanzó a la calle a esperar al coche, media hora antes de la cita.

Javier desayunó los churros y abrió el periódico por la página de anuncios por palabras. Vio el del tarot e hizo sus planes. El primero, meter en la mochila el informe sobre Freedom Bird. Tenía que devolverlo, no era bueno que estuviera rondando por la casa. Demasiado comprometedor.

Antes de volver a la cama, le dio tiempo a asomarse a la ventana y ver a su padre pasear de arriba abajo de la acera, fumando un cigarrillo tras otro mientras imprecaba en voz alta al conductor por no llegar media hora antes a la cita.

Desde la ventana, le chistó varias veces para atraer su atención, despedirse de él y desearse suerte.

Pero su padre no le oyó, y siguió paseando, fumando y lanzando maldiciones a diestro y siniestro, ajeno a todo lo que no estuviera relacionado con el toreo, su única y exclusiva preocupación. Al verlo tan delgado —aún le servían los trajes de hacía veinte años—, tan tieso, braceando por la acera como si estuviera haciendo el paseíllo, Javier sintió una punzada de envidia sana. A sus setenta y dos años, su padre seguía siendo un hombre libre. La vida no había podido con él.

Se metió en la cama, y a sabiendas que no iba a poder dormirse de nuevo se puso a oír música. Quizá, porque le recordaba a su padre, empezó con *El Reloj*, de Bambino, y después pasó a *Belle* de Alif Tree para poder pensar en Isabel.

* * *

Lucio Inguanzo no tenía que buscar ninguna cabina para enterarse de dónde sería la reunión. Su trabajo esa mañana era recibir en su casa a un visitante muy especial: Alfonso Tena.

El expresidente sólo conocía la clandestinidad por las novelas de espías a las que era aficionado, por eso cuando recibió las instrucciones a seguir para su cita con Lucio Inguanzo gozó como un niño.

La noche anterior se trasladó a la casa de su prima María Fernanda, a la que la experiencia de ver a su primo —expresidente del Gobierno, hombre de orden y representante ilustre de la clase social que domina el mundo desde tiempos inmemoriales— esconderse en su casa como un delincuente, también la fascinó.

La furgoneta que iba a transportar a Alfonso Tena a casa de Lucio Inguanzo —camuflada como un servicio de limpieza de alfombras— llegó muy de mañana. El mayordomo de María Fernanda le abrió al conductor la puerta de entrada y le guio hasta el garaje. Allí le estaba esperando el expresidente Tena impecablemente vestido y con un maletín en la mano que su prima le había entregado minutos antes, mientras se despedía de él con un abrazo y con alguna que otra lágrima, como si su primo en vez de ir a entrevistarse con un viejo revolucionario se fuera a la guerra.

«María Fernanda, siempre tan generosa y tan emocional», pensó, al tiempo que, siguiendo las instrucciones del conductor, se tumbaba en la parte posterior de la camioneta para que nadie del servicio pudiera verlo salir de casa de su prima.

Una vez pasado el peligro, se incorporó y protegido por los cristales tintados de la furgoneta contempló un Madrid para él desconocido. Según se iban aproximado al extrarradio, las edificaciones iban ganando en fealdad y el color marrón sucio de las fachadas se convertía en una mancha infinita que desgraciaba el azul del cielo, Alfonso Tena tuvo la certeza de que la aventura

en la que estaba metido no se parecía en nada a las de su héroe favorito de las novelas de espionaje, James Bond, sino más bien a las de John le Carré, con sus personajes oscuros, y sus ciudades desoladas y desoladoras.

Inguanzo abrió la puerta y le invitó a pasar.

—Hace mucho tiempo que no nos veíamos —le saludó Alfonso Tena, impresionado por el aspecto de Inguanzo.

Hasta ese momento todavía le recordaba como un hombre grande, rebosante de salud, tal y como era en los años ochenta. Pero ahora tenía delante de él a un anciano encorvado, sin carnes, que se apoyaba en un bastón.

«La vejez es un mal hábito», pensó, en uno de los escasos momentos de su vida en que recurrió a los clásicos franceses.

—Desde el 85 más o menos —le contestó Inguanzo y le acompañó al salón—. ¿Quieres beber algo? —añadió.

—Si tienes algo fuerte, sí. Los médicos me han prohibido todo. Esos cabrones quieren que vivamos hasta los cien años.

Inguanzo sacó una botella de aguardiente y sirvió dos vasos. Bebieron en silencio. Alfonso Tena reparó en una foto en blanco y negro que había encima de la mesa.

—Es mi padre —dijo Inguanzo adelantándose a su pregunta—. Lo fusilaron en el 43. Casi no lo conocí.

—Yo tampoco al mío. Murió en un accidente de coche cuando yo tenía siete años. ¿Sabes? En el 36 era teniente de regulares y fue uno de los que participó en las maniobras de Llano Amarillo.

—Si no recuerdo mal, allí fue donde se juramentaron para levantarse contra la República —le contestó Inguanzo mientras se terminaba el aguardiente.

—Así fue —dijo Tena y puso encima de la mesa el maletín.

Lo abrió para que Inguanzo pudiera ver el dinero que contenía, gentileza de su prima María Fernanda.

—Cuando necesites más, ponte en contacto conmigo.

Inguanzo asintió y volvió a rellenar los vasos. Después, como suelen hacer los viejos, empezaron a hablar de sus respectivos padecimientos mientras se bebían el licor.

* * *

Isabel salió del metro y se dirigió a una cabina cercana. Por fortuna, funcionaba. Metió unas monedas y marcó un número que se sabía de memoria. El correspondiente a la habitación 311 del Gregorio Marañón.

—¿Sí? —contestó Encarnación.

—Stalingrado —dijo Isabel y se aprestó a apuntar los números que le dictó la mujer de Lucio Inguanzo—: 2... 1... 4... 6... 2... 8... —Y colgó.

Isabel, con los números anotados en una pequeña libreta buscó una cafetería y se sentó en la mesa más apartada. Abrió el periódico por la página de anuncios por palabra y se fue a la sección de astrología/futurología. Colocó al lado la hoja con los números (2, 1, 4, 6, 2, 8). Recorrió la lista hasta llegar al quinto anuncio: TAROT CHONS. RECUPERAMOS TU PAREJA. GARANTIZADO. MAYORES 21.

Trazó un círculo en torno a la segunda letra del anuncio, la a. Hizo lo propio con la primera, la te. Continuó con la cuarta, la o. La sexta, la che. Volvió a la segunda letra del anuncio, la a.

Compuesta la palabra Atocha, trazó un nuevo círculo sobre el número 21.

Atocha 21, esa era la dirección donde se reunirían esa tarde. Se bebió el café y salió del bar. Antes de volver al metro tiró el periódico y la hoja con los números por un desagüe. Las papeleras eran peligrosas.

Volvió a casa. Todavía quedaban varias horas para la cita.

* * *

El trayecto de una hora y veinte minutos entre Madrid y Zaragoza, le sirvió a Antonio Oliver para poner en orden sus pensamientos. Terminó de leer la columna de Joaquín Estefanía. Dobló el periódico y cerró los ojos. Sus pensamientos derivaron hacia Pilar Ginés. De las muchas cosas desagradables que había hecho en su vida, la peor de todas, la que más desazón le causaba, era su participación destacada en la destrucción de Pilar. Una destrucción que, por injusta y cruel, con el tiempo se tomó sus venganzas: el distanciamiento, fatídico para el partido, entre Fernando Alcaraz y Paco Tovar; la retirada de Alcaraz de la política, fatídica para el país; y, en su caso, el envenenamiento de su matrimonio, y su exclusión como candidato a la presidencia del Gobierno.

«La nariz de Cleopatra», pensó, mientras recordaba los hechos tal y como él los vivió.

Todo empezó el día en que Paco Tovar, entonces la mano derecha (y la izquierda), de Fernando Alcaraz, le convocó en su despacho.

—Antonio, tenemos un problema. Fernando se ha liado con Pilar Ginés y quiere separarse de Hillary.

«Hillary» era el mote con el que en los círculos del partido y del gobierno se conocía a Julia. Eran los tiempos en que la entonces primera dama norteamericana era presentada en los medios de comunicación como una mujer fría, maquinadora y con una ambición sin límites. Una presidenta en la sombra.

El mote no se lo había puesto Paco Tovar, demasiado contemporáneo para su gusto. Tovar la llamaba Livia, pero nunca delante de Antonio Oliver. Estaba al tanto —él lo sabía todo— de la pasión que este sentía por la mujer del presidente.

—No veo el problema, Fernando puede hacer lo que quiera con su vida privada —le contestó, pensando inmediatamente en su propio interés. Si Alcaraz abandonaba a Julia, él tendría alguna posibilidad.

—No lo entiendes, Fernando quiere abandonarla, pero Julia se niega a separarse de él. Está dispuesta a utilizar toda su influencia para impedirlo. Quiere seguir siendo la mujer del presidente. Por lo que parece, a la antigua bolchevique le gusta el puesto —dijo Paco Tovar con ironía no exenta de mala leche. Él nunca había soportado a Julia, la consideraba una izquierdista de salón, una mala influencia para Fernando Alcaraz, y un incordio para la buena marcha del gobierno.

Antonio Oliver le iba a contestar airado, pero Tovar se le adelantó.

—Fernando está dispuesto a dimitir. Y eso sería una catástrofe, sobre todo con lo que se nos viene encima. Supongo que has leído el informe de Javier García.

—Sí, y estoy de acuerdo contigo en que la dimisión de Fernando por razones personales sería

una catástrofe —le contestó, al tiempo que pensaba algo muy diferente a lo que acababa de decir. La dimisión de Fernando Alcaraz para irse a vivir con Pilar Ginés le situaba de un golpe a las puertas del cielo: enamorar a Julia, ser el nuevo presidente del Gobierno. Ser feliz.

—¿Qué tienes pensado? —le preguntó a Paco Tovar, con la esperanza de que su respuesta le facilitara sus planes.

Tovar se tomó un tiempo en contestar.

—Mantener el statu quo. Tú te encargarás de Julia, y yo de Fernando. Tenemos que convencerlos de que lo mejor es que todo siga igual, y de que nadie sepa lo que está ocurriendo.

La respuesta no le extrañó. Paco Tovar siempre ponía por delante la política. Las pasiones humanas no eran de su interés.

—¿Y qué hacemos con Pilar? —le preguntó Oliver.

Por primera vez en la entrevista, Paco Tovar dudó a la hora de contestar.

—Nada, no podemos hacer nada por ella. Abandonarla a su suerte —respondió apesadumbrado. Y, como si su debilidad le hubiera asustado, Paco Tovar se levantó y cambió de tono inmediatamente.

—Pilar lo entenderá.

Sus guardaespaldas lo despertaron cuando el tren entró en Zaragoza.

13

En la cama Mirella prefería las mujeres a los hombres, eran más delicadas, y sobre todo más imaginativas. Pero mientras el poder siguiera en sus manos, había que dejar a un lado las preferencias y centrarse en ellos.

Dejó que Jaime Bosch se quedara unos segundos de más encima de ella para que interiorizara el orgasmo —semifingido, semirreal— con el que le había obsequiado. Después lo desplazó con cuidado y lo dejó exhausto en la cama mientras buscaba un cigarrillo.

Era un buen amante, solícito, entregado, pero un poco soso, por eso era necesario sobreactuar. «El orgasmo femenino bien utilizado, sin exageraciones imposibles de creer, graduado según las necesidades del momento, es un arma más poderosa que el amor o el dinero», reflexionó Mirella, mientras encendía el cigarrillo.

Como especialista que era en el poder en todas sus variantes y ramificaciones, Mirella sabía por experiencia que a los hombres poderosos e inteligentes les gusta explayarse si piensan que acaban de satisfacer totalmente, por encima de cualquier duda razonable, a una mujer.

Jaime Bosch no era una excepción a la regla. Empezaba a ser poderoso —aunque menos de lo que él creía— y era casi tan inteligente como él pensaba que era. Una combinación letal para el silencio. Jaime, después de hacer el amor, era un torrente de palabras, una fuente inagotable de confidencias.

En sus monólogos *post coitum*, Mirella le interrumpía de vez en cuando para preguntarle por su jefe, el vicepresidente Vicente Ruiz. El resultado de sus averiguaciones lo estaba leyendo en esos momentos Julián de la Hoz. Esa noche tenía una reunión de extrema importancia con el vicepresidente, y nadie mejor que Mirella para bucear en el alma humana y poner al descubierto las grietas de lo que a primera vista pudiera parecer una fortaleza inexpugnable.

A Vicente Ruiz no le interesaba el dinero, sólo ansiaba el poder. Pero Julián de la Hoz tenía planes muy distintos. Necesitaba tener atado a Vicente Ruiz antes de que llegara a la presidencia del Gobierno. No podía arriesgarse a que una vez investido presidente le entrara un ataque de

independencia. Necesitaba conocer sus debilidades.

El informe que le había remitido Mirella terminaba con una recomendación un tanto sui géneris: «Uno no puede llevar a cuestras el cadáver de su padre eternamente». Julián de la Hoz tomó buena nota.

* * *

En la estación de Zaragoza a Antonio Oliver le esperaba Luis: un amigo en quien podía confiar. Discreto y dispuesto a ayudarle sin hacer preguntas.

Luis le condujo a su casa, a la orilla del Ebro, donde ya le estaba esperando Pilar Ginés, la muy popular alcaldesa de Zaragoza, no en vano había ganado las últimas elecciones por una amplísima mayoría, obteniendo votos de todos los sectores sociales.

Los guardaespaldas se quedaron abajo, en el portal, y Luis, tras abrirle la puerta se retiró a la casa de su madre que vivía en el piso de abajo.

Pilar le recibió con una sonrisa y un abrazo. Hacía tiempo que no la veía, pero enseguida constató que los años la habían mejorado.

Había engordado unos kilos, y llevaba el pelo, antaño largo y rubio, en una media melena que le realzaba el cuello, y de ese color blanco azulado que lucen las mujeres maduras, elegantes y sexys. A sus cincuenta y un años, Pilar Ginés estaba aún más atractiva que cuando fue la amante de Fernando Alcaraz. Era de esas privilegiadas a las que la edad mejora.

Nunca había sido una mujer de rompe y rasga. Su *sex appeal*, que lo tenía y muy fuerte, no se mostraba de golpe, sino que, como todo en ella, iba surgiendo poco a poco, con el trato, hasta que se hacía omnipresente. Tenía encanto, y lo desplegaba sin gran esfuerzo, con una naturalidad que había convertido en estilo. Nunca se alteraba, jamás elevaba la voz y, en los momentos más difíciles guardaba la compostura.

Desde el primer día en que se sentó en el consejo de ministros fue un éxito inmediato. No era, como muchos pensaron antes de conocerla, uno de los caprichos políticos de Alcaraz —aunque en realidad quien la había descubierto había sido Paco Tovar, siempre a la búsqueda de jóvenes valores para revitalizar el partido—; era extremadamente inteligente y muy capaz. Desentrañaba y explicaba los problemas más complicados con una facilidad que, de no ser por su carácter amable y cercano, hubiera desatado todas las envidias. También tenía su misterio, era la única integrante del Consejo de Ministros que no tenía título universitario, y sin embargo sus conocimientos, siempre expuestos desde la humildad, eran enciclopédicos. La televisión se enamoró de ella, y en su primer año de ministra se convirtió en una estrella.

Al principio nadie adivinó el peligro, ni siquiera Julia, tan pendiente siempre de los escarceos de su marido, porque otro de sus misterios mejor guardados era su sexualidad. No se le conocían novios, y compartía casa con una amiga de juventud. El rumor de que no le gustaban los hombres la favoreció más que perjudicarla. Para las mujeres fue un alivio, y para los hombres un motivo más de deseo. Pero, pasados un par de años, y después de que algunos miembros de su partido y otros de la oposición intentaran «curarla» sin éxito, la vanidad masculina, tanto de izquierdas como de derechas, se coaligó para elevar a hechos ciertos los rumores: Pilar Ginés era muy inteligente, muy atractiva y tenía un gran futuro político, pero era lesbiana. Así, y gracias a sus compañeros de profesión, su tórrido y apasionado romance con Fernando Alcaraz pasó

desapercibido excepto para Julia, Paco Tovar y Antonio Oliver. Su exclusión del gobierno y su exilio a Zaragoza sorprendieron a todos. Pero, pasados unos meses, ya nadie volvió a acordarse de ella.

Era casi perfecta, pero como dijo Mitterrand de Margaret Thatcher, tenía la boca de Marilyn Monroe y los ojos de Calígula. Dependiendo de con qué te quedaras, la amabas o la temías. Antonio Oliver la temía y mucho.

—Sé a lo que vienes —le dijo antes de que el ministro pudiera hablar—. Paco Tovar me ha puesto al corriente de todo. Es un honor que hayáis pensado en mí.

Y desplegó delante de Oliver un cuaderno, en el que con su letra pulcra y perfecta había escrito el plan para presentar su candidatura a la presidencia del Gobierno.

—Necesitaremos dinero —le dijo a Oliver, mientras este leía las notas del cuaderno.

—Lo tenemos —le contestó este.

—Perfecto —dijo—. Se tomó un respiro, y añadió con esa voz aterciopelada que ella manejaba a su antojo—: Antonio, lo primero que tenemos que hacer es dejar de ser tan antipáticos. A la gente no le gusta el ordeno y mando. Tienen que volver a querernos.

Y según le hablaba, los ojos de Calígula dejaron de ser crueles e inquietantes, y, poco a poco, se fueron adecuando a su boca.

«Bien —pensó Oliver—, Vicente Ruiz no va a tener un paseo triunfal». De eso estaba seguro.

* * *

Isabel, para hacer tiempo antes de ir a la cita en la calle Atocha, se sumió en la lectura. Después de que hubo terminado *Los enamoramientos*, quiso educarse en la clandestinidad y se compró varios libros. Ya había leído *Federico Sánchez se despide de ustedes*, de Jorge Semprún, y ahora estaba inmersa en *Primera clandestinidad*, de Gregorio López Raimundo. Tomaba notas de las cosas que pensaba le podían servir para lograr ser una clandestina perfecta.

Esa tarde inició el capítulo titulado «Detenidos» y subrayó el siguiente párrafo: «Debo confesar que mis recuerdos de estos primeros instantes de mi detención —decía López Raimundo— son bastante vagos, ya que en el momento en que me arrojaron sobre el sofá estaba a punto de desvanecerme; un abundante sudor frío me invadía la frente, y es seguro que, de estar de pie, me habría desplomado. Recordando lo que sentí en aquel momento, he dicho en alguna ocasión que pudo parecerse a lo que deben sentir los condenados a muerte ante el piquete de ejecución esperando la voz de ¡fuego!».

Cerró un momento el libro y fantaseó por un momento con su posible detención. ¿Qué ocurriría? Siguió leyendo.

La relación minuciosa de las torturas —narradas en primera persona— a las que fue sometido López Raimundo, hizo mella en el ánimo de Isabel. Según iba pasando las páginas, su espíritu se le iba encogiendo, y una angustia terrible le iba subiendo del estómago a la garganta, hasta que en la página 278, no pudo más, dejó el libro a un lado y salió corriendo al baño. Vomitó una y otra vez. Y mientras vaciaba su miedo, no pudo por menos que pensar en la recomendación de Lucio Inguanzo.

—Si te detienen, ten en cuenta que no será la policía, serán personas al margen de la ley. Así que, no podrás ni llamar a un abogado, ni pedir que te lleven ante el juez. No intentes resistir, da

inmediatamente mi nombre, ningún otro, sólo mi nombre.

* * *

—Ya sé que el dinero tiene mala prensa, pero la gente se equivoca. El dinero es justo. Tiene vida propia y es inteligente. Tiene alma. Sólo hace amistad con quien de verdad se lo merece. Y usted, querido amigo, se lo merece. Así que le ruego que no tome este ofrecimiento que le hago en mi nombre y en el de unos amigos, como un pago, sino como una reparación, un acto de justicia — dijo Julián de la Hoz al vicepresidente.

Vicente Ruiz se removió inquieto en la silla. La situación le incomodaba. La oferta era irresistible, él jamás había aceptado dinero de nadie, pero esta vez era distinto: no sólo por quien hacía la oferta, y por la cantidad, sino, sobre todo, porque cada palabra de Julián de la Hoz le removía sentimientos que pensaba que ya tenía dominados.

—Querido amigo —prosiguió Julián de la Hoz—. No sea injusto consigo mismo y piense en todos los años que ha dedicado a la política. ¿Qué habría ocurrido si hubiera dedicado su talento y laboriosidad a la empresa privada? ¿Qué puesto no hubiera alcanzado? Sé que cuando usted decidió apoyarme no lo hizo por interés, si no por patriotismo. Lo que yo le ofrezco no es una propina por estar juntos en esta aventura magnífica, lo que le ofrezco es una compensación por sus años de sacrificio, por haber renunciado a lo que en justicia le correspondía. He hecho un cálculo aproximado de lo que usted habría ganado si en vez de dedicarse treinta años a la política hubiera usted trabajado en mi banco, o en otra empresa similar, y este es el resultado. Le repito que lo que le propongo es de justicia. Debe usted enterrar el pasado y mirar hacia el futuro.

«Enterrar el pasado», pensó Vicente Ruiz. Llevaba treinta años intentándolo. Desde el día que le anunció a su padre que dejaba su trabajo en el bufete más importante de Valladolid para dedicarse a la política. Recordaba todavía, como si fuera hoy, la mirada gélida de su progenitor y sus palabras: una puñalada directa al corazón.

—Tú sabrás lo que haces.

Y desde entonces, ni una palabra de elogio sobre sus éxitos, ni una palabra de apoyo cuando más lo necesitaba. Jamás hizo referencia alguna a su carrera política, ni permitió a nadie en su presencia hablar del asunto, excepto ese día fatídico, cuando, ya presidente de la Comunidad de Madrid, metió la pata con los profesores de la enseñanza pública, en unas declaraciones más que desafortunadas. Ese día, su padre tiró los periódicos encima de la mesa familiar, y le espetó con la cólera asomándole a los ojos:

—¡Cómo te atreves a insultar a los profesores! Tú, que eres hijo de un maestro. No tienes vergüenza. Mira en lo que te has convertido. Te avisé de que no te metieras en política, y de que te ganaras la vida de una manera honorable, pero no me hiciste caso, y ahora tengo que leer estas porquerías en los periódicos. ¡Qué desgracia!

Y, desde entonces, excepto los holas y adioses de rigor en las cada vez más infrecuentes comidas familiares, no volvió a dirigirle la palabra hasta el día de su muerte.

Vicente Ruiz aceptó la oferta de Julián de la Hoz. La reflexión del banquero le había convencido. Sí, había hecho muchos sacrificios por la política, pero, sin duda, el más importante, el más doloroso, había sido el enfrentamiento con su padre.

Para silenciar su conciencia, quiso pensar que la oferta de Julián de la Hoz le servía para, de

una vez por todas, acallar esa voz que le perseguía desde la ultratumba. Él había renunciado al dinero y a la posición social que, como muy bien le había dicho el banquero, inevitablemente hubiera conseguido en la actividad privada, no por ambición de poder, ni porque no estuviera seguro de triunfar en su profesión, sino por un ideal de servicio, algo que su padre jamás entendió.

Así que dejó de llevar el ataúd de su padre a cuestas y lo enterró muy hondo, con la esperanza de no volver a encontrárselo jamás. Esa fue su liberación.

Julián de la Hoz y el vicepresidente se despidieron con un apretón de manos. Ya en el coche que lo llevaba a su casa, el banquero pensó que todo había sido más fácil de lo que él se imaginaba, y se felicitó a sí mismo por su habilidad para resolver situaciones delicadas. Por supuesto, en sus pensamientos, la aportación de Mirella no apareció en ningún momento. Como hombre muy poderoso que era, pensó —equivocadamente— que todo se le había ocurrido a él.

14

«Había que decir en su favor que Pilar Ginés se retiró de la primera fila sin un mal gesto, sin un comentario malévolo, sin hacerse la víctima», reflexionó Antonio Oliver de vuelta a Madrid. En cambio, él...

Fueron tiempos muy malos, pensó, dejándose llevar por los recuerdos, porque tomó partido por Julia, y, aunque a él le costaba reconocerlo, fue manejado por ella. En realidad, se convirtió en una marioneta en manos de Julia Alcaraz. Conocedora esta del amor que Antonio sentía por ella, le convirtió en su confidente, en el espía que trabajaba en la sombra para destruir a Pilar Ginés y para que ella volviera a ocupar su trono. Su papel en la minitragedia fue mezquino, estúpido y siempre le dejó un mal sabor de boca. Actuó como un pelele y además no consiguió nada. En cuanto Pilar dejó el gobierno, Julia dejó de verlo. Y Alcaraz que no olvidaba las ofensas, cuando llegó su momento, la posibilidad de ser presidente, optó por Elisa Velázquez.

Las razones que le dio Alcaraz para postergarle eran convincentes, siempre lo eran tratándose de Fernando, pero los dos sabían que eran mentira: era la venganza por su participación en el *affaire* Ginés. Oliver sabía en su fuero interno que se lo tenía merecido, pero no por ello dejó de enfadarse y de odiar a Alcaraz, y en cambio, por estas extrañas razones que tiene el amor, perdonar a Julia.

* * *

Alfredo Junquera había diseñado minuciosamente el operativo para entrar en el piso de Javier García. Además de él mismo —quería estar presente en el registro para poder dar a Luis López Castro resultados inmediatos—, reunió a un técnico informático y a un expolicía joven de su entera confianza y desplazó a Arenas de San Pedro a uno de sus empleados para que le llamara en el momento en que el festival concluyera, y el coche de Luis García se pusiera en camino hacia Madrid.

Como siempre que participaba en una operación importante —y esta lo era no por su

dificultad, sino porque ponía en peligro *Llano Amarillo*—, hizo antes el amor con su mujer. Así se relajaba y se concentraba en lo esencial.

Después, se vistió sin prisas, y se fue paseando hasta la casa de Javier García. Prefería estirar las piernas antes de sentarse en un coche horas y horas a esperar a que el piso quedara libre.

* * *

Isabel se vistió de la forma más anodina posible. Los largos viajes en el metro empezaban a pasarle factura. Prefería pasar inadvertida. Sacó del armario la maleta llena de documentos y salió a la calle con el trayecto del metro —líneas y trasbordos— memorizado.

Mientras se dirigía a la boca de metro arrastrando la maleta, le vino a la mente el recuerdo de *Primera clandestinidad*.

Cuando entró en la estación, la invadió un mal presentimiento. Para ahuyentarlo intentó ser racional, y pensar que lo que había leído esa tarde ocurrió hace mucho tiempo, y que ahora las cosas eran diferentes.

* * *

Rafael Mora, el torero que apadrinaba Luis García, había estado francamente bien con el último novillo del festival. Le había cortado las dos orejas, pero lo había pinchado una vez antes de cobrarse una estocada que dio con el novillo en tierra. Ese pequeño error disgustó tanto a Luis García, que en vez de quedarse a cenar en Arenas, decidió partir para Madrid. Dio orden a Julio, el conductor, que trajera el coche a la puerta del hotel, y a grandes voces urgió a Rafael Mora a que no se entretuviese en la ducha. Quería salir para Madrid.

—Inmediatamente. ¡Inmediatamente! —gritó, metiendo la cabeza en la ducha. Nunca le había gustado esperar.

Cuando arrancó el coche, el empleado de la empresa de seguridad de Alfredo Junquera marcó su número de móvil para informarle de que Luis García volvía a Madrid.

Junquera miró el reloj, y calculó que tardaría una hora y media en llegar. Esa fue su primera equivocación. Los chóferes de toreros, acostumbrados a las prisas y a devorar kilómetros, no conducen a la misma velocidad que los demás mortales.

La segunda equivocación fue más bien fruto del azar. Javier García salió de su casa tres cuartos de hora después de que Junquera recibiera la llamada desde Arenas de San Pedro. El tiempo que tenía de margen —pensó Junquera— era más que suficiente para registrar el piso, así que dio la orden de entrada. Antes de hacerlo dudó si seguirle, pero decidió que era más importante encontrar pistas en el piso. No se imaginaba que Javier se dirigía a una reunión clandestina, ni que llevaba en su mochila, para devolverlo, la copia del informe sobre Freedom Bird.

* * *

Luis García hizo la primera parte del viaje de vuelta sumido en un silencio hosco. Estaba pensando la mejor manera de reforzar la educación taurina de su pupilo.

Le había cortado las dos orejas al novillo que le correspondió en suerte, y había dejado un aroma de buen torero y, lo que era más importante, la sensación de que podía ser alguien en la

profesión. De hecho las figuras con las que había compartido cartel le habían felicitado de corazón.

Luis García estaba más que contento, pero su filosofía taurina no le permitía decirlo en voz alta. Ya casi llegando a Madrid, se volvió a su protegido y le dijo con cierta melancolía:

—Mucho bronce, alguna plata, y poco oro —le espetó, refiriéndose a la calidad de los muletazos.

Rafael guardó un respetuoso silencio. Lo que aprovechó Luis García para gritarle.

—A los toros hay que matarlos a la primera, ¿me entiendes? ¡A la primera!

—Sí, maestro, pero es que el novillo...

—No hay pero que valga. Ya te lo he dicho mil veces, para ser alguien en esto hay que dejarse matar. Podías haberle cortado el rabo. ¡El rabo!

15

Junquera y su grupo entraron en casa de Javier García sin esfuerzo alguno. Aunque, no lo sabían, en su entrada al piso les acompañó la suerte. Matilde, la vecina de Luis García, estaba en el baño, y aunque su finísimo oído había detectado unos ruidos extraños, cuando se acercó a la mirilla el descansillo estaba vacío.

Julio, el conductor que les había llevado a Arenas de San Pedro, dejó a Luisillo en su casa media hora antes de lo que había calculado Junquera.

El viejo torero salió del coche murmurando, pero lo suficientemente alto para que Rafael lo oyera: «mucho bronce y poco oro, mucho bronce y poco oro». Pero, aún no satisfecho del todo, antes de entrar en el portal se volvió y, en su tono habitual, le gritó:

—Mañana, carretón todo el día. A ver si aprendemos a matar.

Y sin más se adentró en su casa.

«Hay torero, hay torero», pensó mientras subía las escaleras de dos en dos. Había estado superior con el capote y con la muleta, y se había tirado a matar al novillo como un león. Lástima que pinchara, pero los toros tienen huesos. «Lo importante es que no baje la guardia, que sólo piense en el toro. Hay torero, ya lo que creo que hay torero», se dijo a sí mismo mientras introducía la llave en la cerradura.

Cuando encendió las luces y vio a Alfredo Junquera y a sus dos esbirros alrededor de los ordenadores de su hijo, no se lo pensó dos veces, sacó la puntilla que llevaba en el bolsillo y se lanzó a por ellos.

—Me cago en vuestra puta calavera, hijos de la grandísima puta.

Esa fue la tercera equivocación de Alfredo Junquera. No contaba con que Luis García, *Luisillo*, un anciano, se pusiera el mundo por montera —como había hecho toda la vida—, y, a pesar de ser tres y mucho más jóvenes los atacara con tal ferocidad que no tuvieran más remedio que defenderse.

* * *

Isabel ya había hecho varios transbordos. Hasta ahora todo iba bien, pero no se le iba el miedo del cuerpo. Los vagones iban demasiado vacíos y los pasajeros eran cada vez más raros, más malencarados. Los recortes también habían alcanzado al metro. Los guardias de seguridad casi habían desaparecido, y las estaciones y los vagones estaban cada vez más sucios. El ambiente le recordaba a otros metros que había conocido en su juventud, como el de Londres. Se sentó, y agarró el asa de la maleta con fuerza. Sólo quedan cuatro estaciones para llegar a su destino. En la estación de Nueva Numancia entraron dos hombres, cada uno por una puerta diferente, pero algo le decía a Isabel que estaban compinchados.

* * *

Luis García murió como había vivido: peleando. El puñetazo que le derribó, después de que le hubiera dado un tajo en la mejilla al más joven de sus atacantes, le hizo golpearse contra el canto de la mesa del salón y desnucarse. Aún tardó unos segundos en morir. Su última visión fue el retrato de Antoñete y su cuadrilla colgado encima de la televisión, y sus últimas palabras: «*Palante, siempre palante*».

Matilde, pegada a su mirilla, conteniendo la respiración para no delatar su presencia, los vio salir de la casa de su vecino a toda prisa. Al joven expolicía que se tapaba la sangre que le caía por la mejilla con un trapo no pudo verlo bien. Pero sí retuvo grabadas en su memoria las facciones de Alfredo Junquera. Esperó un buen rato, para estar segura de que se habían ido, y llamó a la policía.

* * *

El más alto se sentó al lado de Isabel a pesar de que el vagón iba semivacío. El otro se colocó frente a la puerta de salida. Isabel, ya no tuvo ninguna duda de que iban a por ella, o lo que era peor, a por su maleta. El olor a sudor y a miseria del hombre que estaba sentado a su lado era tan intenso, y el miedo que sentía tan brutal, que, aterrada, estuvo a punto de rendirse, abandonar la maleta y en cuanto llegara a la próxima estación salir corriendo. Pero las lecturas de la tarde le ayudaron a no dejarse vencer. Asió la maleta con la mano izquierda y flexionó el codo derecho. El tren llegó a la estación, pero Isabel no hizo ademán de levantarse, ni siquiera cuando el hombre a su lado agarró el asa de la maleta. Justo antes de que se cerraran las puertas, Isabel cerró los ojos y le dio un codazo con toda la fuerza que pudo en la nariz. Oyó el ruido de los huesos al romperse y sintió que las piernas le temblaban. Pero no tenía tiempo para pensar. Agarró la maleta, y llevándola en volandas, esquivó al hombre de la puerta y saltó del vagón cuando las puertas empezaban a cerrarse. Notó un tirón brutal cuando el tren se puso en marcha, el faldón de su abrigo se había quedado atrapado entre las puertas y el tren empezaba a tomar velocidad. Se quitó el abrigo a toda prisa y vio cómo el vagón desaparecía en la oscuridad, llevándose consigo la prenda.

Se aferró con fuerza a la maleta. Lentamente, paso a paso, para no desmayarse, se acercó a uno de los bancos del andén y se sentó. Estaba tan alterada que ni siquiera se dio cuenta de que estaba sola en la estación.

Necesitaba calmarse porque necesitaba pensar —se dijo a sí misma—. No podía estar segura

de si lo que acababa de ocurrir había sido un intento de robo sin más. También podía ser algo mucho peor: que los hubieran descubierto. En todo caso, a pesar de estar sólo a cuatro estaciones del piso de Atocha, tenía que deshacer el camino y estar totalmente segura de que nadie la seguía antes de ir a la reunión.

Iba a levantarse cuando el ruido de unos pasos la sobresaltó. Un hombre acababa de entrar en el andén vacío y se dirigía hacia ella.

* * *

El inspector jefe Ramos, nada más entrar en el piso, tuvo el presentimiento de que el asesinato de Luis García escondía algo más que un simple intento de robo.

Se arrodilló junto al cadáver. El viejo había peleado hasta el final —así lo atestiguaban las sillas rotas y los objetos caídos por el suelo—, y se había defendido de sus agresores con un objeto punzante, seguramente un cuchillo. Su mano derecha tenía tres dedos rotos, partidos. Le habían quitado el cuchillo, o lo que fuera con lo que se había defendido, una vez muerto.

«Habrà que buscar por los alrededores —pensó—, por si los ladrones han tirado el arma en una papelera». Aunque lo dudaba.

Se levantó y, a pesar de las prohibiciones, encendió un cigarrillo. Inspeccionó el piso con más detalle. Se detuvo un buen rato frente a los sofisticados ordenadores de la cocina.

—La vecina que nos avisó quiere hablar contigo —le dijo la subinspectora Pedregal que le asistía en el caso.

—Dile que ahora voy. Por cierto, ¿habéis dado ya con el hijo?

—No —le contestó la subinspectora—. Nadie en el edificio sabe cómo localizarlo.

* * *

Javier García, ajeno por completo a la suerte que había corrido su padre, intentaba concentrarse, sin conseguirlo, en las palabras de Antonio Oliver. El ministro de la Presidencia les estaba contando a Lucio Inguanzo y a él su conversación con Pilar Ginés.

Pero Javier no le atendía, tenía otras preocupaciones: Isabel llevaba más de una hora de retraso. Algo había ocurrido, de eso estaba seguro. Ella siempre era puntual.

—Creo que es mejor que suspendamos la reunión —dijo Inguanzo, interrumpiendo el relato de Oliver.

Justo en ese momento sonó el timbre. Inguanzo hizo un gesto para que permanecieran sentados y en silencio mientras él se dirigía a la puerta de entrada.

Javier acarició la medalla de la virgen guadalupana que su padre le había traído de México, y que siempre llevaba en el bolsillo. Hasta ahora siempre le había dado suerte.

«Que sea ella, que sea ella», susurró mientras Inguanzo se acercaba a la mirilla de la puerta.

* * *

—Eran tres, dos jóvenes y uno algo más mayor que usted —le dijo Matilde, la vecina de Luis García, al inspector—. Y uno de los jóvenes se cubría la cara con una toalla, iba sangrando.

El inspector, que llevaba un cigarro en la mano sin encender, se quedó unos instantes pensativo. Tres hombres para robar en un piso en el que había tan pocas cosas de valor. Qué raro.

Le vinieron a la mente los ordenadores de la cocina. Si venían a robar, ¿por qué no se los habían llevado?

—¿No sabrá usted en qué trabaja el hijo del fallecido?

—Ahora en nada —le contestó Matilde—. Pero porque no quiere. Es un chico muy inteligente y muy educado. Ha salido a la madre, que en paz descanse. Antes era inspector de Hacienda, y después trabajó unos años como asesor del presidente Fernando Alcaraz. Lo trajo un día a casa. En persona era más bajo que en la televisión.

El inspector se llevó el cigarrillo a la boca, pero no se atrevió a encenderlo. Un asesor del presidente Alcaraz. Ahora sí que estaba seguro de que no entraron a robar.

—Puede usted fumar si quiere —le dijo Matilde interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—. Y le acercó un viejo cenicero.

Esperó a que el inspector encendiera el cigarrillo, y le dijo de sopetón:

—Les vi las caras y puedo reconocerlos. Soy muy cotilla, me paso el día pegada a la mirilla.

El inspector sonrió para sus adentros. A diferencia de la mayoría de sus colegas, siempre había pensado que los viejos eran muy buenos testigos. No eran autistas como los jóvenes de ahora, que se pasaban la vida hablando por los móviles, ajenos a lo que ocurre a su alrededor. Los viejos, por lo general, eran solitarios que se distraían observando a los demás. Pero había que ser paciente con ellos y respetar sus manías.

—Excelente, nos será de gran ayuda. Si le parece, mañana puede pasarse por comisaría y haremos un retrato robot de los ladrones.

—No —le contestó tajante Matilde—. No me gusta salir de casa si no es estrictamente necesario. Prefiero hacerlo ahora. Ah, y antes de que se me olvide, no tenían pinta de ladrones. Iban bien vestidos, sobre todo el mayor.

Ramos apagó el cigarro y salió al descansillo.

—Localiza a uno de los dibujantes y dile que venga inmediatamente para acá.

—¿Ahora? —le preguntó la subinspectora mirando su reloj.

—Ahora.

* * *

Isabel hizo un gran esfuerzo para controlarse mientras contaba de la manera más detallada posible su incidente en el metro. Cuando terminó de hablar, todas las miradas se dirigieron a Inguanzo. Unas miradas asustadas, muy asustadas.

Lucio Inguanzo era un experto en miedos. Durante una gran parte de su vida le habían acompañado las veinticuatro horas del día. Eran el peor enemigo de un militante clandestino, te hacían cometer equivocaciones. Y en el negocio de la clandestinidad las equivocaciones se pagaban muy caras. A veces, como les ocurrió a muchos de sus camaradas de los años terribles, con el pelotón de fusilamiento.

Sí, eran otros tiempos —su mujer se lo recordaba a cada instante—, eso era verdad. Pero no había que confiarse, lo más sensato era disolver la reunión y esperar acontecimientos.

—Por lo que parece —dijo Inguanzo— ha sido sólo un intento de robo. Pero, por si acaso, vamos a aplazar la reunión para otro día.

Primero salió Oliver, su operativo era el más complicado. Después Javier, y cinco minutos

más tarde Isabel.

Inguanzo se quedó en el piso con la intención de pasar allí la noche. Si el incidente del metro no había sido un intento de robo y habían seguido a Isabel hasta el piso franco, vendrían por la noche a registrarlo. Prefería estar presente. Colocó la maleta llena de documentación en un rincón —era inútil esconderla—, y se sentó en un sillón. Su intuición le decía que algo iba mal. Empezó a hacer planes de contingencia, por si acaso.

* * *

Matilde fue muy precisa en sus indicaciones, y el dibujante tardó poco en hacer el retrato robot del jefe de los asaltantes. Al verlo, el inspector procuró que ni el dibujante, ni la subinspectora notaran su reacción. No había duda posible, el retrato era tan preciso como una fotografía. Ante sus ojos tenía al excomisario jefe del cuerpo superior de policía Alfredo Junquera.

Con la excusa de que quería comprar tabaco, bajó a la calle mientras el dibujante terminaba el retrato de los otros dos asaltantes. Necesitaba estar solo.

«Alfredo Junquera —pensó—, el príncipe negro del cuerpo superior de policía». Lo había sufrido en los años de plomo del Ministerio del Interior. Un tipo peligroso, enredador y corrupto. Y con excelentes conexiones políticas, tan buenas, que le habían salvado de la cárcel.

Alcaraz, Junquera y el asesinato de un banderillero retirado: un triángulo muy extraño. Tendría que andarse con tiento, ser muy prudente. Pero, después de lo visto y oído, lo que tenía claro es que estando Junquera por medio los asesinos no eran ladrones vulgares. No entraron en el piso de Luis García para buscar dinero o joyas escondidas debajo de una baldosa, buscaban algo más importante.

—El dibujante ya ha terminado los otros dos retratos —le dijo Pedregal, que había bajado a buscarle.

—Guárdalos y no se los enseñes a nadie —le contestó el inspector.

Volvió al piso de Matilde, y al ir a encender un cigarrillo se dio cuenta de que se le había olvidado comprar tabaco.

* * *

Isabel se encaminó hacia la boca de metro intentando ocupar su mente con los trayectos de vuelta a casa. Le temblaban las piernas y el corazón le latía desbocado. La sola idea de volver a viajar en metro, y a esas horas de la noche, le aterraba. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no parar uno de los muchos taxis libres con los que se cruzó en su camino a la estación de Atocha. Pero no quería romper las reglas que tan machaconamente les había inculcado Inguanzo. Nada de taxis. Los taxistas recuerdan a sus viajeros, y también recuerdan las direcciones.

Se agarró a la barandilla y bajó las escaleras muy despacio mientras recitaba: Atocha-Cuatro Caminos; Cuatro Caminos-San Bernardo; San Bernardo-Argüelles... Atocha-Cuatro Caminos; Cuatro Caminos-San Bernardo...

Al entrar en el vestíbulo de la estación se encontró a Javier, que la estaba esperando. No tardó ni un instante en convencerla de que era mucho más seguro pasar la noche juntos en un hotel que en sus respectivas casas.

El amor y el deseo pudieron más que las recomendaciones de Inguanzo. Para acallar su

conciencia, Isabel intentó poner algún inconveniente.

—Pero en el hotel tendremos que identificarnos, dar nuestros carnés de identidad.

—No —le contestó Javier mientras la agarraba por la cintura y la apretaba contra él—. Es un hotel donde se visten los toreros. Me conocen, y el gerente es amigo de mi padre. Nadie nos va a pedir nada.

Era una verdad a medias. El gerente era amigo de su padre, pero también suyo. Javier usaba el hotel —cuando no quería molestar a su padre— para sus encuentros con putas. Y aunque las recordaba a todas ellas con cariño y gratitud, por ahora no las echaba de menos. Todo lo contrario.

A Alfredo Junquera el tono tranquilo y comprensivo de Luis López Castro le inquietó más que si se hubiera puesto a gritar y a sudar a chorros, como tenía por costumbre cuando algo se torcía.

Tenía razones para inquietarse, porque mientras le relataba los detalles de la muerte de Luis García, López Castro estaba pensando en cómo cortar los vínculos con él, y si las cosas se complicaban, dejarlo a los pies de los caballos.

—No te preocupes —le dijo, mientras le palmeaba la espalda y le acompañaba a la salida—. Ha sido mala suerte, un accidente. Ahora lo importante es parar la investigación policial, que no vaya a más. Que se quede en uno de esos muchos robos sin resolver. Y otra cosa —continuó—, lo más sensato es que durante unos días no te dejes ver mucho. Vete con Maribel de vacaciones, yo me encargo del asunto.

En el mismo momento en que López Castro perdió de vista al expolicía empezó a sudar. «Vaya mierda», se dijo. Ahora que *Llano Amarillo* entraba en la última fase, la muerte de un don nadie lo complicaba todo. Pero lo que más le aterraba y la razón por la que ya tenía la camisa empapada era por tener que contarle el desastre a Julián de la Hoz.

Se pasó el pañuelo por la cara para secarse el sudor. Lo mejor era presentarse ante Julián con los deberes hechos. Marcó el número privado del jefe superior de la policía.

—Buenas noches, Manolo. Perdona que te llame tan tarde, pero necesito verte a solas.

* * *

Una vez que los servicios de la policía retiraron el cadáver de Luis García, el inspector Ramos se quedó solo en el piso esperando a Javier. Quería ver su primera reacción. Estaba seguro de que él y sus ordenadores eran el motivo por el que Junquera había entrado en el piso.

Además, siempre le había gustado familiarizarse con la atmósfera del lugar del crimen: ver lo que había en la nevera, curiosear en los armarios y en las mesillas, revisar fotografías. No era un método científico, pero era su método.

Se detuvo frente a la foto de Antoñete y su cuadrilla que presidía el salón. Luis García, *Luisillo*, a la diestra del maestro, sonreía a la cámara enfundado en un capote de paseo negro salpicado de flores rojas. «Haré lo que pueda», le prometió el inspector al torero.

* * *

Julián de la Hoz, tras escuchar el relato de Luis López Castro, cayó en un silencio reflexivo. No le gustaba nada lo que acababa de oír. Además, le incomodaba perder el tiempo. Tenía cosas mucho más importantes en que pensar que la muerte accidental de un banderillero retirado. Siempre había detestado los toros: un espectáculo bárbaro y sangriento. Cuanto antes lo prohibieran mejor.

—Está bien —interrumpió a López Castro—. Haz lo que tengas que hacer y me informas cuando todo esté solucionado.

No se levantó para acompañarle a la puerta. No se merecía atención alguna. Después del desastre que había organizado no quería volver a verle en algún tiempo. «Los españoles siempre tan chapuceros», se dijo con disgusto.

Liberado de la presencia de López Castro, abrió uno de los ventanales del despacho, encendió un cigarrillo y esperó a que el frío de la mañana le despejara la cabeza y el mal humor.

Aunque ya hacía mucho tiempo que había perdido toda esperanza en la condición humana, algunas noticias le eran difíciles de digerir. La idea de que hubiera un traidor en su círculo íntimo le entristecía más que le disgustaba. Aunque seguía pensando que la filtración sobre Freedom Bird no provenía de alguien del banco, sino de algunos de los financieros que asistieron a la reunión con el embajador Sorensen. «Esa gente —pensó con irritación— es incapaz de guardar un secreto. Por darse importancia son capaces de cualquier cosa».

Pero, por si acaso estaba equivocado, había pedido a sus abogados ingleses que le buscaran una empresa de seguridad británica o americana para que investigara en el banco.

Apuró el cigarrillo hasta el filtro, cerró el ventanal y descolgó el teléfono. Llamó a Isabel para que retrasara una hora su reunión con la gobernadora del Banco de España y con el profesor Fuentes y avisara a su chófer. Tenía una reunión fuera del banco.

* * *

Media hora después, el banquero se reunía en una de las suites —reconvertidas en oficinas— de la séptima planta del hotel Las Lanzas con sus abogados ingleses y Peter Mallaby, el director de la compañía de seguridad Ronin.

Mallaby, exagente de la CIA, hablaba un español casi perfecto, no en vano había pasado parte de su carrera en Latinoamérica. A Julián de la Hoz le cayó bien desde el principio. «Muy anglosajón —pensó el banquero—: Seco, preciso, sin palabrería innecesaria. Un profesional».

—Estos casos —dijo Mallaby— suelen seguir casi siempre la misma pauta. «*Cherchez la femme*», que dicen los franceses. Un joven atractivo como este tal Javier García busca una mujer, generalmente madura, solitaria y aburrida, y se convierte en su amante. A partir de ahí, de una manera sutil le va sacando la información que busca. Los soviéticos utilizaron esa táctica con gran éxito durante la Guerra Fría. Es un clásico en el espionaje político e industrial. Lo mejor, en mi opinión, es empezar por ahí. Si usted no tiene inconveniente necesitaría una lista de las mujeres que trabajan para usted, empezando por su círculo más cercano.

Julián de la Hoz se quedó un tanto perplejo ante la petición de Mallaby. Las mujeres que trabajan a su lado eran de toda confianza, pondría la mano en el fuego por todas ellas. Pero siempre había pensado que hay que confiar en los profesionales. El curriculum de Peter Mallaby era impecable y los honorarios que cobraba estratosféricos, así que sacó su pluma y escribió los nombres que le pedía.

Cuando le pasó la lista, a Julián de la Hoz le entró un cierto desasosiego.

—No me gustaría que...

—Comprendo sus reparos —le interrumpió Mallaby—, pero no se preocupe. No sabrán que estamos investigándolas. —Hizo una pausa para beber un poco de agua—. Si mi intuición es correcta, en cuanto descubramos la fuente de la filtración pasaremos a la segunda fase: averiguar quién o quiénes están interesados en sus relaciones con Freedom Bird, y por qué.

—Me parece un plan excelente —dijo el banquero—. Póngase a trabajar cuanto antes.

—Una cosa más, también necesitaré su permiso para entrevistar a algunos empleados del banco.

—¿Cómo quién? —preguntó sorprendido Julián de la Hoz.

—Como el responsable de mantenimiento. Si la persona que ha traicionado su confianza es alguien que trabaja muy cerca de usted, lo más probable es que haya utilizado las fotocopiadoras del banco o los teléfonos. Créame, la gente es más descuidada de lo que parece. Una de las cosas buenas que tiene esta era tecnológica en la que vivimos es que todo deja huella.

Julián de la Hoz salió más que satisfecho de la reunión.

Qué diferencia con las chapuzas de López Castro. Los españoles tenían que cambiar y olvidarse de las gitanerías y trapacerías a las que eran tan aficionados.

Ya en el coche llamó a Isabel.

—Isabel, si es usted tan amable, llame a Mirella y dígame que interrumpa sus vacaciones y vuelva lo más pronto posible.

* * *

Mirella recibió la llamada de Isabel mientras visitaba las oficinas de Kashba, el *hedge fund* —fondo de capital riesgo— de su amigo Manny.

«Vaya lata», pensó. Llevaba sólo cuatro días en Nueva York y ya tenía que volverse. Todavía le quedaban muchas cosas por hacer. Algunas personales —una camarera de una cafetería cercana a su hotel con la que había quedado a tomar una copa en su día libre—; y otras profesionales: la reunión que ella y Manny iban a tener esa noche con un grupo de inversores.

Manny, como siempre, acudió en su ayuda. Una de sus secretarias le sacó el billete, y otra se encargó de alquilar una *limousine* para que pudieran tener la reunión con los inversores camino del aeropuerto. En un detalle muy suyo, Manny también encargó bebidas y *delicatessen* para que el viaje y la conversación resultaran más agradables.

«Qué jóvenes», pensó Mirella con envidia cuando entró en la *limousine* y saludó a los dos inversores interesados en el negocio.

* * *

Isabel, después de llamar a Mirella para comunicarle que tenía que cortar sus vacaciones, dejó

volar su imaginación rememorando una y otra vez la noche con Javier. Los recuerdos la excitaron tanto que tuvo que encerrarse en el baño y salpicarse la cara con agua fría.

A la salida del baño se cruzó con Beatriz del Álamo, la gobernadora del Banco de España, de camino al despacho de don Julián. La gobernadora pasó por su lado a toda prisa sin devolverle el saludo. Jamás saludaba a las secretarias, ni a nadie que estuviera por debajo de ella. Isabel que ya estaba acostumbrada a sus feas maneras no le dio mayor importancia. Pero que la gobernadora hubiera vuelto a engordar le produjo una enorme satisfacción.

En cambio, el profesor Fuentes, que llegó un poco más tarde, la saludó efusivamente. Y, como tenía por costumbre, la desnudó con la mirada. Tampoco le dio mayor importancia. La lascivia del profesor Fuentes le convenía.

Iba cargado de libros y papeles, e Isabel, solícita, se apresuró a ayudarle. Le cogió el voluminoso documento que llevaba bajo el brazo. En el camino al despacho de don Julián, y mientras el profesor se entretenía con sus piernas y su trasero, le dio tiempo a leer el título: *Notas para la reforma de la Constitución*.

* * *

El inspector, a lo largo de su carrera, había dado malas noticias a mucha gente. Pero pocas veces había visto a alguien tan desolado como Javier García cuando le comunicó el asesinato de su padre. Ni gritó, ni lloró, ni pidió explicaciones. Se derrumbó en un sillón y cerró los ojos. El inspector era un hombre chapado a la antigua y le gustó su actitud. Un hombre que sufría en silencio le inspiraba confianza.

Esperó pacientemente a que Javier abriera los ojos.

—Necesito hacerle unas preguntas —le dijo—. Si es tan amable de pasarse por comisaría cuando termine los trámites del entierro de su padre, se lo agradecería.

Javier, después de que el inspector Ramos abandonara su casa, aplastó como pudo sus sentimientos de culpa y se centró en lo importante: enterrar bien a su padre.

Lo primero que hizo fue redactar la esquela para los periódicos: «Luis García, *Luisillo*. Banderillero de Toros. Falleció en Madrid a los setenta y dos años de edad. Su hijo Javier y sus amigos ruegan a los que le conocieron o le vieron torear un recuerdo o una oración en su memoria».

Después, sacó del armario el traje corto de su padre y lo metió en una funda. Quería despedirse de él antes de que le hicieran la autopsia y negociar con los forenses que, si era posible, no le desfiguraran mucho. Su deseo era enterrarlo vestido de torero.

El camino al Anatómico Forense le sirvió para reflexionar. Su padre había muerto por su culpa, pero había muerto bien. En la pelea, sin dejarse avasallar, atropellando la razón, como había hecho tantas veces delante del toro. Ese pensamiento le tranquilizó y le sirvió para alejar los remordimientos.

Le echaría mucho de menos. Luis García, *Luisillo*, iba a dejar un hueco grande en muchas vidas, y eso le llenaba de orgullo.

También le alivió el dolor tener la certeza de que a su padre le hubiera gustado saber que, mientras él peleaba por defender los secretos de su hijo, este pasaba la noche con una mujer de categoría. Era una de las muchas cosas buenas de haber tenido un padre heterodoxo.

Antes de entrar en el Anatómico Forense cayó en la cuenta de que su muerte podía tener consecuencias que iban más allá del dolor que sentía por la pérdida. Si, como estaba seguro, habían entrado en el piso buscando información, es que sabían de la existencia de la red anticonspiración. Inguanzo, Oliver e Isabel, estaban en peligro. Buscó una cabina y marcó el número de contacto. Como siempre le contestó una mujer. Pero esta vez casi no reconoció su voz, tan apagada, tan sin vida.

Después, se sentó en un banco encendió su MP3, y en homenaje a su padre escuchó su pasodoble preferido: *Silverio*.

«*Silverio / Silverio Pérez / Diamante del redondel / Tormento de las mujeres...*».

* * *

El inspector Ramos se reunió con Javier después de que este saliera del Anatómico Forense. La conversación no le aclaró ninguna de sus dudas. Sabía que le ocultaba información, y también sabía que por mucho que insistiera no iba a conseguir nada. Pero él era un hombre paciente. «Tiempo al tiempo», se dijo mientras entraba en el despacho del comisario jefe que había pedido verle con la máxima urgencia.

—Acabo de hablar con el jefe superior de la policía y sus órdenes han sido tajantes. No podemos seguir malgastando el dinero de los contribuyentes. Hay que concentrar el dinero y el esfuerzo en los casos que estemos seguros de poder resolver. Los casos menores no pueden seguir absorbiendo recursos. El jefe superior y el ministro quieren eficacia y buenas estadísticas. Toma —y le pasó una cuartilla mecanografiada por ambas caras—. He hecho una relación de los casos en que se va a centrar esta comisaría a partir de hoy mismo. Los que no estén en la lista, desgraciadamente los tendremos que dejar a un lado.

Ramos echó un rápido vistazo a la lista. Como ya se imaginaba, el asesinato de Luis García no estaba entre los casos a resolver.

Le pidió permiso al comisario jefe para irse a su casa a descansar un par de horas. Tenía que pensar.

—Lo más importante es saber por qué te han descubierto —le insistió Inguanzo—. Ya sé que no es un buen momento para pedírtelo, pero tienes que hacer un esfuerzo de memoria: con quién te has visto en los últimos días, de qué has hablado.

A Javier la imagen de su excompañero de Hacienda Ignacio Jiménez habiéndole de Freedom Bird mientras él le invitaba a unas putas, le estalló en la mente como un fogonazo. Se derrumbó. Su padre había muerto por una indiscreción suya.

—No te culpes —le consoló Inguanzo—. Cuando uno busca información tiene que preguntar, y cuando preguntas siempre se corre un riesgo. No ha sido una indiscreción, preguntaste porque formaba parte de tus obligaciones. No tienes por qué flagelarte. A tu padre le han matado ellos, no tú. Entiérralo y vuelve al trabajo. Te necesitamos.

A Javier, a pesar de la diferencia de biografía y de carácter, Inguanzo le recordaba a su padre. Los dos habían sobrevivido en un mundo mucho más hostil que el actual sin darse mayor importancia. Tenían muy claro que la vida era un enemigo muy poderoso, y que sus golpes había que encajarlos con estoicismo, pero siempre sin agachar la cabeza. Pero él no era tan fuerte, y la culpa, o eso pensaba, todavía confuso, le acompañaría de por vida.

Inguanzo se despidió de Javier y, como hombre práctico que era, empezó a calcular las consecuencias de lo ocurrido. Todo tendría que ir más rápido de lo que había previsto Alcaraz antes de morir.

* * *

El inspector Ramos, después de descansar unas horas, se planchó una camisa y bajó al bar de debajo de su casa donde había convocado a los subinspectores Pedregal y Capa —sus más directos colaboradores— a una reunión.

Les contó todo lo que sabía hasta el momento: Alfredo Junquera, la conexión entre Javier García y el expresidente Alcaraz y, por último, les pasó la lista que le había entregado el

comisario jefe.

La subinspectora Pedregal leyó dos veces la cuartilla, y preguntó visiblemente nerviosa:

—¿Y por qué estamos hablando del caso de Luis García? No viene en la lista.

—Porque he decidido que voy a investigarlo, venga o no venga en la lista.

—Conmigo no cuentas —saltó Pedregal—. Estoy en prácticas y no quiero líos.

—Lo comprendo —le contestó.

Aunque en realidad no la comprendía. Tan joven y tan prudente. Qué lástima.

Esperó a que saliera del bar y le preguntó a Ramón Capa.

—¿Y tú qué piensas?

—Que nos pagan por investigar crímenes —le contestó mientras se limpiaba los cristales de las gafas con el faldón de la camisa—. Y que yo sepa, no hay asesinatos de primera y asesinatos de segunda.

Justo cuando terminaba de hablar, se abrió la puerta del bar y entró la subinspectora Pedregal.

—Lo he pensado mejor. Contad conmigo.

* * *

El entierro de Luis García, *Luisillo*, convocó a gran cantidad de toreros y amigos del barrio. Le despidieron bien. Un poco apartado, Rafael Mora, el novillero en quien su padre tenía puestas tantas ilusiones y esperanzas, lloraba en silencio. Al abrazarse con él, Javier notó que reprimía un gesto de dolor.

—¿Qué te pasa?

—Cuando me enteré de la muerte del maestro me pasé toda la noche entrando a matar al carretón y me he dislocado el brazo. Como siempre me decía que sin espada no hay paraíso, pues me puse a entrenar que es lo que a él le hubiera gustado. Voy a ser figura del toreo —le dijo a Javier, mientras se secaba las lágrimas—. Se lo debo a su padre.

* * *

Javier volvió del entierro y se encerró en su casa. Encendió los ordenadores y se puso a hurgar en la mala salud económica del mundo. Era una forma como otra cualquiera de distraer la mente y cumplir con sus obligaciones, como hacían, cada uno a su modo, Inguanzo y Rafael Mora. Durante dos horas consultó diversos indicadores económicos y previsiones de analistas.

El deterioro de la economía española era imparable: caía en picado la industria manufacturera, el consumo de energía eléctrica y las ventas en grandes empresas, las matriculaciones de vehículos, el consumo de cemento y las ventas del comercio al por menor. Hasta el turismo presentaba una caída preocupante. Por si fuera poco, todo apuntaba a que en un plazo corto iban a subir dramáticamente el precio del petróleo.

* * *

—El asesinato del padre de Javier lo ha cambiado todo —le dijo Inguanzo—. Ya conocen nuestra existencia y no pararán hasta desmontar nuestra red. Tenemos que estar preparados y, también, tenemos que cambiar algunas cosas.

Isabel se quedó en silencio. La pena por la muerte del padre del hombre de quien estaba

enamorada y la imposibilidad de estar con él para consolarlo pasaron a un segundo plano al escuchar las palabras de Inguanzo.

Cuando terminó de hablar se quedaron un rato en silencio hasta que Isabel lo rompió para contarle la existencia del nuevo documento titulado *Notas para la reforma de la Constitución*, y el rumor de que Julián de la Hoz había contratado a una empresa de seguridad extranjera para investigar filtraciones en el banco.

—Malas noticias —contestó Inguanzo—. Pero, antes o después tenía que ocurrir. Hasta ahora hemos tenido mucha suerte. —Se quedó unos instantes en silencio, pensativo—. Seguramente, tendrás que asumir más responsabilidades.

Isabel sintió una punzada de miedo, pero se dominó.

—Haré lo que usted diga. —Consultó su reloj y se puso en pie—. Tengo que volver al banco.

Inguanzo asintió.

—Mañana nos veremos aquí a la misma hora —le dijo—. Ten mucho cuidado.

Y se quedó sentado en el banco mientras Isabel se alejaba abriéndose paso entre la multitud que llenaba el Parque de la Arganzuela.

El sol invernal calentaba lo suficiente para gozar de unos momentos de tranquilidad. Estaba cansado. Había salido muy de mañana del piso franco de Atocha arrastrando la pesada maleta de Isabel, y tras un largo peregrinar por el metro la había depositado en el piso del Camino Viejo de Leganés, donde guardaba perfectamente ordenados y numerados los documentos de la conspiración que su topo en el banco —el Ruiseñor— le había ido suministrando en los últimos meses.

Esos documentos eran el arma secreta para intentar desmontar la conspiración, lograr que Vicente Ruiz perdiera las elecciones e impedir que se llevara a la práctica el plan de *Llano Amarillo*. Después de entrevistarse con el Ruiseñor, Inguanzo se reuniría con la otra persona que, además de él, conocía la existencia de este, y que era la encargada de sacar los documentos a la luz pública. Pero antes tenía que hablar con Encarnación.

* * *

Pilar Ginés se había levantado muy pronto esa mañana. Aquel era el día más importante de su vida y quería estar preparada física y mentalmente. Dedicó más de una hora a su aseo personal, y más de media a la elección del vestuario. Finalmente, eligió un traje de chaqueta gris marengo y unos zapatos de tacón seminuevos que tenía guardados para las grandes ocasiones. Una vez vestida y calzada, pronunció en voz alta y delante del espejo el discurso que había escrito para su comparecencia ante los medios. Una vez satisfecha con el resultado, se desvistió, dobló con cuidado el traje y se tumbó en la cama a repasar las citas de diferentes políticos y pensadores que había anotado en su libreta. Por si las necesitaba.

Una hora más tarde salió de su modesto piso de la calle San José, y, como hacía todos los días desde que la eligieron alcaldesa de Zaragoza, se fue andando hasta el Ayuntamiento. Por el camino se detuvo varias veces a charlar con vecinos que le contaban los problemas de sus barrios. Su popularidad en la ciudad era extraordinaria, no en vano había ganado las últimas elecciones por mayoría absoluta arrastrando votos de todos los sectores y clases sociales.

Cuando llegó al Ayuntamiento, algunos periodistas locales le preguntaron por la razón de la

rueda de prensa que había convocado para la tarde. Pilar Ginés los trató con amabilidad, pero no soltó prenda. Ya en su despacho se preparó para escuchar a la presidenta anunciar la convocatoria de elecciones anticipadas.

* * *

Elisa Velázquez hizo tres anuncios importantes en su rueda de prensa. El primero, que no sorprendió a nadie, la convocatoria de elecciones anticipadas. El segundo, que ella no se presentaría. Y el tercero, que el candidato de su partido —si es que no había primarias— sería el actual ministro de Industria en funciones, Pedro Montero.

No admitió preguntas de los periodistas, y se retiró satisfecha. La pesadilla de ser presidenta del Gobierno estaba a punto de acabarse, y, lo más importante, había cumplido su parte del trato con el vicepresidente. Podía estar tranquilo, Pedro Montero era un candidato gris, sin *chance* alguna. El vicepresidente iba a arrasar en las elecciones. Con Pedro Montero como rival su mayoría absoluta estaba más que garantizada.

* * *

Una hora después, el vicepresidente Vicente Ruiz anunciaba su candidatura a la presidencia del Gobierno. Tuvo palabras de afecto y respeto para Elisa Velázquez, y alabó su decisión de convocar elecciones anticipadas. El país necesitaba un cambio de rumbo, una inyección de confianza. En definitiva: un gobierno fuerte, estable y de amplio respaldo para llevar a cabo los cambios necesarios. Había que modificar muchas, muchas cosas. Abogó por una campaña corta, limpia y barata.

—Hasta que no se celebren las elecciones —les dijo a los periodistas como excusa para no responder a sus preguntas—, el gobierno en funciones tiene que seguir trabajando.

Un discurso institucional, dictaminaron inmediatamente en radios y televisiones los analistas afines —que eran la gran mayoría—. Un discurso de unidad y esperanza dijeron los más exaltados. Incluso entre los más reticentes —que todavía los había—, nadie ponía en duda que Vicente Ruiz iba a ser el próximo presidente del Gobierno.

* * *

—Va aprendiendo —dijo Julián de la Hoz al tiempo que bajaba el volumen de la televisión.

—Sí, es cierto. Pero la economía no es su fuerte —le contestó Beatriz del Álamo, que el día anterior se había reunido con él para explicarle las medidas económicas que tendría que tomar el nuevo gobierno, y había salido de aquel encuentro espantada de sus lagunas y angustiada con algunas de sus reticencias.

—Para eso está usted —le dijo en tono cariñoso don Julián—. Por cierto, la noto preocupada. ¿Qué es lo que la inquieta?

—Todos los datos indican que van a subir los precios del petróleo.

Don Julián se revolvió inquieto. Pesimista por naturaleza, cualquier nube negra en el horizonte le desasosegaba. La subida del precio del petróleo no era buena para el país, pero, sobre todo, no era buena para su banco.

* * *

Paco Tovar había organizado una gran cobertura informativa. Había movido sus hilos con sigilo para que nadie supiera realmente lo que iba a ocurrir, y había dejado que se extendiera el rumor entre algunos periodistas de que si se desplazaban a Zaragoza no se iban a arrepentir.

Cuando Pilar Ginés entró en la sala noble del Ayuntamiento había suficientes cámaras de televisión, emisoras de radio, y enviados de grandes periódicos, como para que la noticia de que la alcaldesa le disputaría las primarias al candidato oficial del partido, el ministro de Industria, Pedro Montero, recibiera al día siguiente una más que aceptable cobertura.

Pilar Ginés no decepcionó a nadie. Anunció su vuelta a la política nacional con humildad, pero con la seguridad de que una gran parte de su partido la apoyaría con su voto. A diferencia de Elisa Velázquez y Vicente Ruiz admitió todo tipo de preguntas, y dejó algunas perlas que, como ella ya había previsto, a la mañana siguiente harían titulares.

—Pienso lo mismo de Pedro Montero que antes de que presentara su candidatura. No mucho.

—El vicepresidente no me parece un político demasiado interesante. Pero puedo estar equivocada, porque a los banqueros sí que les parece interesante.

* * *

—Es una política local, no es nadie. No tenemos de qué preocuparnos —le dijo Jaime Bosch al vicepresidente en un vano intento de calmar su ira.

—No estoy preocupado por ella, ya sé que no es nadie. Estoy cabreado con Elisa. No ha cumplido su parte del trato —le contestó algo más calmado, pero con un punto de irritación en la voz.

Le hizo un gesto a su subsecretario para que saliera del despacho. Iba a leerle la cartilla a la todavía presidenta y no quería testigos.

Antes de que pudiera empezar a hablar, Elisa Velázquez se lanzó a verbalizar un torrente de excusas.

—No sabía nada, te lo prometo. A mí me ha cogido tan de sorpresa como a ti. Lo primero que necesito saber es quién está detrás. En cuanto me entere de lo que ha pasado, te llamo inmediatamente.

—Necesito algo más que saber quién está detrás de Pilar Ginés —contestó en tono gélido el vicepresidente. Y colgó el teléfono sin esperar respuesta.

La mala educación y el tono amenazador de quien todavía era su subordinado, irritaron a Elisa Velázquez y estuvo tentada de llamarle de nuevo y recordarle con quién estaba hablando. Pero se lo pensó mejor y colgó el teléfono. Siempre había sido una mujer práctica y ahora tenía que serlo más que nunca. Sin el apoyo de Vicente Ruiz su candidatura al Banco Europeo de Inversiones o a cualquier otro retiro dorado se tambaleaba.

Los veinticuatro mil euros al mes libres de impuestos, el retiro soñado, la educación de sus hijos. Todo en el alero por culpa de Pilar Ginés. Esa ambiciosa. Esa grandísima hija de puta.

Se puso inmediatamente a la tarea. Después de más de una hora de conversaciones con altos cargos del partido y de la administración, volvió a llamar al vicepresidente.

—Voy a hacer todo lo posible —le dijo— para que Pilar Ginés no gane las primarias. Pero si no lo logro y se enfrenta a ti en las elecciones, he pensado, siempre que tú estés de acuerdo, en

publicar un manifiesto apoyándote firmado por gente importante de mi partido. Naturalmente, la primera firma será la mía.

Vicente Ruiz tardó un rato en contestar.

—Me parece perfecto. Te agradezco el gesto.

La presidenta colgó el teléfono y suspiró aliviada.

* * *

Vicente Ruiz, una vez solventado su «pequeño» problema con la presidenta, pensó su siguiente movimiento. Aunque sólo fuera una política local, lo mejor era atacar desde el principio. Por si acaso.

Salió de su despacho para hablar con Jaime Bosch. En los pasillos se cruzó con Antonio Oliver.

—Siempre pensé que llegado el momento, te ibas a presentar —le dijo.

—No, yo ya estoy más que amortizado —le contestó sonriente Oliver—. Pero Pilar es una gran candidata, te va a dar que hacer.

—Para ser candidata, todavía tiene que ganar las primarias de vuestro partido.

—Las va a ganar, te lo aseguro. Soy su director de campaña.

«No sabes la que os va a caer encima», pensó divertido Vicente Ruiz mientras se despedían.

Al entrar en el despacho de su subsecretario todavía estaba sonriendo.

—Monta una reunión con Luis López Castro —le dijo a Bosch.

18

—Se llama Gustavo Neira —dijo el subinspector Capa—. Tiene veinticinco años. Ha trabajado de puerta de discoteca, guarda de seguridad, y desde hace un año trabaja en la empresa de Alfredo Junquera. Le curaron el corte de la mejilla en una clínica privada media hora después de que nos llamara la vecina del torero. —Y remató su explicación poniendo encima de la mesa una foto del tal Gustavo Neira.

—Muy bien. ¿Y tú, has encontrado algo? —le preguntó el inspector a Pedregal.

—Sí, que el máximo accionista de la empresa es un tal Luis López Castro.

El inspector sonrió. Un tal López Castro. ¡Qué bueno!

—Ese tal López Castro, como tú dices, fue subsecretario de Interior durante los años noventa, además de ejercer de intermediario en ventas de armas y otras lindezas. Ahora tiene un puesto en el gobierno, pero no recuerdo cuál. Es un buen pájaro.

—Vaya por Dios, un político —exclamó la subinspectora, que pensaba que todos los políticos eran por definición gente despreciable y los causantes de todos los males.

—Da gracias de que sea un político —le contestó Ramos—. Eso es lo que nos va a permitir seguir adelante con el caso.

Recogió la documentación y la metió en un sobre. El próximo paso que iba a dar exigía una coordinación perfecta. Se volvió a Capa.

—Dentro de una hora tengo cita con la juez Sequeira para pedirle una orden de detención de Gustavo Neira.

—No te la va a dar. No tenemos pruebas suficientes para inculparle —dijo Capa.

—Lo sé, pero ya sabes que lo que no soporta la juez son interferencias. Así que, dentro de una hora exactamente subes a ver al comisario jefe y le dices que han aparecido pruebas nuevas y que me he ido con ellas a los juzgados.

Capa, que conocía muy bien la forma de actuar de su jefe, se adelantó a sus deseos.

—Y dejo caer el nombre de la juez, ¿no es así?

—Así es.

* * *

El Ruiseñor llegó puntual.

—Antes de nada —le dijo a Inguanzo—, una pésima noticia. Julián de la Hoz ha encargado una investigación interna a una empresa de seguridad americana. En cuanto pongamos en circulación uno de estos documentos —y pasó un dedo por el archivo—, no tardarán mucho en descubrir que hay un topo en el banco.

Inguanzo, a quien el Ruiseñor no le caía especialmente bien —estaba seguro de que actuaba en provecho propio—, contestó en tono seco.

—Usted puede marcharse del banco cuando quiera. Su trabajo —e hizo un gesto abarcando el archivo— ya está hecho.

—No del todo. Están terminando de redactar el texto de la nueva Constitución que impondrán en cuanto ganen las elecciones. Por lo que sé, daría pie a un modelo de Estado autoritario, al estilo de Hungría o Singapur. Entre otras lindezas, van a suprimir el derecho de huelga. Creo que sería interesante obtenerlo y sacarlo en el momento adecuado.

El Ruiseñor tenía razón, obtener ese documento sería importantísimo. Alcaraz había acertado: *Llano Amarillo* no era sólo un golpe de Estado económico. Era mucho más, un cambio de régimen político. Pero había que actuar deprisa, sólo quedaban cincuenta y nueve días para las elecciones.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—Cuatro o cinco días.

—No hay problema. Pero no se asuste cuando salga publicado el documento número uno. No lo relacionarán con usted y le dará el tiempo que necesita.

—¿Y con quién lo relacionarán? —preguntó el Ruiseñor.

—Con Isabel.

* * *

Lucio Inguanzo se sentó en la cama de su mujer y le habló al oído. No porque temiera que alguien pudiera escuchar lo que decía —estaban solos—, sino porque Encarnación estaba tan débil que no quería que hiciera ningún esfuerzo.

Le contó su conversación con el Ruiseñor y los planes que tenía en mente. Encarnación entendió perfectamente lo que le estaba pidiendo.

«Sí —pensó entre las brumas de la medicación—, es un buen momento». Ella y Lucio ya lo habían hablado cuando ingresó en el hospital. Estaba exhausta, quería descansar. Y, si servía para algo bueno, mejor que mejor. Apretó la mano de su marido y le dijo en un susurro:

—Me tienes que prometer una cosa.

—Lo que tú quieras.

—No avises a nadie. Solo tú y yo. Los amigos están muy ocupados y no quiero molestarlos. Además, las enfermeras me han dicho que estos días hace mucho frío.

Y cerró los ojos, agotada por el esfuerzo. Lucio Inguanzo esperó a que se durmiera, la besó en la frente y bajó a hablar con el doctor Fernández.

* * *

Una hora más tarde, oculto en una camioneta de un servicio de jardinería, Inguanzo entraba en el garaje de la otra persona que conocía la existencia de los documentos almacenados en la calle del Camino Viejo de Leganés.

El expresidente Alfonso Tena salió a saludarle apoyándose en un bastón. Por expreso deseo de Fernando Alcaraz antes de su muerte, él era el que iba a decidir en qué orden, y a qué ritmo, se harían públicos los documentos que les proporcionaba el Ruiseñor.

Inguanzo le contó a Tena su conversación con el Ruiseñor y sus planes para que dispusiera del tiempo necesario para sacar del banco el documento chino, que era como Inguanzo había bautizado a la nueva Constitución.

Alfonso Tena arqueó las cejas.

—Es muy peligroso, Lucio. Por lo que he leído, ese tipo de empresas de seguridad no se andan con tonterías.

—Me lo imagino, pero ya tengo experiencia en esas cosas.

Al expresidente Tena no le satisfizo la respuesta, pero como sabía que ningún razonamiento le iba a hacer cambiar de opinión —ya había negociado con él en otros tiempos—, prefirió no seguir insistiendo.

—El documento número uno saldrá esta tarde. El resto ya es cosa tuya —le dijo Inguanzo.

Antes de que se subiera a la camioneta, Tena le preguntó:

—Por cierto, ¿cómo sabré cuándo puedo empezar a filtrar los siguientes documentos?

Quizá porque era casi de la misma edad y con él podía sincerarse, quizá porque a pesar de sus diferencias políticas Tena le caía bien y no quería mentirle, o quizá porque Inguanzo a esas alturas de su vida no estaba para paños calientes, le respondió:

—Lee las esquelas.

* * *

Isabel se arrebujó en su abrigo. Inguanzo le puso una mano en el hombro.

—Comprendo que es una decisión difícil. Puedo buscar otra persona que...

Isabel le interrumpió.

—No, no. Lo haré yo.

Inguanzo se sacó del bolsillo dos juegos de llaves y se las entregó.

—Ésta es la llave del almacén donde están guardados los documentos, y esta otra es la del piso donde vas a vivir. Debajo del teléfono encontrarás un cuaderno con todas las instrucciones. No te olvides de seguir las al pie de la letra.

Isabel asintió.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Veinticuatro horas a lo sumo. Mi consejo es que te marches cuanto antes.

—Me iré esta misma tarde.

—Muy bien. A las siete una ambulancia te esperará en la esquina de tu casa. Te llevará cerca del piso. Una cosa más —prosiguió Inguanzo, dándole un trozo de papel arrugado en el que había apuntado un número de teléfono—. Antes de marcharte de casa, mete este papel en el bolsillo de un abrigo o de una chaqueta que no uses mucho. Y déjalo ahí.

Isabel le miró interrogante, pero Inguanzo no le explicó sus razones. Cuanto menos supiera,

menos problemas para ella.

—Es muy importante —le recalcó—. No se te olvide.

Se levantaron para despedirse. Isabel tuvo un mal presentimiento y se dejó llevar por la emoción. Le abrazó y le besó en ambas mejillas. Pero se separó de él a toda prisa. No quería que la viera llorar.

«Una gran mujer —pensó Inguanzo—. Eficaz, discreta, cariñosa y muy guapa. Ojala tenga suerte en la vida, se la merece». Echó a andar para salir del parque, coger el metro y entregar a una persona de su entera confianza el documento número uno, *Llano Amarillo*.

* * *

Javier se durmió pensando en Isabel, pero se despertó casi al instante muy alterado.

La idea de no poder verla en mucho tiempo —como le había advertido Inguanzo— le producía una enorme ansiedad. Estar enamorado era un problema, se sufría demasiado y él no estaba acostumbrado.

Poco a poco, sin anunciarse, cogiéndole totalmente por sorpresa y sin estar preparado para combatirlo, se apoderó de él ese sentimiento cruel como una tumba: los celos.

¿Con cuántos hombres se habría acostado antes que con él? Seguro que, con ese cuerpo, se había follado a medio Madrid. La había conocido a través de Alcaraz, un gran seductor.

Intentó apartar de su mente la imagen de Isabel y Alcaraz en la cama, desnudos, y pensar en otra cosa. Pero...

Se levantó de la cama y se sirvió un tequila. Se lo bebió de un trago. No podía soportar la idea de que ella hubiera estado con otros hombres. Se sirvió otro tequila.

El timbre de la puerta le salvó de una borrachera estúpida. Se sorprendió muchísimo al ver a Antonio Oliver. Como Javier no decía nada, Oliver tomó la iniciativa.

—¿Puedo pasar? Necesito hablar contigo. Sólo será un momento.

—Claro. Perdona, pero no te esperaba —le contestó Javier, ya recuperado de la sorpresa que le causaba su visita.

—Siento lo de tu padre. —E, inmediatamente, como si se sintiera incómodo por turbar la soledad de Javier, entró en materia—: Necesitamos que te incorpores a la campaña de Pilar Ginés.

«Cualquier cosa menos quedarse en casa torturándose con memeces —pensó Javier—. Incluso trabajar para Pilar Ginés».

* * *

—Ha reunido un gran equipo. Con Tovar y Oliver detrás de ella tened por seguro que va a ganar las primarias —les dijo López Castro a Mirella y a Jaime Bosch.

«Muy atractiva —pensó Mirella tras volver a ver las imágenes de la alcaldesa de Zaragoza—. Las cámaras la quieren, y a su alrededor todo el mundo parece feliz. Si sale mucho en televisión, la convertirán de nuevo en una estrella».

Se guardó su opinión. Estaba más que segura de que ni López Castro ni Jaime la compartían. Para ellos, Pilar Ginés era alguien a quien había que destruir por todos los medios. Pero si la alcaldesa y los que la rodeaban era inteligentes —que lo eran—, y aprovechaban a su favor los

insultos y descalificaciones, entonces...

—Todos los rumores apuntan a que es lesbiana —dijo López Castro.

—Si es lesbiana y aspira a ser presidenta del Gobierno, el pueblo español debe saberlo. Puede que no le importe, o puede que sí. Pero debe saberlo antes de votar. ¿No os parece? —remachó Jaime Bosch, al que poco a poco la voz se le iba engolando cada vez más.

—No puedo estar más de acuerdo. He encargado un dossier sobre ella. Y os puedo asegurar que vamos a encontrarnos con cosas más que interesantes. Lo tendremos listo en un par de días. Pero para no estar de brazos cruzados, el rumor del lesbianismo puede empezar a aparecer desde ahora mismo en las redes sociales. Cuanto antes empecemos a dar caña mucho mejor —dijo muy satisfecho de sí mismo López Castro. Nada le gustaba más al antiguo alumno del Pilar y de la Facultad de Derecho de Madrid que diseñar una campaña sucia. En eso era un maestro.

—Perfecto —apostilló Jaime Bosch—. Esa señora se va a enterar de lo que vale un peine. En quince días estará fuera de circulación.

«Vaya par de idiotas —pensó Mirella—. Estos dos genios le van a hacer la publicidad gratis. Peor para ellos».

—Mirella, estás muy callada —dijo Jaime Bosch mientras le ponía una mano en el muslo.

—Tengo todavía un *jet lag* terrible —se disculpó. Y puso su mano encima de la de Jaime y se la acarició durante unos segundos.

«Este es el momento perfecto para dejarle —se dijo—. Ahora que está eufórico porque piensa que en un par de meses será ministro, y antes de que la voz se le engole aún más».

Tomada la decisión, se levantó y se preparó un café para despejarse.

TERCERA PARTE

19

Antes de rellenar la maleta con un equipaje de urgencia, Isabel metió el papel arrugado que le había entregado Inguanzo en el bolsillo interior de un abrigo que no usaba mucho. Hizo un rápido inventario de lo que pensaba que iba a necesitar en su nueva vida, y eligió la ropa más discreta que encontró en sus armarios.

Metió también la segunda temporada de *The Good Wife*. Julianna Margulies, abogada, madre y esposa sufriente en la serie, era una mujer que le interesaba: Isabel pensaba que tenían un carácter parecido. Y, a pesar de que se la sabía de memoria, las temporadas seis y siete de *El ala oeste de la Casa Blanca*. Para recordar a Javier eligió *Deadwood*, por Timothy Olyphant.

También metió dos libros, que siempre había querido leer —*Tokio puede esperar* y *El diablo al amanecer*— y para los que nunca había encontrado tiempo en el pasado, fundamentalmente porque fueron un regalo de bodas de una antigua compañera del colegio que ahora trabajaba en una editorial, y todo lo relacionado con esa época tan infeliz lo tenía en cuarentena. Ahora que gracias a Javier su vida había cambiado, los libros en cuestión ya no le traían malos recuerdos.

Ya estaba en la puerta cuando se acordó de Javier. Abrió de nuevo la maleta y encima de los libros y las series colocó los zapatos de tacón de la primera noche que pasaron juntos, y el conjunto negro de La Perla. Por si acaso.

A la salida se cruzó con el conserje y, tal y como le había instruido Inguanzo, le contó que se iba de viaje por unos días y le dio una generosa propina para que le regara las plantas.

La ambulancia la estaba esperando en la esquina convenida. Le había extrañado la idea de que utilizaran una ambulancia para trasladarla, pero si Inguanzo lo había decidido tendría sus razones. Cuando entró en ella aún le extrañó más que el interior estuviera completamente vacío, a excepción de una fotocopiadora estabilizada con dos barras de hierro.

* * *

El piso franco del barrio de Carabanchel era pequeño, feo y desolador. Una habitación monacal

con una cama y una mesilla por todo mobiliario, una cocina pequeña y antigua, y un salón minúsculo con un sofá raído y una vieja televisión, por supuesto sin aparato de DVD. Por lo pronto, había que olvidarse de ver series.

La calefacción estaba apagada. Se sentía un frío espantoso que hacía aún más triste el piso. Debajo del teléfono, tal y como le había advertido Inguanzo, había un cuaderno con las instrucciones a seguir. Y dentro del cuaderno dinero en metálico para sus gastos. Nada de tarjetas de crédito, le había insistido. Dejan rastro. Contó el dinero y comprobó que iba a tener que llevar una vida más que austera.

Antes de estudiar las instrucciones del cuaderno, encendió los radiadores, se puso dos jerséis y doble calcetín, y se tapó con una manta. Las instrucciones eran claras y precisas, fáciles de recordar y fáciles de ejecutar.

«Te parecerá —le había dicho Inguanzo— que tu misión es aburrida y sin importancia, pero no es así: es tan importante o más que otras. Recuérdalo cuando te entren las dudas».

Cerró el cuaderno y miró su reloj, aún faltaban tres horas para salir a su primera ocupación: ir a la tapia de un solar abandonado en la esquina de la calle y comprobar si alguien había escrito en ella un número con tiza de color azul. Revisó el piso con más detenimiento y se sentó a esperar. «Así que esto es la clandestinidad», pensó aterrada.

* * *

Guillermina Sánchez llegó al andén de la estación de Nuevos Ministerios unos minutos antes de las cinco. Dejó pasar uno de los trenes camino del aeropuerto, y justo a la hora convenida, vio aparecer por una de las bocas del andén a Lucio Inguanzo. Se alejó unos pasos y se distrajo hojeando el periódico.

Notó que entraba detrás de ella en el vagón. Una vez acomodada en uno de los asientos colocó de pie, junto a ella, su maleta de mano con la cremallera lateral abierta y dejó encima el periódico.

Dos paradas más tarde, Inguanzo se bajó del vagón. Guillermina dobló el periódico y lo metió en el lateral de la maleta. Comprobó al tacto que Inguanzo le había metido un carpeta y cerró la cremallera.

Guillermina Sánchez, recién jubilada de su puesto en la administración, era el correo que Inguanzo, su responsable en los años de clandestinidad, había elegido para transportar los documentos guardados en el piso del Camino Viejo de Leganés fuera de España.

La ciudad elegida por Alcaraz había sido Ámsterdam. Desde allí, la Fundación Percival, famosa por su defensa de la limpieza democrática, los difundiría en la red. Alcaraz, como viejo zorro de la política que era y conocedor como nadie de la idiosincrasia de sus compatriotas, consideró pocos días antes de morir que una web extranjera tendría muchas más credibilidad y seguimiento que una española.

* * *

A Julián de la Hoz le extrañó no encontrar a Isabel en su puesto cuando volvió de comer con el profesor Fuentes. Jamás se había ausentado sin avisarle antes y pedirle permiso. «Quizá ha enfermado», se dijo.

Pero, una hora después, cuando Isabel seguía sin hacer acto de presencia empezó a preocuparse. Nadie sabía nada, ni había avisado de su ausencia, ni contestaba a las llamadas, ni en su móvil ni el fijo de su casa. Mandó a un ordenanza a su domicilio para hacer averiguaciones.

—El conserje dice que la vio salir de su casa hace unas tres horas llevando una maleta. Le dijo que se iba de viaje y que en su ausencia le cuidara las plantas —le comunicó el ordenanza un tanto intimidado por estar en presencia del presidente del banco.

Peter Mallaby, al que el banquero había avisado para que estuviera presente en la conversación, sonrió para sus adentros.

—Lo siento —le dijo—, pero parece claro que ha sido su secretaria la que ha traicionado su confianza. Hice correr el rumor en el banco de que íbamos a hacer una investigación para descubrir unas filtraciones. Y en cuanto llegó a sus oídos ha volado. Suele ocurrir. Con toda seguridad ahora estará con su amante Javier García.

»He revisado sus agendas personales y de trabajo —continuó Mallaby—, y he encontrado un dato que puede ser importante. El 22 de octubre llevó por primera y última vez cinco informes al hotel Las Lanzas: «Valoración económica de los parques naturales», «Valoración de los museos de titularidad pública»...

—Sí —le interrumpió el banquero— lo recuerdo perfectamente. Pero son informes técnicos, poco comprometedores. Y además, como usted bien dice, es la única vez que utilicé sus servicios. Por mi parte, es un asunto concluido.

Mallaby prefirió no llevarle la contraria. Pero su experiencia le decía que Isabel Prieto escondía más secretos. Decidió hablar con el responsable del mantenimiento del banco.

* * *

Julián de la Hoz no perdió la compostura, le agradeció al americano su trabajo, le acompañó a la puerta, y se quedó a solas con su decepción y su furia. Isabel le había traicionado. De todas las personas que trabajaban para él, era la última que hubiera pensado que podría hacer algo tan terrible. «La condición humana, qué desastre», se dijo el banquero. Nada te preparaba para una cosa así, ni las lecturas, ni las experiencias de la vida.

Su vida no había sido fácil, desde muy joven había tenido que tomar decisiones importantes, a veces crueles, pero siempre justas, ponderadas, e inevitablemente se había creado enemigos.

Pero Isabel, su secretaria. Todavía recordaba el primer día que vino a trabajar para él, tan tímida, tan reservada, tan eficiente. ¿Quién iba a pensar que Isabel...? En fin, la vida siempre te sorprende para mal.

Dinero, sí, eso era. Lo habrá hecho por dinero. Seguramente alguno de sus enemigos le ha pagado para que le traicione. No hay otra explicación. El dinero lo mancilla todo: la amistad, el honor, la lealtad. Todo.

Una vez encontrada una explicación racional para la conducta de Isabel, Julián de la Hoz se tranquilizó y puso punto final a sus reflexiones.

Descolgó el teléfono y llamó a Mirella.

—Voy a necesitar una nueva secretaria. Si es tan amable, encárguese usted de buscarla.

* * *

Alfonso Tena terminó de comer con su prima María Fernanda y alegó excusas varias para volver a su casa inmediatamente. Adoraba a su prima y su generosidad dándole dinero a espaldas para financiar la red de Inguanzo sin hacer pregunta alguna le conmovía. Pero el tono chillón de su voz, su conversación dispersa, y su fealdad, sobre todo su fealdad, aunque le costase reconocerlo, le deprimían.

A su edad ya sólo le quedaban los placeres de la vista, así que ordenó a su chófer que en vez de volver a casa directamente vagabundease por Madrid durante un par de horas. Siempre se cruzaban con mujeres guapas a las que daba gusto mirar y recordar.

Llegó a su casa relajado y reconciliado con la vida. Guardó el maletín lleno de dinero en metálico que había recogido de casa de su prima y se preparó para una tarde intensa. Sobre la mesa de su despacho colocó noventa y nueve fichas numeradas. Cada una de ellas se correspondía con la numeración de los documentos de *Llano Amarillo* guardados en el almacén del Camino Viejo de Leganés.

Inguanzo le había proporcionado una copia de cada uno de ellos, y él con su fenomenal memoria de opositor, que todavía conservaba, los había memorizado antes de devolverlos.

Pronto llegaría el momento de iniciar su distribución en ese universo nuevo que él desconocía y que llamaban la Red. Como amante de la música que era, había pensado muy mucho el ritmo de su salida al exterior para que causaran el máximo impacto emocional.

El pueblo y la música iban de la mano, había leído en algún sitio. Los áridos y terribles documentos de una conspiración para adueñarse de su país también tocarían el corazón del pueblo y le arrastrarían a la rebelión si los hacía suyos. Quería que cada documento fuese un jinete en el cielo. Sólo la música tenía ese poder.

Había oído para inspirarse varias piezas de su música favorita y al final se había decidido por Beethoven.

Según Richter iba desgranando las notas al piano, Tena se dejaba llevar por el maestro y colocaba las fichas numeradas según el orden que le iba inspirando la Sonata para piano nº 23 en fa menor, op. 57, *Appassionata*.

20

La juez Sequeira, después de leer con detenimiento la documentación que le había traído el inspector Ramos, se quitó las gafas de leer y pensó antes de hablar, algo no muy frecuente entre españoles.

—Lo siento, pero con estas pruebas no puedo empezar una instrucción. Usted me habla de una posible conspiración, pero la justicia no trabaja con posibles. Si es cierto lo que usted piensa, y creo que puede serlo, necesito pruebas mucho más concluyentes. Su exposición, perdone que se lo diga así, es más literaria que policial. Me cuesta creer en las conexiones que usted apunta. Un juzgado no es una web dedicada a las conspiraciones.

En ese momento, sonó el teléfono. La juez contestó a la llamada con cierta impaciencia. No le gustaba que la interrumpieran cuando estaba en mitad de una conversación. Pero si su secretaria le pasaba una llamada es que era importante.

—Puede salir un momento, por favor —le pidió al inspector Ramos cuando su secretaria le comunicó quién estaba al otro lado del teléfono.

Ramos se sentó frente a la secretaria de la juez a esperar. Consultó su reloj. Esperaba que la jugada que había ideado con el subinspector Capa funcionara tal y como la había diseñado. Y confiaba en que la persona que en ese momento estuviera hablando con la juez fuera...

La juez Sequeira abrió la puerta de su despacho y le hizo un gesto para que entrara de nuevo.

—Le pido disculpas, parece que tenía razón usted. Acabo de recibir una llamada del fiscal general del Estado pidiéndome que archive el caso.

Hizo una pausa y se volvió a calar las gafas.

—A la vista de las pruebas que usted me ha presentado, voy a cursar una orden de detención a nombre de Gustavo Neira, acusándole del posible homicidio de don Luis García.

* * *

Pilar Ginés recibió a Javier con los brazos abiertos. De hecho le abrazó apretándose contra él un

poco más de lo necesario, y plantándole dos besos, uno en la mejilla, y el otro muy cerca de la comisura de los labios.

—Estoy muy contenta de que te hayas incorporado a nuestro equipo.

Javier asintió y esbozó una sonrisa de compromiso. El recibimiento le había turbado. Como hubiera dicho su padre, Pilar Ginés se lo había pasado demasiado cerca. Tenía que tener cuidado. También, como decía su padre, a uno nunca debe cogerlo el toro malo.

Javier se sentó junto a Paco Tovar y Oliver. Y ya repuesto de la primera impresión, hizo una valoración rápida y bastante exacta del aspecto de Pilar: unos bonitos y sexys zapatos de tacón, una falda un poco demasiado estrecha y un poco demasiado corta, una camisa negra un poco demasiado ajustada, las arrugas finas, elegantes y en el sitio justo, y el pelo blanco ligeramente azulado, a la italiana. Un gran conjunto. «Se lo ha currado: va a gustar, va a despertar las fantasías de muchos hombres, y la solidaridad de muchas mujeres» —se dijo.

—Ya ha empezado el ataque —comentó Oliver—. Han inundado Internet con comentarios sobre tu supuesto lesbianismo, tal y como esperábamos. Algunos hasta son inteligentes. No les importa que seas o no seas lesbiana. Pero si lo eres, ya que te presentas a la presidencia del Gobierno, debes admitirlo públicamente.

Pilar Ginés se echó a reír.

—¡Qué majos! Bueno, ¿y qué tenéis pensado que hagamos al respecto?

—Esperar a que saquen más cosas sobre ti —contestó Oliver—, y aprovechar el runrún para hacer una entrevista en un medio de máxima audiencia. Necesitamos un golpe antes de las primarias.

—De las primarias no os preocupéis, las vamos a ganar de largo. Pero me parece bien lo que ha dicho Antonio, así matamos dos pájaros de un tiro: las primarias te van a dar cobertura nacional, y con la entrevista, si elegimos bien el medio, podemos llegar a votantes nuevos. De todas formas —continuó Tovar—, yo esperaré a que tengamos los resultados de la primera encuesta que ha hecho Javier sobre cómo ha sido recibida tu candidatura.

—Me parece bien —contestó Pilar Ginés. Y se volvió a Javier—: ¿Y tú qué piensas?

—Estoy de acuerdo. Pero os aviso una cosa para que estemos todos preparados. A mitad de la campaña electoral como muy tarde, van a subir mucho, pero mucho, los precios del petróleo.

—No es mala noticia —dijo Pilar ante la estupefacción de los presentes—. Las crisis son complicadas de gestionar —continuó—. Y el gobierno en funciones tendrá que tomar medidas, y puede que se equivoquen.

Terminada la reunión, Paco Tovar le propuso a Oliver hacer un aparte.

—¿Has visto lo que yo? —le preguntó Tovar.

—Sí, nuestra amiga ha vuelto a las andadas. Va unos cuantos pasos por delante de nosotros. Ya está preparando un golpe de efecto de esos que le gustan tanto. Dejará que se extiendan los rumores de lesbianismo, los alimentará con declaraciones ambiguas, y a mitad de campaña, más o menos aparecerá una foto tórrida, «robada», tú ya me entiendes, con un hombre, a ser posible más joven que ella, como Javier.

—Un romance de campaña. Lo que más le gusta a la prensa. Ya lo hizo con Fernando. Pero entonces no le funcionó. Ahora, supongo que lo habrá diseñado mejor. Tengo que decir en su favor que no es una mala idea.

—Ya, pero habrá que avisarle.

—¿A quién? —preguntó Oliver.

—A Javier.

—No. Ya es mayorcito. Además, es mejor tenerla concentrada, si no se pondrá a buscar a otro y perderemos mucho tiempo.

—Te noto muy realista —comentó Tovar con cierta ironía.

—Qué remedio. Todo lo que sea para parar a esos hijos de puta. No te puedes ni imaginar cuánto los detesto. Sobre todo a los de nuestro partido.

La amargura de Oliver tenía muchas fuentes, pero la de esa mañana era más que explicable. Había, por fin, desayunado con sus hijos, y la reunión familiar había sido terrible. La mayor se dignó a dirigirle la palabra, evitando eso sí cualquier tema personal. Pero el pequeño —bueno, no tan pequeño, tenía diecinueve años—, se concentró en sus huevos con beicon y sólo levantó la vista del plato para decir:

—¿Cómo puedes trabajar para una persona como Pilar Ginés? A mí me daría vergüenza.

Oliver no le contestó. No valía la pena. «He criado un par de pijos —reflexionó—, dos votantes más de Vicente Ruiz». De una cosa estaba más que seguro, le esperaban unos años muy solitarios. Y la culpa era suya.

* * *

El documento número uno titulado *Llano Amarillo: conspiración en España* se colgó en la página web de la Fundación Percival a la siete de la madrugada. Pasadas las horas, nadie en las redes sociales, excepto algunos «conspiracionistas» profesionales, había demostrado interés alguno en él.

En el Banco Hispania, por el contrario, el documento traía de cabeza a varias personas.

—Dado que el paradero de su secretaria es desconocido, y que no se registran movimientos de sus tarjetas de crédito, creo que sería interesante registrar su piso para ver si encontramos alguna pista —le dijo Mallaby a Julián de la Hoz.

—Hagan lo que consideren necesario —contestó el banquero—. Pero para no quebrantar ninguna ley, permítanme que antes haga una gestión.

Levantó el teléfono y, muy a su pesar, llamó a Luis López Castro.

Mientras el presidente de la Comisión del Mercado de Valores, contento de recibir de nuevo la confianza de Julián de la Hoz, hacía gestiones con la policía para permitir un registro «legal» en el piso de Isabel Prieto —la excusa era su desaparición inexplicable y la preocupación por lo que le hubiera podido ocurrir—, ella salía del piso franco del barrio de Carabanchel para cumplir con su primera visita del día a la pared del local clausurado en la esquina de su calle.

* * *

Hacía frío y había poca gente en la calle. Isabel se acercó a la tapia y comprobó, con cierta desilusión, que no había ningún número escrito a tiza. Su siguiente visita sería a las tres de la tarde. Hasta entonces no tenía nada que hacer más que esperar. De vuelta a casa, dudó un instante si tomarse un café en el único bar de la calle, pero Inganzo le había dicho que cuanto menos se dejara ver mejor, así que volvió a su nueva casa y se tumbó vestida encima de la cama. No le apetecía leer, ni, por supuesto, pasar el tiempo viendo los programas matinales de la televisión.

Pensó en Javier. Pero, al poco, su imaginación, quizá debido a la depresión en que empezaba a sumirse, se disparó, y para su sorpresa y desasosiego le vinieron a la mente recuerdos que hacía ya tiempo que tenía enterrados. Su noche de bodas. El día D de la catástrofe. Cuando se metió en la cama con el que ya era su marido y después de cumplir con el ritual vio su cara de desilusión.

—Eres fría como un pez —le dijo de pasada mientras se servía una copa—. Pero no te preocupes que yo te curaré.

A la mañana siguiente se marchó sin decir palabra alguna, sin dar explicaciones. Y empezó el largo peregrinar que le había llevado hasta Javier.

* * *

El equipo de Peter Mallaby no dejó ni un centímetro del piso de Isabel Prieto sin revisar: cajones, estanterías, libros, colchones, armarios y, por supuesto, todas y cada una de las prendas. Su minuciosidad tuvo recompensa.

En el bolsillo interior de uno de los abrigos encontraron un papel con un número de teléfono. Podía no ser nada, pensó Mallaby cuando le pasaron el trozo de papel arrugado, o podía ser una pista. Su intuición le decía que más bien podía ser lo segundo. Por lo que había visto en el piso y en la mesa de trabajo de Isabel en el banco, esta —como buena secretaria de dirección— era ordenada al extremo, sumamente detallista. Sus agendas de trabajo eran perfectas. En la casa regía el mismo orden. Los DVD y los libros colocados alfabéticamente. La ropa de invierno separada de la de verano en distintos armarios y toda ella cubierta con fundas. Los cajones —sobre todo el de la ropa interior, en el que se detuvo un buen rato— parecían la taquilla de un marine.

Todo ello le llevó a pensar que el papel arrugado con el número de teléfono escrito por otra mano que la de Isabel —comparó la caligrafía con la de sus agendas— era un elemento ajeno a la personalidad de la secretaria. Apostaría lo que fuera a que era un número de contacto. Isabel Prieto tenía un cómplice, de eso estaba completamente seguro.

Los buenos oficios de López Castro confirmaron su intuición. El número escrito en el papel correspondía al domicilio de Lucio Inguanzo Sánchez, un antiguo dirigente comunista.

«Un comunista —pensó Mallaby—. Una conspiración comunista». Bien, mejor que mejor, él ya había tenido varias experiencias con comunistas. Sabía cómo tratarlos.

* * *

Julián de la Hoz se quedó sin habla cuando Peter Mallaby le expuso las conclusiones de su investigación. El día en que su esposa falleció, su secretaria Isabel Prieto fotocopió un documento de treinta y dos páginas —*Llano Amarillo*— en la fotocopidora de su despacho. Poco después llamó a mantenimiento para avisar de que la máquina se había estropeado y pedir que le suministraran una nueva inmediatamente. La búsqueda de la fotocopidora estropeada no había sido fácil, los servicios de mantenimiento del banco la habían reparado y ahora prestaba sus servicios en una sucursal de Palencia. Estaba claro que su secretaria era la fuente que había filtrado sus contactos con Freedom Bird a Javier García, con el que, estaba seguro, mantenía una relación sentimental. Y también de que el controlador de ambos era ese comunista: Lucio Inguanzo.

El banquero miró alternativamente a Mallaby y a Luis López Castro. La noticia le había

dejado anonadado, sin habla. Isabel y Lucio Inguanzo. Isabel pasando documentos de su banco a un comunista. Todo le resultaba incomprensible. Julián de la Hoz no era experto en maquinaciones, le resultaban ajenas. Acostumbrado a mandar y a que sus órdenes se ejecutaran de inmediato, no necesitaba conspirar ni traicionar, o eso pensaba él.

Repuesto de su asombro, preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

—El señor López Castro y yo —dijo Mallaby— pensamos que para que usted esté a cubierto si surgen complicaciones, es mejor que no esté presente cuando discutamos las medidas a tomar.

* * *

En el cuartel general de Pilar Ginés, las preocupaciones eran otras. Las primarias se habían ganado bien, por una amplia mayoría tal y como había anunciado Tovar, pero la cobertura informativa había sido escasa: el documento de apoyo al vicepresidente firmado por la presidenta Velázquez, varios ministros y exministros y numerosos altos cargos del partido les había quitado los titulares y se había convertido en la noticia de la semana. Además, tal y como predijeran Tovar y Antonio Oliver, la maquinaria de propaganda negativa del vicepresidente se había puesto en marcha para descalificar y ridiculizar a la candidata: su intención era comerse a Pilar Ginés, después escupir las sobras, y, finalmente, bailar sobre sus restos. Muy en el estilo de Karl Rove.

Javier, que había realizado las primeras encuestas de grupos, les pasó resultados poco esperanzadores. En general era poco conocida fuera de Aragón. Conseguía muy buenos resultados entre los jóvenes, pero pocos pensaban votarla —la mayoría se decantaba por la abstención o por votar a partidos minoritarios—; su estimación entre la franja de hombres entre treinta y cinco y cincuenta años era bastante baja, sobre todo en cuanto a su capacitación para sacar al país de la crisis económica y política. Las mujeres la puntuaban más alto, pero un porcentaje muy elevado la conocía poco o muy poco. En general, se la seguía viendo como una política local, interesante, simpática, con buena voluntad, pero nada más.

La entrevista a la que se dirigían era el primer paso para romper esa tendencia. Habían elegido un programa de máxima audiencia y un entrevistador, Luis Salgado, de los llamados serios pero incapaz de resistirse a las preguntas indiscretas o polémicas. No tenía, repetía ufano, pelos en la lengua.

Justo antes de llegar a los estudios de televisión, Pilar Ginés, que iba sentada junto a Javier en el asiento de atrás del coche, esbozó una sonrisa y tranquilizó a su plana mayor.

—Se van a enterar —les dijo con gran aplomo.

* * *

Isabel salió de la casa para su nueva cita con la tapia a las tres de la tarde. Seguía sin haber ningún número escrito con tiza. Volvió sobre sus pasos y se encerró en el piso para ver la entrevista con Pilar Ginés que la cadena llevaba anunciando todo el día a bombo y platillo, dejando entrever en sus mensajes que iba ser no sólo política sino también personal.

Isabel sólo conocía a la candidata por las fotos de los periódicos y por algunas imágenes en televisión que no le habían gustado. Tenía interés por ver en directo y a la persona a la que estaba ayudando a ser presidenta del Gobierno sin que ella lo supiera. Y por la que vivía en ese piso

deprimente alejada de todos y todo.

Encendió la televisión y se prometió a sí misma ver la entrevista sin prejuicios. Unos días antes, cuando ganó las primarias, vio cómo se abrazaba y se besaba efusivamente con sus colaboradores. Y eso no le gustó. Sobre todo porque —eso creyó ver— se abrazó demasiado tiempo a Javier.

* * *

La entrevista empezó bien. Pilar Ginés contestaba a las preguntas procurando huir de los tópicos tan comunes entre los políticos. Así, cuando Salgado le preguntó por la diferencia amplísima que Vicente Ruiz le sacaba en las encuestas, no contestó con respuestas de manual: «Las encuestas son sólo eso encuestas»; o «la única encuesta válida son las urnas».

—Creo que está equivocado. En nuestras encuestas el vicepresidente no me saca dieciocho puntos, me saca veinticinco —replicó para sorpresa de todos—. Pero quedan cincuenta y cuatro días para las elecciones. ¿Quién sabe? Un presidente americano, Truman, empezó la campaña aún peor que yo, y al final ganó.

—¿Y qué hizo? —preguntó irónico el entrevistador, que por supuesto conocía a Truman sólo de oídas.

—Exactamente lo que voy a hacer yo, hablar con el pueblo y pedirles el voto.

—¿Nada más? —interrumpió Luis Salgado, que como todos los periodistas que intentan ser elevados y profundos, detestaba las respuestas cortas que le impedían desplegar sus conocimientos y ser el verdadero protagonista. Decidió atacarla—: La idea es bonita pero un poco naif. Me parece poco ideario para alguien que quiere ser presidenta del Gobierno en un tiempo tan difícil como el que estamos viviendo.

—No lo crea —le contestó Pilar Ginés desplegando su mejor sonrisa—. Si lo piensa bien, se dará cuenta de que es la única opción. Ellos tienen la propaganda y el dinero, que es mucho, pero nosotros tenemos al pueblo, y el pueblo tiene los votos. Y mientras exista la democracia, los votos valen más que la propaganda o el dinero.

—¿Cuando se refiere a ellos, le importaría concretar más?

—Por supuesto, ellos son el vicepresidente y una parte de su partido. La presidenta Velázquez y, por desgracia, una parte de mi partido. Banqueros, líderes de opinión, directores de periódico... En fin, los sospechosos habituales.

Luis Salgado se dio cuenta de que estaba perdiendo el control de la entrevista. Había pensado encontrarse con una política provinciana, un tanto pardilla, a la que podría golpear de un lado a otro del cuadrilátero —tal y como le había prometido a Jaime Bosch y al vicepresidente—, y ahora el que estaba contra las cuerdas era él.

«Lo mejor —se dijo— es olvidarse de la política y entrar a matar». Empezó con circunloquios.

—Sé que esta es una pregunta un tanto incómoda para usted, pero no tengo más remedio que formularla. El derecho a la información en una democracia es sagrado...

Pilar Ginés le interrumpió entre divertida y coqueta.

—No puedo estar más de acuerdo. Usted se debe a su audiencia, y yo también. Así que, si quiere preguntarme sobre mi vida amorosa, hágalo. En realidad, dado que acabo de cumplir

cincuenta y dos años, me siento halagada de que tanta gente esté interesada en ella.

Luis Salgado casi se cae de la silla. Esperaba reticencias, indignación, todo menos eso. Tomó aliento y dejó a un lado los circunloquios, aunque no la verborrea.

—Se lo agradezco. Mi pregunta es muy directa, y puedo asegurarle que me siento incómodo haciéndola, pero la obligación de un periodista, como ya he dicho, es informar, y la pregunta está en la calle. Y, por eso, le rogaría que la contestara con la mayor sinceridad posible. Nos están viendo millones de españoles, y usted puede ser la próxima presidenta del Gobierno...

Hizo una pausa para dar mayor dramatismo a la pregunta, y Pilar Ginés la aprovechó para volver a interrumpirle.

—¿Cuál es la pregunta?

Luis Salgado tragó saliva. La entrevista se le iba de las manos. Se iba a enterar.

—Mi pregunta es si usted oculta sus tendencias sexuales, legítimas, por supuesto, para no dañar su carrera política.

—A ver si lo entiendo. ¿Me pregunta usted si tengo una vida sexual secreta?

—Efectivamente.

Pilar Ginés miró a cámara, cruzó y descruzó las piernas y con una sonrisa entre picara y divertida, contestó simplemente:

—Ojalá.

* * *

Isabel apagó la televisión y se quedó quieta, muy pensativa. Es mayor —se dijo—, pero muy atractiva y muy inteligente. Y yo soy —bueno, era— sólo una secretaria. Él estará ahora con ella hablando de cosas interesantes, pasándolo bien. Poco a poco se irá olvidando de mí.

Se levantó del sillón de un salto. No quería autocondolecerse e imaginar cosas que la deprimían. Lo mejor era pensar en positivo, ocupar su mente. De los dos libros que había traído, eligió el que ella pensó más adecuado para ahuyentar fantasmas, y se metió en la cama a leer. Pero pasados unos minutos tomó una decisión drástica: abandonó el libro, se quitó el pijama y se puso su conjunto negro de La Perla. Tras mirarse en el espejo, se metió en la cama, apagó la luz y pensó en Javier. Al poco, estaba tiritando de frío pero había recobrado la confianza en sí misma.

* * *

—Ese «ojalá» nos va a dar muchos votos —dijo Paco Tovar, de regreso de la entrevista.

Pilar Ginés, que iba sentada en el asiento trasero, esta vez un poco más pegada a Javier, no contestó. Sus pensamientos estaban en otra parte. Había dejado la entrevista atrás y estaba ya pensando en el futuro.

—Javier, ¿cuándo va a subir el precio del petróleo?

21

A pesar de que había cumplido a rajatabla las instrucciones de Encarnación y no había avisado a nadie, el crematorio se llenó de viejos amigos y camaradas que se habían enterado y querían despedir a su mujer. Hacía un frío espantoso, tal y como Encarnación había previsto.

Lucio Inguanzo volvió a su casa paseando. Cuando un coche invadió la acera y se interpuso en su camino, supo que había llegado el momento. Como le había ocurrido siempre, desde su primera detención, le asaltó el miedo. Ahora, la cuestión era dominarlo para que ellos no lo notaran. Esa era la primera victoria. La segunda, medir bien los tiempos. Si no había calculado mal, tendría que resistir cuarenta y ocho horas para que el Ruiseñor pudiera completar su misión.

Le metieron en el coche y le pusieron una capucha negra. Después de más de una hora de viaje, llegaron a un almacén de un polígono a las afueras de Madrid. Lucio Inguanzo era un hombre bragado, pero ya hacía mucho tiempo —más de treinta años— que no sufría un interrogatorio con sus correspondientes palizas. Quizá, todos estos años viviendo en paz y sin miedo le habían ablandado. Había llegado el momento de saberlo.

* * *

—He estudiado su biografía —le dijo Peter Mallaby con su suave acento sudamericano— y sé que usted era un experto en interrogatorios. Pero le advierto que las técnicas han evolucionado y que usted ya no es un hombre joven. No me gustaría hacer sufrir a un anciano. Así que usted decide: si prefiere responder a mis preguntas y marcharse a su casa, o, si, por el contrario...

—Prefiero lo contrario —le interrumpió Inguanzo.

La respuesta descolocó a Mallaby que tardó unos instantes en reaccionar. Pasó al segundo paso del manual: intimidar al detenido, humillarlo, asustarlo y desorientarlo.

—Desnudadlo —les dijo a sus subordinados—. Le advierto que si hay gente a la que odio es a los comunistas —continuó Mallaby —, incluso más que a los terroristas islámicos. Me gusta hacerlos sufrir.

Pero Inguanzo no le estaba escuchando, su mente estaba en otra parte: en Clermont-Ferrand, cuando como un joven huido de la represión franquista trabajaba en la fábrica Michelin. Quizá el momento más feliz de su vida. Allí había conocido a Encarnación, hija de exilados, y el día 24 de noviembre habían hecho el amor por primera vez en una pensión destartalada. Para él fue la primera vez, y recordaba todos los detalles. Empezó a subir las escaleras de la pensión.

Con el viejo ya desnudo, Mallaby hizo un gesto a sus colaboradores. Tumbaron a Inguanzo sobre una mesa y le pusieron una toalla sobre la cara. Lentamente, empezaron a echar agua hasta que la toalla se empapó e Inguanzo empezó a ahogarse. Lo que no sabían es que, en ese momento, él acababa de ver desnuda por primera vez a Encarnación.

Los esbirros levantaron la toalla para que Inguanzo no muriera de asfixia. Pocos segundos después repitieron la operación.

Mallaby salió a fumar un cigarrillo mientras sus chicos se encargaban de la parte física del interrogatorio.

Junquera, que había coordinado la logística por parte española, le acompañó. Había pedido permiso para asistir al interrogatorio. Él era un policía muy joven cuando Lucio Inguanzo pasaba un día sí y otro no por la Dirección General de Seguridad, pero había oído hablar mucho de él a sus mayores. Para los torturadores franquistas de la época era una leyenda. Una leyenda torturada, pero también respetada. Tenía curiosidad por ver lo que ocurría con las nuevas técnicas de interrogatorio de los americanos. Aunque, visto lo visto, ya se había formado una opinión.

—No le vais a sacar nada —le dijo a Mallaby.

—Sí, se lo vamos a sacar. Al final, todo el mundo se derrumba. Hazme caso —le contestó con cierta displicencia.

«Este no, gilipollas», pensó Junquera mientras aplastaba la colilla con el pie. «Este no es uno de esos terroristas de mierda a los que estás acostumbrado».

—Bueno, ojalá tengas razón. Pero mira que lo dudo. Llámame cuando me necesites.

Y se dirigió a su coche. Mallaby encendió otro cigarrillo. «Estos españoles —se dijo— siempre tan arrogantes y tan poco instruidos». El arte del interrogatorio moderno mezclaba a partes iguales la tortura clásica —golpes, insultos, etcétera— con la sutileza psicológica. Por eso era infalible. Además, ellos no eran nazis, ni chequistas. Prestigiosos hombres de leyes e importantes analistas políticos americanos e ingleses avalaban estas prácticas como última línea de defensa de la civilización occidental.

Consultó su reloj y volvió a entrar en el local. Era el momento de empezar la segunda fase del interrogatorio.

* * *

Treinta y siete horas después, a pesar de los esfuerzos del paramédico que siempre estaba presente, Lucio Inguanzo murió de un fallo cardíaco. Mallaby llamó a Junquera.

—Puedes pasar a recogerlo.

—¿Y? —preguntó Junquera.

Mallaby tardó unos instantes en responder.

—Nada, no ha dicho nada.

* * *

El profesor Fuentes salió de la reunión con sus colaboradores —catedráticos de derecho constitucional en su mayoría— muy cansado, pero con una sonrisa de satisfacción. Bajo el brazo llevaba cincuenta hojas con las modificaciones de la Constitución.

—Ya está. Ya se lo podemos entregar a don Julián.

Mirella le acompañó al despacho del banquero, pero se quedó fuera mientras don Julián y Jaime Bosch repasaban el texto bajo la atenta mirada del profesor Fuentes. Puntilloso y atento al estilo, don Julián corrigió unas comas aquí y allá, y dio por buena la redacción. Jaime Bosch leyó las anotaciones de un tirón y las aprobó en nombre del vicepresidente.

—Ha hecho usted un gran servicio al país. Le felicito y le agradezco su dedicación. Su trabajo, como siempre, ha sido excelente —le dijo el banquero a un emocionado profesor Fuentes.

* * *

Una hora después, Peter Mallaby se despidió de don Julián. Su trabajo había terminado y con éxito. La filtración estaba sellada. Había sido un incidente aislado con una única responsable: Isabel Prieto. El interrogatorio de Inguanzo —del que ahorró al banquero los detalles— había confirmado que este era el último eslabón de la cadena. Las técnicas de interrogatorio modernas eran totalmente fiables. Si el viejo comunista escondía algún secreto se lo hubiera sacado, de eso podía estar seguro.

Julián de la Hoz asintió a las palabras del americano. Al día siguiente enviaría el texto de la nueva Constitución al hotel Las Lanzas.

—Una cosa más —dijo el americano—, por no dejar ningún cabo suelto, me gustaría mañana poder seguir discretamente a su mensajero, siempre y cuando a usted le parezca bien.

—Pensaba que ya daba usted por cerrado el caso —le contestó don Julián un poco intranquilo.

—Lo está, no se preocupe. Pero no cuesta nada hacer una última comprobación de seguridad. Por supuesto, mi actividad de mañana no supondrá gasto alguno para usted. Es más bien política de empresa, para dar ejemplo y que los empleados sepan que siempre hay que trabajar no al cien por ciento, sino al ciento diez por cien.

—Tiene usted mi permiso. Y le agradezco el detalle, dice mucho de su profesionalidad y de por qué su país funciona como funciona.

«Le mandaré unas botellas de vino de regalo —pensó. Pero ahora que ya no estaba Isabel se encontraba un poco perdido—. En otro momento, cuando Mirella me encuentre a la nueva secretaria».

Le acompañó a la puerta y tras un apretón de manos volvió a sentarse a su mesa. Ahora ya estaba totalmente tranquilo.

* * *

Alfonso Tena se topó con el obituario de Lucio Inguanzo mientras desayunaba en la cama. Al ser un hombre religioso, rezó una oración por su alma. Pero al ser también un hombre cultivado, cuando sus ojos se posaron en el crucifijo que tenía en la pared, no pudo por menos de recordar el famoso verso de Rimbaud: «*Cristo / Oh Cristo / eterno ladrón de energías*».

Se vistió y llamó a su chófer —por ahora, se negaba a llamarle conductor.

—Roberto —le dijo cuando entró en el coche—. Eche a andar un par de kilómetros y cuando

encuentre una cabina que funcione, pare.

El chófer cumplió las instrucciones del expresidente, aunque le costó encontrar una cabina que funcionase.

—Llame a este número —le tendió un papel con un número de teléfono apuntado— y cuando le contesten, diga cuatro. Y cuelgue. Recuerde, sólo diga cuatro.

Roberto, acostumbrado a lo que él consideraba extravagancias de su patrón, cumplió a rajatabla sus instrucciones.

De vuelta a casa, Alfonso Tena pensó en las ventajas de ser de derechas de toda la vida en comparación con ser de izquierdas de toda la vida como Lucio Inguanzo. Era injusto, pero el mundo funcionaba así desde el principio de los tiempos. Era inútil cambiarlo. Quizá, y con una gran esfuerzo, se podía mejorarlo. Aunque tampoco estaba muy seguro de eso. Se encerró en su despacho y se volcó en la lectura de una de las novelas de Maigret. Había decidido reelerlas de la primera a la última. Eran una gran defensa contra la melancolía.

* * *

Al Ruiseñor no le dio tiempo a leer el periódico, estaba demasiado ocupado, y, por tanto, no se enteró de la muerte de Inguanzo. Aquel era el día más importante de su vida y no podía cometer ningún fallo. Chequeó en su mente los pasos a dar antes de salir hacia el banco. Se guardó los billetes de tren y de avión, y más por calmar los nervios que por necesidad —se los sabía de memoria— repasó una vez más los horarios. Antes de marcharse pensó que las cartas ya estaban echadas y que no tenía necesidad de buscar una cabina. Dentro de unas horas todo habría terminado, para bien o para mal. Descolgó el teléfono y marcó el número de contacto que meses atrás le había dado Inguanzo. Como siempre contestaron al tercer timbrado.

* * *

Isabel llegó a la tapia a la hora convenida. El número cuatro —escrito con una tiza de color azul— se distinguía perfectamente entre un graffiti y una inscripción que rezaba: «Luisa puta».

Se encaminó al metro e inició un lento peregrinar hasta llegar a la calle del Camino Viejo de Leganés, donde estaba el almacén con los documentos. Cogió el marcado con el número cuatro, y, sin mirar su contenido, lo metió en una carpeta. Antes de entrar de nuevo en el metro, se compró el periódico. Cuando el tren se dirigía a la estación de Nuevos Ministerios, en la página 23 del diario El Globo se dio de bruces con la noticia: «Muere en Madrid de un ataque al corazón el histórico dirigente comunista Lucio Inguanzo Sánchez».

No pudo seguir leyendo. Por fortuna aún quedaban cuatro estaciones hasta llegar a su destino. Cerró los ojos e intentó no llorar.

En el andén de Nuevos Ministerios, portando en la mano las memorias de Azaña —su identificación— la estaba esperando Guillermina Sánchez. Se besaron y abrazaron como si se conocieran de toda la vida, y mientras lo hacían Isabel le pasó el documento número cuatro.

Isabel creyó ver en los ojos de Guillermina la misma tristeza que en los suyos. A la salida del metro, compró unas flores y guardó el periódico. Ya en el piso franco, recortó la foto de Inguanzo del periódico y a su lado puso las flores. Unos minutos más tarde, recogió su conjunto negro de La Perla y lo guardó en el fondo de la maleta.

* * *

Mirella entró en el despacho de Julián de la Hoz para recoger el documento titulado *Una nueva Constitución española*, y trasladarlo al hotel Las Lanzas.

—Mirella, haga el favor de llevar estos papeles al hotel. Y tenga mucho cuidado. Como bien sabe, hemos tenido algunos problemas, y sería una desgracia que estos documentos cayeran en las manos de gente sin escrúpulos.

—Lo tendré, don Julián, no se preocupe —le contestó Mirella Dubois, alias el Ruiseñor, mientras metía el documento en su maletín—. En cuanto lo entregue, le llamaré inmediatamente para que se quede usted tranquilo.

—Muchas gracias.

Mirella salió del despacho de don Julián y se dirigió al baño de la planta noble. En su camino se cruzó con Mallaby. Le dedicó una sonrisa y entró en el aseo. Allí, como había ocurrido en todas las anteriores ocasiones, una señora de la limpieza la esperaba. El trueque de maletines duró menos de un segundo. La señora de la limpieza le pasó un maletín exactamente igual al suyo y escondió el de Mirella en un doble fondo de su carrito de la limpieza.

Mirella salió la primera y al ver a Mallaby en el pasillo, decidió bajar por las escaleras. Estaba segura de que la seguiría, y así dejaba libre el camino a la limpiadora.

No se equivocó: Mallaby la siguió, tal y como ella esperaba, escaleras abajo a una prudente distancia. Mientras, la señora de la limpieza, empujando su carrito, cogió el ascensor de servicio y bajó al sótano. Allí sacó el maletín de Mirella, lo ocultó en una bolsa de unos grandes almacenes y salió a la calle por la parte de atrás del banco. Aparcada en la acera de enfrente la esperaba la misma ambulancia que había transportado a Isabel al piso franco. Dentro de la ambulancia, además del conductor había dos jóvenes en la parte de atrás. Abrieron el maletín de Mirella, sacaron el documento y empezaron a fotocopiarlo, al tiempo que el conductor activaba las sirenas y sorteando el tráfico se dirigía a toda velocidad hacia el hotel Las Lanzas.

Mientras, Mirella, sentada en el asiento trasero del coche de Julián de la Hoz, puso sobre sus rodillas el maletín idéntico al suyo lleno de papeles de periódico y giró con cuidado la cabeza para ver si Mallaby la seguía.

Así era, un coche azul no los perdía de vista. Se tranquilizó cuando oyó la sirena de una ambulancia que hizo que todos los coches se echaran a un lado para dejarla pasar.

* * *

El chófer de don Julián aparcó en la puerta del hotel y Mirella se dirigió apresuradamente hacia la zona de ascensores. Bajo ningún concepto quería que Mallaby subiera con ella. En la planta tres la esperaba uno de los jóvenes de la ambulancia. Se intercambiaron maletines y el ascensor siguió hasta la séptima planta.

En la suite había pleno. Jaime Bosch, picado en su orgullo por la ruptura, la saludó con frialdad. Mirella abrió el maletín y le hizo entrega del texto de la nueva Constitución. Bosch, sin decir palabra alguna lo revisó, se lo pasó a Luis López Castro y este lo metió en la caja fuerte donde guardaban los informes y documentos de la conspiración *Llano Amarillo* que ella, durante los últimos meses —con la ayuda del operativo de Inguanzo—, había estado fotocopinando. Pronto, bajo la batuta de Alfonso Tena, irían saliendo a la luz en el momento más adecuado.

Pero todo eso ya no era de su incumbencia. Ella ya había cumplido con el trato que hizo con el expresidente Alcaraz. Ahora, podía dedicarse por entero a sus negocios. Salió de la suite y llamó a don Julián.

—Ya está entregado.

Se cruzó con Mallaby cuando este salía del ascensor, y se volvieron a intercambiar sonrisas. Él se encaminó a la suite 727 y ella cogió el ascensor de bajada.

—Déjeme en la calle Goya esquina con Serrano, tengo que hacer unos recados antes de volver al banco —le dijo al conductor de don Julián cuando se subió al coche.

En cuanto el coche desapareció entre el tráfico lo primero que hizo Mirella fue tirar su móvil a una papelera. No quería que a través de él rastrearán su ubicación. Echó a andar en dirección a Atocha. Su AVE a Sevilla salía en tres cuartos de hora y quería llegar a cogerlo justo con cinco minutos de antelación para evitar encontrarse con alguien conocido en la estación. Cuando dos horas y media después llegara a Sevilla, iría directamente al aeropuerto para tomar el vuelo con destino a Nueva York y de ahí a San Francisco. Si su desaparición despertaba sospechas inmediatamente —lo que consideraba bastante probable— sabía que Mallaby investigaría primero los vuelos que salían del aeropuerto de Barajas. Tardarían un tiempo en ponerse a buscar en otras capitales.

La llamada del fiscal general descompuso a López Castro. Inmediatamente se puso en contacto con Alfredo Junquera.

—Alfredo —le dijo con voz temblorosa— esta noche han detenido a uno de tus chicos. Un tal Gustavo Neira.

—No te preocupes —le contestó Junquera—, es un tipo bragado, no dirá nada. Además, no tienen pruebas contra él, ya me he encargado yo de eso. Estate tranquilo.

Pero se lo decía con la boca pequeña. Sabía por experiencia que una vez que empezaban las detenciones, más tarde o temprano todo el mundo intentaba salvarse echando mierda hacia arriba. Y la primera oleada le iba a alcanzar a él.

Había que ponerse en marcha y dejar resueltas algunas cosas.

Pasó por la farmacia y se compró una caja de Levitra, después recogió a Maribel y a pesar de sus reticencias —era muy friolera— se fueron al chalet de la sierra. Para dar tiempo a que la calefacción calentara un poco la casa, y, sobre todo, el dormitorio, la llevó junto al castaño del jardín.

—Aquí hay enterrado un paquete con doscientos mil euros en metálico. Para que vayas tirando si me pasa algo y congelan nuestras cuentas.

Maribel le miró preocupada.

—¿Qué ocurre, Alfredo? ¿Te has vuelto a meter en un lío?

—No lo sé todavía, pero es mejor tomar precauciones.

Consultó su reloj y calculó que el dormitorio estaría ya templado.

Maribel se quedó un poco extrañada de la fogosidad y de la imaginación de su marido, pero Alfredo era así. «Y después de tantos años», pensó satisfecha mientras encendía un cigarrillo. Eso es lo que la tenía totalmente enamorada.

Pero cuando su marido le quitó el cigarrillo y volvió a la carga, Maribel intentó oponer una débil resistencia.

—Alfredo, que ya no somos unos niños.

—Ya, pero puede ser que tenga que pasar un tiempo sin verte.

* * *

—Mirella está libre de toda sospecha —informó Mallaby. La había seguido en su trayecto del banco al hotel y todo estaba en orden. Los documentos de la operación *Llano Amarillo*, incluido el más comprometedor de todos: el texto de la nueva Constitución, descansaban a buen recaudo en la caja fuerte de la suite 727. No había nada más de que preocuparse.

Julián de la Hoz se sintió enormemente aliviado por las explicaciones del americano. La traición de Isabel ya la tenía descontada, pero si Mirella hubiera estado implicada, la catástrofe habría sido de dimensiones incalculables.

Había sido un acierto contratar a un profesional tan cualificado como Peter Mallaby «Lo más importante en la vida es tomar las decisiones adecuadas, saber delegar, y confiar en los mejores», reflexionó el banquero, quien por primera vez en los últimos días se sintió en paz.

Por su parte, Mallaby, ya en su hotel, revisó con cuidado la factura de sus servicios, se duchó y bajó al bar para recoger a su equipo e invitarles a cenar en el restaurante asiático. Se lo merecían. Era bueno relajarse juntos después de una operación, aunque hubiera sido tan sencilla como esta. Hacía equipo. Cuando se sentó a cenar, después de haberse bebido dos martinis, a Mallaby le asaltó una duda: ¿Y si el viejo comunista le hubiera engañado —no quiso ni pensar en la palabra vencido— y se hubiera llevado su secreto a la tumba? «Imposible —se dijo—. Imposible de todo punto».

Jamás le había ocurrido una cosa así en toda su carrera. Probó el pato laqueado. Estaba excelente, pero no tenía mucho apetito. Seguramente la culpa la tenían los martinis.

* * *

El inspector Ramos detuvo a Gustavo Neira a la caída de la tarde en un gimnasio de artes marciales muy cercano a su domicilio. Le mostró la orden de detención firmada por la juez Sequeira y tras informarle en tono seco y profesional de la acusación de asesinato que pesaba sobre él, se lo llevó a la comisaría. En el trayecto no cruzó palabra alguna con el detenido.

Siguiendo una táctica por la que era conocido y temido, pospuso el interrogatorio hasta la mañana siguiente. Sabía por experiencia que las horas de angustia, incertidumbre y soledad ablandan la resistencia de los detenidos y les permiten pensar con mayor claridad en su futuro. Cuando llegaban a la sala de interrogatorios la mayoría sólo tenía un deseo: salvarse lo más posible de la quema.

Gustavo Neira no fue una excepción a la regla. En cuanto le enseñó los retratos robot, y la puntilla que habían encontrado en su piso —que él, como coleccionista de armas blancas, había guardado de recuerdo—, perdió su bravuconería inicial, y, acogiéndose a una difusa promesa de que una confesión en regla le salvaría de algunos de los muchos años de cárcel que le iban a caer, cantó de plano.

Dos horas más tarde, una vez firmada su confesión, lo remitió a la juez Sequeira quien a su vez dictó un auto de prisión incondicional, en régimen de aislamiento, en el que le acusaba de participar en calidad de cómplice en el asesinato de Luis García.

Mientras Gustavo Neira salía esposado de los juzgados en dirección a la cárcel de Alcalá Meco, la juez Sequeira firmó una nueva orden de detención, esta vez a nombre de Alfredo Junquera, y se la pasó al inspector.

—Si usted no tiene inconveniente, señoría, me gustaría posponer su detención un par de días.

—¿Razones? —le conminó la juez.

—Seguir sus pasos para saber a quién pide ayuda. También me gustaría intervenirle los teléfonos.

La juez asintió.

—¿No habrá riesgo de fuga?

—Por lo que sé no es su estilo, y además lo tengo bajo vigilancia las veinticuatro horas del día.

—De acuerdo, pero sea cuidadoso, no me gustaría que me apartaran del caso por algún error de procedimiento —le dijo mientras le mostraba la lista de llamadas que le había pasado su secretaria—. Sólo falta por llamar el presidente Obama —le comentó con ironía.

* * *

Alfonso Tena había elegido el documento número cuatro —el acta de la reunión de Julián de la Hoz, el embajador Sorensen, y la élite de la finanzas españolas— con un triple objetivo: poner en evidencia a su antiguo compañero de colegio —sabía muy bien que a Julián las contrariedades le descomponían—; sembrar la inquietud entre los financieros que asistieron a la reunión —siempre tan preocupados por la opacidad de sus actuaciones—; y, por último, dar un ligero toque de atención a Freedom Bird —cuya regla de oro era el secretismo más absoluto— para que empezasen a bullir en las cabezas de sus responsables las dudas sobre su relación económica-política con el banquero español.

* * *

En cuanto la Fundación Percival colgó el documento, las previsiones del expresidente empezaron a cumplirse en cascada.

María Fernanda Tena —por indicación de su primo— fue la primera en llamar al banquero, indignada.

—Julián, lo que ha ocurrido es intolerable. Pensaba que había asistido a una reunión privada y me encuentro con mi nombre en Internet en una lista de conspiradores para vender España al mejor postor.

—No sé de qué me estás hablando —le contestó seco el banquero.

—Pues, si no sabes de qué te estoy hablando, dile a una de tus secretarias que entre en la página web de la Fundación Percival y te enteras: gilipollas.

Y le colgó el teléfono más que satisfecha. Se iba a meter sus chistecitos sobre ella por donde le cupieran.

Julián de la Hoz, al escuchar la palabra Percival, tal y como había previsto Alfonso Tena, se descompuso. Se encerró en el baño y vomitó el desayuno. Entre arcada y arcada recordó que María Fernanda Tena le había llamado gilipollas. Y como no estaba acostumbrado a que nadie le insultara en su cara, siguió vomitando hasta que vació por completo su estómago.

* * *

Mallaby recibió la llamada del banquero cuando estaba a punto de subir al avión. Como profesional de primera que era, no anuló el viaje: prefería estar lejos de la justicia española si las cosas se complicaban, y estaba seguro de que se complicarían. «Ese viejo cabrón comunista me ha ganado la partida», pensó con amargura mientras despegaba el avión.

* * *

En Washington, en la sede de Freedom Bird, la noticia fue recibida con mucha más tranquilidad. Sobre todo, por su presidente Jaimie Barrister. En la compañía estaban muy acostumbrados a los ataques de periodistas de investigación, blogueros y demás enemigos de la libertad de mercado absoluta. Y su departamento de comunicación sabía perfectamente cómo manejar esas situaciones.

—Los latinos no saben guardar secretos. Ese defecto les viene de su herencia católica —le dijo a Barrister el embajador Sorensen, que, como buen calvinista, siempre había considerado a los italianos y españoles demasiado exuberantes y locuaces—. No creo que debamos preocuparnos. Julián de la Hoz es un hombre serio, la filtración habrá venido de otra fuente.

A Barrister la explicación de Sorensen le gustó. Uno de sus grandes aciertos había sido rodearse de antiguos servidores públicos, cosmopolitas, con conocimiento de otras culturas, de otras formas de pensar, que le abrían los ojos y le ayudaban a comprender las particularidades de sus socios extranjeros.

Julián de la Hoz era un buen socio y un antiguo amigo, y la operación que con su ayuda iban a realizar en España era excelente. No pensaba, ni por asomo, que se fuera a torcer por una pequeña indiscreción. Le pidió a su secretaria que llamara al banquero. Conociéndole como lo conocía sabía que estaría preocupado y avergonzado. Había que animarlo.

Aun así, después de charlar un buen rato con su amigo español y antes de abandonar su despacho para asistir con su esposa a una recepción, llamó a uno de sus vicepresidentes.

—Reúne un pequeño equipo de tu confianza y empieza a trabajar en un plan alternativo por si tenemos que desviar las inversiones previstas para España. Procura que nadie se entere.

* * *

La llamada de Jaimie tranquilizó a Julián de la Hoz. El tono desenfadado y jocoso con el que el antiguo piloto de la Marina le comentó el incidente le quitó un gran peso de encima. «Todo va bien, no te preocupes —le dijo—. Es una tontería sin importancia. Ya sabíamos que iba a ocurrir algo así, siempre pasa. Hay muchos locos por ahí sueltos a los que les encantan las conspiraciones, pero sólo les hacen caso otros locos como ellos».

Agotado, se sentó a descansar y encendió la televisión para ver las noticias. La subida drástica del precio del petróleo había sido recibida con alarma por parte de algunos grupos de agricultores. Un centenar de ellos habían cercado con sus tractores una gasolinera en Andalucía impidiendo la distribución de combustible. No le prestó mayor atención. Cerró los ojos y recordó a su mujer. La echaba mucho de menos.

* * *

Mirella sentada en su incomodísimo asiento de clase turista, esperó a que el avión se estabilizara para cerrar los ojos e intentar dormir. No lo consiguió y, sin saber por qué, se puso a pensar en Fernando Alcaraz.

Seis meses antes, unos días después de que Isabel Prieto fotocopiara en secreto *Llano Amarillo* y se lo llevara al expresidente Alcaraz, Mirella, al salir del baño, se detuvo unos instantes delante del espejo.

«El tiempo se me va acabando», pensó. Le quedaban pocos años para convertirse en una persona mayor. O, lo que aún era peor: en una mujer mayor. Los cincuenta eran una edad terrible para alguien como ella. A esa edad se comienza a ser invisible en la vida y en el trabajo, y ninguna operación de estética lo podía remediar. Las oportunidades se desvanecían, y ya sólo quedaba pelear por no perder lo conseguido.

Mirella, teniendo en cuenta sus orígenes humildes —tan humildes que cuando empezó su escalada cambió su primer apellido, Díaz, tan vulgar, por el mucho más sofisticado Dubois—, había conseguido mucho. Un buen sueldo, un más que aceptable plan de pensiones y un piso en propiedad. Pero nada comparable a las fortunas que habían amasado los altos directivos del Banco Hispania, como Beatriz del Álamo, engañando y saqueando a los pequeños accionistas y a los ciudadanos.

En todo caso, su estatus económico no era suficiente —así lo creía ella— para enfrentarse a la decadencia. Por esa razón, práctica y analítica como era, llevaba varios años diseñando un plan para asegurarse un futuro aceptable. Pero para poder ponerlo en práctica necesitaba una oportunidad. Un golpe de suerte.

Cuando don Julián la llamó para participar en la operación *Llano Amarillo*, comprendió al instante que había llegado su momento. Tantos años rozándose con el poder financiero, tan previsible en su avaricia, y tantos años comprando voluntades de académicos, periodistas y líderes de opinión —tan previsibles en sus vanidades, miserias y obediencias al poder económico—, la habían convertido en una experta en los mecanismos mentales de los poderosos y sus servidores.

Llano Amarillo era su oportunidad. ¿Pero cómo utilizarla a su favor? Ese era el problema.

La solución, como suele ocurrir, le salió al encuentro por casualidad.

* * *

«No sé por qué perdemos el tiempo escuchando a Alcaraz —le dijo Jaime Bosch, su pareja entonces, cuando se empeñó en ver la entrevista del expresidente con Lucía Flores—. Alcaraz es el pasado».

«El pasado nunca muere —se dijo—, y a veces vuelve para vengarse. Lo importante es saber cómo utilizarlo».

Antes de tomar una decisión, le pidió a su amigo Manny que le hiciera una visita a Madrid para poder hablar de negocios con tranquilidad. Mirella le expuso su plan mientras desayunaban en el hotel donde se alojaba. Manny era gran aficionado a las películas y libros de la Mafia. Los mejores financieros del mundo. Unos adelantados a su tiempo, decía siempre cuando hablaba de los Luciano, Gambino y Corleone. Le contestó con una frase de *El Padrino*:

—Difícil pero no imposible.

Manny se encerró a repasar las cifras del Banco Hispania que Mirella había ido recopilando en secreto durante los últimos cinco años.

—El problema —le dijo a Mirella ya camino del aeropuerto— es acertar con el momento exacto para atacar. Si lo hacemos demasiado pronto nos arruinaremos, y si lo hacemos demasiado tarde no servirá de nada. Pero en eso consiste la belleza de este negocio. Es una partida de póker con miles de millones en juego y una sola oportunidad para llevárselo todo. Hay que pensarse muy bien la jugada.

A Mirella las metáforas de Manny siempre le habían parecido un poco pedestres. Demasiado americanas. Pero no estaban hablando de literatura, sino de negocios, así que pasó a contarle *Llano Amarillo* y sus ideas sobre cómo utilizarlo.

—Me parece bien —le contestó Manny—. Pero de eso encárgate tú, yo me ocuparé del resto.

Por supuesto que ella se encargaría de la parte política. Ya antes de hablar con Manny había pensado cuál iba a ser su primer paso. Sin saberlo, había tenido la misma idea que Isabel: Alcaraz.

«El expresidente no es un moralista», se dijo. Siempre había sido un político pragmático que había demostrado durante su exitosa carrera que podía llegar a pactos incluso con sus enemigos más feroces. Y eso favorecía sus planes, porque lo que le iba a proponer a Alcaraz era un quid pro quo bastante peliagudo.

Hacía algunos años que no lo veía, pero aún conservaba su número de teléfono privado y algo más importante: buenos recuerdos. Una prueba más —reflexionó satisfecha— de lo acertado de su filosofía vital: sembrar para después recoger.

Fue una sola noche, pero muy agradable. Ocurrió en un viaje a China en el que banqueros —entre ellos Julián de la Hoz— y empresarios acompañaron al recién estrenado presidente. Mirella, que iba en calidad de ayudante personal del banquero, aprovechó la oportunidad para intimar con el que la prensa española había bautizado como el Kennedy español.

Alcaraz fue un buen amante. Muy bueno. Y ella se esforzó mucho para que él siempre la recordara con agrado. Volvieron a coincidir en diversas ocasiones, pero Mirella siempre mantuvo las distancias y una discreción absoluta. Cuando empezaron los rumores sobre las aventuras

galantes del presidente su nombre nunca salió a relucir. Alcaraz se lo agradeció en un aparte durante una comida con banqueros, cuando ya su estrella política comenzaba a declinar y sufría el acoso de una campaña de prensa centrada en su moralidad.

«Lo que ocurre en la cama debe quedarse en la cama, esa es una regla de oro que una persona con ambiciones nunca debe olvidar», se dijo mientras marcaba el número de Alcaraz.

La excusa para ponerse en contacto con él fue la invitación para presidir un ciclo de conferencias en la Fundación Hispania sobre la situación política. Cuando Alcaraz no se mostró especialmente interesado, Mirella apeló al pasado.

—Vamos, presidente, hágale un favor a una antigua amiga y déjeme invitarle a comer — Mirella siempre la trataba de usted. Incluso durante la noche en China, donde mantuvo el tratamiento hasta en los momentos más álgidos de pasión. Fue un detalle que gustó y excitó al presidente. O, por lo menos, eso le dijo cuando se despidieron de madrugada—. Le juro que no insistiré en lo de las conferencias. Tengo otras cosas más interesantes que contarle.

Alcaraz tenía muy buena memoria para las mujeres con las que había mantenido relaciones; las recordaba a todas, a algunas con cariño y a otras con rencor, y en otra época de su vida la llamada de Mirella —ella entraba en el grupo de los buenos recuerdos—, le hubiera disparado la imaginación. Pero entre que había llegado a una edad en que «iba cerrando suavemente las puertas de las habitaciones donde nunca más iba a entrar», y que no creía en las coincidencias —días después de que Isabel Prieto le desvelara *Llano Amarillo*, otra empleada del Banco Hispania quería hablar con él—, aceptó la invitación de Mirella más como deber que como placer.

Alcaraz se mantuvo en un silencio prudente mientras Mirella le detallaba la conspiración que encabezaba Julián de la Hoz. Prefería que ella siguiera hablando sin interrupciones porque todavía no estaba muy seguro de sus intenciones. ¿Y si De la Hoz la hubiera mandado para que él diera un paso en falso? ¿Y si estaban al tanto de la «traición» de Isabel? Además, estaba casi seguro de que Mirella no venía a hablarle sólo de *Llano Amarillo*. Acertó.

En el segundo plato, que Alcaraz apenas probó, cuando Mirella le habló de los documentos que día a día se llevaban al hotel Las Lanzas, de Freedom Bird, y de las primeras reuniones con el profesor Fuentes para redactar lo que más tarde se conocería como el documento chino, Alcaraz supo que no le estaba mintiendo ni tratando de engañarle por orden del banquero. Lo único que no le cuadraba es que no lograba comprender, al contrario de lo que le ocurrió con Isabel, las motivaciones de Mirella para traicionar a Julián de la Hoz.

—Supongo que estará pensando qué gano yo contándole todo esto —le dijo Mirella adelantándose a su pregunta.

—Efectivamente —le contestó Alcaraz. Mirella que antes de la comida había decidido ser totalmente franca con el expresidente —era demasiado listo para engañarle—, pasó a contarle con todo detalle el plan que había diseñado con Manny.

Alcaraz vio en seguida las posibilidades que se abrían al tener una fuente de información tan importante dentro del banco. Las intenciones de Mirella no eran políticamente correctas, pero eso no le importaba lo más mínimo. Las guerras no se ganan con buenas intenciones y la mayoría de las veces uno no está en disposición de elegir a sus aliados.

—Me parece que sería bueno que trabajáramos juntos para parar lo que se nos viene encima —le dijo Alcaraz—. Pero por motivos evidentes, tenemos que ser muy cuidadosos. Dentro de un par de días tendrás noticias mías.

* * *

Lo primero que hizo el expresidente nada más salir de la comida fue ponerse en contacto con Inguanzo. Aunque durante la conversación había decidido que para seguridad de todos era necesario que Mirella no supiera de la existencia del grupo anticonspiración, ni estos de la de ella, Inguanzo, por muchas razones, sí tenía que estar informado.

Dos días después, al entrar en casa, Mirella se encontró con un sobre que alguien había deslizado por debajo de la puerta. Dentro venían las instrucciones para una cita en un hospital privado de las afueras de Madrid.

Cumplió las instrucciones al pie de la letra, y llegó al hospital a la hora exacta. Subió a la planta tercera y llamó a la puerta del despacho del doctor Gil Casas, tal y como le habían indicado. Dentro la estaban esperando Alcaraz e Inguanzo. Este, sin muchos preámbulos, pasó a explicar el operativo que había puesto en marcha para que Mirella pudiera proporcionarles los documentos.

Alcaraz, por su parte, como aficionado que era a las novelas de la guerra fría, recordó que en una de ellas —*La alternativa del diablo*— la espía tenía el nombre en clave de Ruisseñor. Y así bautizó a Mirella.

Terminada la reunión, el Ruisseñor fue la primera en salir del despacho del médico. Después lo hizo Inguanzo. Alcaraz se quedó esperando al doctor Gil Casas —su médico y amigo de la infancia—, que le quería comentar los resultados del chequeo que le había hecho días antes.

—Tengo malas noticias —le dijo el doctor.

—Adelante —contestó Alcaraz aparentando una tranquilidad que no sentía en absoluto.

Tras escuchar el dictamen del médico, Alcaraz, que tenía absoluta confianza en él, le dijo:

—Tienes que hacerme un favor muy importante. —Y en la seguridad de que su amigo de la infancia no le traicionaría, le contó en qué andaba metido y por qué precisaba su ayuda.

El avión de Mirella aterrizó en San Francisco a las ocho de la noche. Después de pasar la aduana y antes de salir para coger un taxi, se paró delante de una de las pantallas de la terminal. En las noticias de la noche —cosa rara— hablaban de España.

La ocupación de gasolineras por grupos de agricultores airados se había extendido rápidamente por toda Andalucía. Poco después, se había puesto cerco a la mayoría de las gasolineras españolas.

Elisa Velázquez convocó una reunión de urgencia para hacer frente a lo que podía convertirse —si la ocupación se mantenía más días— en una catástrofe sin precedentes. Las reservas se estaban agotando y las empresas petroleras no estaban por la labor de ayudar al gobierno. «No podemos arriesgar la vida de nuestros empleados. Es un problema de orden público. Y no bajaremos los precios bajo chantaje», le dijeron a la presidenta.

Elisa Velázquez le pasó el problema al vicepresidente. Por venganza, por miedo, o porque era ya una política exhausta, instó a Vicente Ruiz a que tomara las riendas.

—Creo que deberías ser tú el que dirigiera el comité de crisis. Si logras meter a los agricultores en cintura tu popularidad subirá como la espuma.

* * *

En el cuartel general de Pilar Ginés la noticia de que sería el vicepresidente quien se encargaría de la crisis fue recibida con alegría.

—Ahora sólo queda esperar a que meta la pata —les dijo la candidata a sus colaboradores.

Vicente Ruiz no la decepcionó. El autoritarismo estaba firmemente enrocado en su carácter y las negociaciones no eran su fuerte. Si había algo que detestaba era el desorden. Prometió acciones duras y enérgicas si los agricultores no deponían inmediatamente su actitud. Desplegó a las fuerzas de seguridad y se negó a reunirse con los cabecillas de las protestas. «Si era necesario tomar medidas excepcionales —les dijo a los periodistas—, las tomaría sin que le temblara el

pulso».

Sus colaboradores, especialmente Jaime Bosch, estaban muy seguros de que la firmeza del vicepresidente iba a ser respaldada mayoritariamente por la población, pero por una multitud de razones no fue así. La gente veía a los agricultores con simpatía, todo lo contrario que a los ejecutivos de las petroleras: unos multimillonarios avariciosos a los que nada importaban los problemas de la gente común.

Casi nadie quería ver a los campesinos apaleados por los antidisturbios o acosados por el Ejército —tal y como había insinuado el vicepresidente—. De una manera espontánea muchos ciudadanos fueron acercándose a las gasolineras cercadas para solidarizarse, apoyar o proteger a los agricultores en lucha.

Fue entonces cuando entró en escena Pilar Ginés.

—Los agricultores no son ni terroristas ni delincuentes —les dijo a los periodistas—. Por tanto, no veo la necesidad de tratarlos como si lo fueran. Son gente humilde, trabajadores a los que la subida de los carburantes va a arruinar del todo. Son gente desesperada y tienen razones para su desesperación. Hay que convencerles por el bien del país de que cesen sus ocupaciones, pero no hay que apalearlos. Hay que hablar con ellos. Pero antes es necesario que el gobierno congele los precios de las gasolinas. Las compañías petroleras no están ni arruinadas ni desesperadas. Y no pueden conducir al país al abismo sólo para que sus accionistas ganen más dinero.

—¿Y cómo piensa usted convencer a los agricultores? —le preguntó uno de los periodistas que previamente había sido aleccionado por Paco Tovar.

Pilar Ginés sonrió enigmática.

—Prefiero no contestar a su pregunta, porque mi respuesta podría estropear las gestiones que se están llevando a cabo en estos momentos.

* * *

Mientras Pilar Ginés hablaba con los periodistas, directores de hospitales y responsables de grandes superficies de alimentación hablaban con los representantes de los agricultores para explicarles la situación. En dos días, si no se restablecía el servicio en las gasolineras, muchos hospitales no podrían atender a sus enfermos, y los supermercados grandes o pequeños no tendrían alimentos en sus estanterías.

Los agricultores atendieron a las razones y abandonaron pacíficamente las gasolineras ocupadas. Antes, hicieron un llamamiento dramático al gobierno para que congelara la subida de los carburantes.

Vicente Ruiz, que entre sus virtudes tenía la de saber cuándo había perdido, obligó a las petroleras a bajar los precios, y, aunque no se lo dijo a nadie, empezó a pensar que su rival era mucho más peligrosa de lo que había pensado en un principio.

—Dile a López Castro —le comunicó a Jaime Bosch— que quiero ese dossier sobre Pilar Ginés cuanto antes.

* * *

Alfonso Tena siguió el desenlace de la ocupación de las gasolineras sin mucho entusiasmo. Las

torpezas de Vicente Ruiz las daba por descontado, y la maniobra, muy bien diseñada por el equipo de Pilar Ginés, le había parecido excelente, pero de vuelo corto. En un par de días caería en el olvido.

Si la cosa seguía como hasta entonces, no tenía ninguna duda de que Vicente Ruiz sería el próximo presidente y con mayoría absoluta. Los documentos que a diario colgaba en Internet la Fundación Percival no lograban romper el muro de silencio en radios, prensa y televisiones. Pero según le decía su prima —que sí se manejaba con los ordenadores—, la ola iba creciendo en las redes sociales. Vaya nombrecito.

El expresidente conocía muy bien el poder de Julián de la Hoz sobre los medios de comunicación, en otros tiempos él se había beneficiado de ese poder. Y también sabía que nada contraría más el espíritu crítico que la certeza de que, tal y como se desarrollaban los acontecimientos, Vicente Ruiz iba ser un presidente con amplísimos poderes. Había que seguir machacando las mentes de los españoles siempre tan reacios a sumarse a una buena causa. Tras unos minutos de reflexión eligió el documento número treinta y tres.

El escrito en cuestión, uno de sus preferidos, iba a desatar una tormenta, de eso estaba seguro.

Mucha gente se iba a poner nerviosa. A nadie le gusta salir en una lista de conspiradores con nombres y apellidos. Y el que más nervioso se iba a poner era el vicepresidente, pero por razones diferentes a los demás.

Sí, se iban a poner muy nerviosos. Sobre todo si, como le había asegurado Julia Alcaraz —a ella no le gustaba que la llamara así: me llamo Julia Bustamante no Julia Alcaraz, le recordaba enérgica, pero con una sonrisa adorable—, el *New York Times* se iba a hacer eco de los documentos filtrados por la Fundación Percival.

Pensar en Julia Alcaraz le recordó dos cosas. La primera, que tenía que hablar con ella para que dejara de envenenar a Antonio Oliver con la idea de que su marido no había muerto de un ataque al corazón.

La segunda, que tenía que introducir algo de belleza en su casa. Cada vez pasaba más tiempo en ella. Y ni su cocinera ni su ama de llaves —eficientes y fieles— eran alimento para su imaginación. «Una enfermera», pensó. A él siempre le habían gustado los uniformes: azafatas, enfermeras, cajeras de supermercados. Pero para meter una enfermera en casa primero tenía que ponerse malo. Llamó a su médico.

* * *

Isabel, después de acudir a su cita con la tapia del descampado y encontrarse con el número treinta y tres escrito con tiza azul, inició su largo periplo hasta el piso de la calle del Camino Viejo de Leganés. Antes de entrar en el metro, compró varios periódicos para comprobar si había en ellos alguna referencia a los documentos de la conspiración.

«Nadie se atreve a meterse con don Julián», pensó con amargura tras consultar los diarios. Todos le debían algo y todos le temían. Por primera vez desde su cambio de vida, dio rienda suelta a las ideas negras que desde hacía unos días le rondaban por la cabeza. «Nada de lo que hago sirve para nada —se dijo mientras recorría con la mirada los rostros cansados de los viajeros—. Están asustados, sólo quieren esconderse en sí mismos mientras pasa la tormenta. Qué les importa que haya una conspiración en marcha. Prefieren no saberlo para no tener que tomar partido. Sólo

quieren sobrevivir, y, la verdad, están en su derecho».

Agobiada por esos pensamientos tan perturbadores llegó a la estación de Nuevos Ministerios y le pasó el documento número treinta y tres a Guillermina Sánchez. Incapaz de volverse en metro al piso franco, decidió andar sin rumbo fijo para llegar lo más cansada posible, meterse en la cama y dormir.

Pero el larguísimo paseo no sirvió de tranquilizante. Cuando ya entrada la noche llegó al piso se sintió aún más desolada: echaba de menos su casa, su vida, y, sobre todo, echaba de menos a Javier.

Javier, por su parte, se levantó esa mañana con un solo pensamiento en la cabeza: volver a reunirse con Isabel antes de que fuera demasiado tarde. Un suelto en un periódico digital, «Crecen los rumores de un idilio entre la candidata Pilar Ginés y un joven miembro de su staff», acompañado de una foto en la que aparecían los dos, le había enfadado y alarmado. Dedicó el desayuno a pensar cómo como abordar el asunto, y después de imprimir la página del periódico se dirigió a la sede de la oficina electoral.

Ya en su pequeño despacho revisó las últimas encuestas. Pilar Ginés seguía sin despegar del todo. Nunca, ni en los tiempos de Alcaraz, había confiado demasiado en las encuestas internas. El número de encuestados era siempre muy escaso. Las preguntas sesgadas, buscando la respuesta favorable. Lo cierto era que, comparando las encuestas propias y las ajenas, la literatura de fondo coincidía con lo que Javier pensaba: Vicente Ruiz seguía conservando una gran parte de su voto. Los documentos de la conspiración que día a día subía a la Red la Fundación Percival no estaban afectándole demasiado. Sus votantes —como era tradicional en ellos— los obviaban. Y los indignados con las revelaciones —también como era tradicional en ellos— se dispersaban en soflamas en la Red, manifestaciones ruidosas y en su desprecio por la política y los políticos. Pilar Ginés todavía no emergía como el aglutinante del descontento y de la rabia. Cuando se rascaba por debajo de las respuestas de los encuestados se comprobaba que un grupo muy amplio todavía no se había decidido a confiar en ella.

A algunos no les parecía suficientemente preparada, la sentían demasiado amable, sin enjundia; otros no confiaban en que pudiera acabar con fuerzas tan poderosas: y muchos —asqueados— estaban pensando en abstenerse. En general —y esa era la parte positiva—, se la veía con simpatía, y una mayoría de españoles no quería que saliera humillada de las elecciones. Incluso les gustaría que obtuviera un buen resultado, pensaban que se lo merecía. Pero todavía no la veían como presidenta del Gobierno. Ese era el problema.

Apartó las encuestas y, como hacía todas las mañanas, consultó los datos de las casas de

apuestas. Diez a seis a favor de Vicente Ruiz. Más o menos lo que él pensaba. Estaba claro que necesitaban darle un giro a la campaña.

Pero esa no era su única preocupación. Ni siquiera la más importante. Lo primero era Isabel. Se metió la hoja impresa en el bolsillo y subió a la planta noble para asistir a la reunión de todas las mañanas con Pilar Ginés, Paco Tovar y Antonio Oliver.

* * *

Mirella había elegido San Francisco para esconderse de la ira de Julián de la Hoz por la película *Bullit* y por las cuestas. Siempre le habían gustado las ciudades con cuestas y con tranvías, sobre todo si daban al mar.

El apartamento que le había alquilado Manny a nombre de una sociedad estaba situado en un barrio céntrico plagado de bares y restaurantes. Mirella, que había aprendido lo suficiente de sus tratos con Inguanzo para saber que lo mejor para pasar desapercibida era no utilizar las tarjetas de crédito, pagar siempre en metálico y adoptar un perfil bajo, le había instado a Manny a que la proveyese de abundante dinero en efectivo para poder moverse a su antojo. También le convenció de que mientras durara la operación de acoso y derribo del Banco Hispania sólo se comunicarían —y sólo si era estrictamente necesario— por teléfonos de prepago que tirarían una vez utilizados. Comprobó que Manny había cumplido al pie de la letra sus indicaciones: en un cajón del apartamento encontró un sobre lleno de dólares y cuatro teléfonos de prepago. Encendió la televisión, y también comprobó que su petición de una antena parabólica para poder ver las televisiones españolas y seguir las tertulias y, sobre todo, el debate entre Vicente Ruiz y Pilar Ginés, había sido satisfecha.

Incapaz de dormirse por el *jet lag*, esperó a que amaneciera y salió a dar un paseo por la zona. Lo primero que hizo, en cuanto abrieron las tiendas, fue comprar, pagando en metálico, un iPad. Después, buscó un bar para desayunar. Tras visitar unos cuantos, se decidió por uno en que la camarera le gustó especialmente. Demasiado joven —pensó—, pero contra eso no podía hacer nada. Y esa piel, ese trasero y esos labios abultados y pintados de rojo impetuoso merecían, por lo menos, intentarlo.

Pidió un café e intentó entablar conversación con ella sin mucho éxito. El tono antipático y cortante con el que contestó a sus preguntas la excitó aún más. Siempre le habían gustado las conquistas difíciles, y, por una vez en la vida, tenía tiempo más que suficiente para ejercitar la paciencia. Pidió otro café y cerró los ojos. Se quedó dormida y, aunque le hubiera gustado, no soñó con la camarera.

* * *

Julián de la Hoz encendió el cigarrillo a sabiendas de que estaba violando la promesa que días antes le había hecho a su mujer cuando fue a visitarla al cementerio. Para acallar su conciencia se dijo que la traición de Mirella era tan terrible que su mujer —estuviera donde estuviera— le perdonaría.

«Mirella —pensó—, la empleada en la que he depositado más confianza». Y no sólo él, también su mujer. Mercedes la adoraba: iban juntas de compras, la acompañaba al cine y al teatro, dos actividades para las que él no tenía ni tiempo ni gusto, y siempre la trató como una hija. Si

viviera, se habría llevado un disgusto tremendo.

Encendió el segundo cigarrillo con la colilla del anterior. Al dar la primera calada cayó en la cuenta de que Mirella no sólo había quebrado su confianza y la de Mercedes, sino que conocía al dedillo los entresijos del banco. Eso era lo peor. Esa era la verdadera catástrofe. Aterrado, llamó a Beatriz del Álamo.

* * *

Alfredo Junquera estaba seguro de que le detendrían cuando cayera la tarde. Así que se vistió de punta en blanco y repasó los argumentos que iba usar en su declaración.

La única manera de minimizar los daños, pensó, era implicar a los peces gordos, empezando por Luis López Castro y terminando con Julián de la Hoz. Así, rebajaría la atención sobre él. Y además, ante la importancia de las personas implicadas —sobre todo De la Hoz—, siempre cabía la posibilidad de que por miedo o por precaución la juez abandonara el caso. O, aún mejor, que la obligaran a abandonarlo.

—Buen trabajo —le dijo al inspector Ramos cuando entraron en el coche—. Ha hecho usted una investigación excelente. Como colega, le felicito.

El inspector Ramos prefirió no contestarle y llegaron a los juzgados sin cruzar palabra alguna.

Junquera se mostró también relajado y confiado delante de la juez. Aunque era un hombre sin escrúpulos en la mayoría de las facetas de la vida, sí mantenía un código estricto en lo referente a su reputación como policía. Los jefes —aunque ahora estuviera de moda hacer lo contrario— no podían cargar las culpas sobre sus subordinados. Asumió toda la responsabilidad en el asalto al piso de Luis García, pero describió la muerte de este como un accidente: un homicidio involuntario.

—Nos atacó con una puntilla y al empujarlo cayó mal. Nadie de los que estábamos allí queríamos hacerle daño.

La juez Sequeira le lanzó una mirada gélida y prosiguió con el interrogatorio.

—¿Entró usted en el piso de don Luis García por iniciativa propia o por orden de alguna otra persona?

Alfredo Junquera, que esperaba la pregunta, mantuvo un silencio dramático, y después pasó a tantear la disposición de la juez.

—Me gustaría hacer un trato con su señoría, si es posible.

—No creo que sea posible —le contestó la juez—. Pero en todo caso dependerá de su colaboración.

—Mi colaboración va a ser total, de eso no le quepa la menor duda.

Y durante diez minutos habló sin interrupciones. Primero, describió su vinculación con Luis López Castro y la de este con Julián de la Hoz. Y la relación de ambos con la muerte de Luis García.

—En cuanto a la participación de Julián de la Hoz, el señor López Castro le podrá informar mucho mejor que yo. Las órdenes del banquero las recibía él, y me las trasladaba a mí. Yo estaba muy abajo en la cadena de mando —le dijo a la juez, haciendo hincapié en lo de la cadena de mando. Era un término que le gustaba especialmente.

Junquera hizo una pausa para observar la reacción de la juez ante sus palabras. Belén

Sequeira, a pesar de que las revelaciones del excomisario la estaban asustando, y mucho, mantuvo la compostura. López Castro transmitía peligro, pero Julián de la Hoz... eso eran palabras mayores. Julián de la Hoz era el poder absoluto.

Junquera, ante la imperturbabilidad de la juez puso más cartas sobre la mesa.

—Tengo algo más que contar a su señoría.

Y pasó a relatar la detención, tortura y muerte de Lucio Inguanzo a manos de Peter Mallaby, presidente de la compañía de seguridad Ronin, contratada por Julián de la Hoz.

A medida que el excomisario avanzaba en su relato, la juez Sequeira fue inquietándose más y más.

—¿Sabe usted de algún otro testigo que pudiera corroborar su declaración? —preguntó la juez en un tono de voz lo más firme posible.

—No, señoría. Yo fui el único español que asistió al interrogatorio. Pero tengo algo que quizá le sirva.

Y del bolsillo interior de la chaqueta sacó unas hojas que extendió en la mesa de la juez.

—Ahí tiene el contrato del local donde se produjo el interrogatorio, y que alquilé por orden de Luis López Castro, y las matrículas de los coches que utilizaron el señor Mallaby y sus colaboradores. Este —y señaló un número de matrícula— corresponde al coche en que se trasladó el cadáver de don Lucio Inguanzo. No lo limpié después del transporte, así que supongo que quedarán muestras suficientes para una prueba de ADN. También pongo a su disposición una descripción detallada, escrita de mi puño y letra y firmada, del interrogatorio del señor Inguanzo. Por cierto —dejó caer al tiempo que se quitaba una mota de polvo de la solapa—, no les dijo nada.

La juez Sequeira dio un sorbo al vaso de agua que le había traído su secretaria y decretó prisión incondicional para Junquera. Cuando se quedó sola en su despacho, lo primero que hizo fue guardar la declaración bajo llave y marcharse a casa. Necesitaba reflexionar.

Por su parte, Alfredo Junquera, de camino a la cárcel de Alcalá Meco, se sintió bastante satisfecho consigo mismo. De ocho a diez años, calculó. Y a los cuatro, régimen abierto. En cuanto empezaran a desfilar los peces gordos, ellos se llevarían la atención mediática y los castigos ejemplares. Siempre y cuando la juez no se echara para atrás.

* * *

—Pero no lo entiendo, cada vez viene más gente a los mítines —dijo Pilar Ginés— y noto más apoyo. ¿Estás completamente seguro de que las encuestas se equivocan?

—No he dicho que se equivoquen, sino que no dicen toda la verdad. Hazme caso, es mejor no engañarnos. Estamos lejos de la victoria. Esa es la parte mala, pero la buena es que hay varios millones de votantes que esperan que les des una razón para votarte. La situación es la que es y tenemos poco tiempo —le contestó Javier lo más calmadamente posible.

Pilar Ginés cruzó su mirada con Oliver y Tovar en busca de apoyo.

—Tiene razón —dijo Tovar—. El objetivo de la primera etapa, darte a conocer y situarte como una alternativa creíble, ya lo hemos conseguido, pero ahora hay que dar un último impulso a la campaña. Cambiar algunas cosas.

—Sí —interrumpió Oliver mientras se levantaba y paseaba de un lado a otro de la habitación

—. Ha llegado el momento de hablar del golpe de Estado en público, posicionarnos, exigir responsabilidades y respaldar a los que se están manifestando. Pedir una investigación judicial, aunque no sirva para nada.

Se sentó junto a Pilar Ginés y la miró directamente a los ojos:

—Tú eres la única barrera entre el pueblo y los conspiradores. Esos glotones acaparadores de privilegios y dineros son gente fría...

—Gente astuta —le interrumpió Pilar Ginés, que también conocía de memoria la cita de Truman— que busca una dictadura económica. Quieren que nos rindamos, pero yo estoy aquí para decirlos que no me voy a rendir.

—Efectivamente, ese es el tono —le contestó un satisfecho Oliver.

Pilar Ginés se puso en pie.

—No sabéis cómo os agradezco que me hayáis dado rienda suelta. Estaba harta de contestar con medias palabras. Si no os importa, me voy a retirar a preparar el mitin de esta tarde.

—Me gustaría hablar contigo a solas —dijo Javier.

Todos se quedaron en silencio.

—Es personal —añadió.

Cuando Paco Tovar y Oliver salieron de la habitación. Javier puso la página impresa encima de la mesa.

—Esto se tiene que acabar. Y no me digas que no sabes nada del asunto porque estoy seguro de que ha sido una idea tuya. Si vuelvo a encontrarme con algo parecido, en ese mismo momento me marcho a mi casa.

—Lo siento, ha sido una estupidez —contestó una azorada Pilar Ginés—. Te aseguro que no volverá a ocurrir.

—Eso espero. Pero hay una cosa más: tienes que decirle a Paco Tovar que quiero saber cómo encontrar a Isabel Prieto. Ya no hace falta que siga escondida como si estuviéramos en guerra. Ahora ya no pueden hacerle nada. Después de lo de Inguanzo no se atreverán. Así que, si quieres seguir contando conmigo, habla con Tovar. ¿Sabes?, trabajo mucho mejor cuando estoy contento, y ahora te puedo asegurar que no lo estoy.

Pilar Ginés no tuvo que pensárselo mucho. Si había algo que la aterraba era perder a Javier antes del debate. Ella había estado presente cuando le preparaba los debates a Alcaraz.

—Espera un momento —le dijo mientras salía de la habitación en busca de Tovar.

No tardó mucho en volver. Le pasó a Javier una hoja con una dirección escrita a mano.

La candidata se sentó a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Acaban de detener a Alfredo Junquera —le dijo—. Le acusan de la muerte de tu padre y de complicidad en la tortura y asesinato de Lucio Inguanzo.

Javier se guardó la hoja en el bolsillo, se levantó sin decir palabra y salió a la calle. Necesitaba pasear un rato, recordar a su padre y a Lucio Inguanzo y agradecer al inspector Ramos, aunque sólo fuera de pensamiento, que se hubiera hecho justicia.

El documento número treinta y tres, muy bien editado con fotos, biografías y la función y cargo de cada uno de los implicados en la conspiración, empezó a resquebrajar el muro de silencio. El artículo del *New York Times* —como es lógico— ayudó y mucho.

Alfonso Tena puso la radio para oír las tertulias matinales. Algunos tertulianos trataban de quitar importancia a las revelaciones aduciendo, los más sofisticados, el sempiterno desconocimiento de la gran prensa mundial de los asuntos patrios; los más burdos escupían veneno como tenían por costumbre; los más íntegros, sin embargo, se indignaron con sus compañeros y dieron a la noticia toda la importancia que tenía. Las llamadas de los oyentes y la mayoría de los comentarios en las redes sociales mostraron la rabia y desolación que sentían un gran número de españoles. «Todo va según lo previsto», pensó Tena. Apagó la radio. Tenía que empezar su casting de enfermeras.

* * *

Isabel, al igual que el expresidente Alfonso Tena, estaba siguiendo por la radio las trifulcas entre tertulianos y oyentes cuando sonó el timbre de la puerta. Lo dejó sonar tres veces antes de acercarse lo más silenciosamente que pudo a la mirilla.

Cuando vio quién había llamado, se alegró enormemente de haberse traído los zapatos de tacón y el conjunto negro de La Perla.

La cama era pequeña y hacía frío, pero nada de eso les importó. Durante tres horas se dedicaron a recuperar el tiempo perdido.

—Esto es un agujero —le dijo Javier mientras encendía un cigarrillo y se daba una vuelta por el minúsculo piso.

—Esto es la clandestinidad, cariño —le contestó irónica Isabel—. No las oficinas de la candidata a presidenta.

Javier prefirió cambiar de conversación, por si acaso, y pasó a contarle los últimos

acontecimientos: la detención de Alfredo Junquera y la huida de Mirella del banco.

—Parece ser que era la garganta profunda de Alcaraz. ¿Tú la conocías?

—Mucho, y me caía bien. Pero si quieres que te diga la verdad, jamás me lo hubiera imaginado. Es todo muy raro. Alcaraz y Mirella. Ya no sé qué pensar.

—La política es uno de los oficios más raros del mundo. Ese es su encanto —le contestó Javier mientras volvía a meterse en la cama—. Por cierto, vamos a necesitar una cama más grande.

—No —le contestó con firmeza Isabel—. Con esta cama tenemos más que suficiente.

Javier comprendió que era inútil intentar convencerla. Así que, con su mejor sonrisa volvió a meterse en la cama y se preparó mentalmente para pasar unas noches incómodas. La verdad es que no le importaba demasiado. Una cama pequeña también tenía sus ventajas.

* * *

Julián de la Hoz se dio un paseo por su despacho para calmar los nervios. Por vez primera desde que empezó la conspiración le asaltó el miedo. Empezó a rondarle la idea de que el asunto se le estaba yendo de las manos. ¡El *New York Times*! Eso sí que no se lo esperaba. Más tarde o más temprano tendría que llamar a Jaimie Barrister y ver qué opinaba del asunto. Pero prefería dilatar el momento de la llamada. Todavía no se encontraba con ánimo suficiente.

Intentó tranquilizarse y pensar con frialdad. Las cosas no pintaban tan mal: quedaban quince días para las elecciones y las encuestas seguían dando una mayoría amplia a Vicente Ruiz. Faltaba el debate, pero eso no le preocupaba: Luis López Castro estaba preparando un dossier muy completo sobre Pilar Ginés y Vicente Ruiz haría buen uso de él, de eso estaba seguro. La prensa amiga se encargaría del resto.

«Pero —pensó— sería bueno hablar con el vicepresidente». Los políticos —tan esclavos de la opinión pública— se asustaban con facilidad ante las malas noticias. Lo mejor era tranquilizarle. Le dijo a su nueva secretaria que le convocase a una reunión discreta. Su sorpresa fue mayúscula cuando Vicente Ruiz le comunicó que no era un buen momento. Si la noticia de que se habían reunido se filtraba sería muy negativo para ambos. Era mejor que no se volvieran a ver hasta pasadas las elecciones.

«Quizá tenga razón —quiso creer el banquero—. Pero ese tono...». Ese tono no le gustaba en absoluto.

* * *

El vicepresidente no fue el único que trató a don Julián con cierto desapego. Beatriz del Álamo, la gobernadora del Banco de España, se excusó de ir a verle alegando una rueda de prensa para contestar a las acusaciones del documento treinta y tres.

La realidad era muy distinta. La gobernadora, como muchos otros altos cargos, estaba aterrada. Siempre había vivido a la sombra del poder económico. Un lugar ideal para ganar dinero y obtener poder sin pasar por el tamiz de la opinión pública. «Quizá no haya sido una buena idea aceptar el cargo de gobernadora del Banco de España», se dijo, mientras, víctima de la ansiedad, rompía su régimen comiéndose una tableta de chocolate.

* * *

A muchos kilómetros de Madrid, en un club de golf exclusivo de Washington, Jaimie Barrister, el dueño de Freedom Bird, jugaba su partido de todos los miércoles con el embajador Sorensen y con un expresidente de Estados Unidos al que tenía en nómina como asesor.

Una vez terminada el partido, y cuando el expresidente los abandonó, ya sentados en el club social, Barrister pidió un gin tonic y le dijo a Sorensen:

—El artículo del *Times* no nos favorece.

—No —contestó el antiguo diplomático—. Quizá ha llegado el momento de abandonar la operación española. ¿No te parece?

Barrister, muy en su estilo, le contestó con otra pregunta:

—¿Crees que el candidato de Julián puede ganar las elecciones?

—Sí —contestó Sorensen—. Por ahora los datos indican que las va a ganar.

—Entonces, vamos a esperar unos días hasta tomar la decisión.

Mirella iba todas las mañanas puntualmente a desayunar al bar donde trabajaba la camarera que le gustaba. Se llevaba un libro y el ordenador para estar el mayor tiempo posible. También dejaba sustanciosas propinas que por el momento no surtían el menor efecto.

Aunque era una mujer muy paciente tanto en el amor como en los negocios, empezaba a pensar que estaba perdiendo el tiempo y que no iba a sacar nada en limpio de sus desayunos.

«Si hoy no logro un acercamiento —pensó— mañana no volveré». Pidió su segunda taza de café y encendió su iPad para consultar los periódicos españoles. Una noticia llamó inmediatamente su atención: «Detenido por asesinato el excomisario de la policía Alfredo Junquera».

Junquera, el mamporrero de López Castro, detenido. Eso sí que era una bomba de efectos retardados. Pensó en el miedo que estaría pasando López Castro y en la furia que, a buen seguro, debería estar corroyendo a Julián de la Hoz y se alegró de que, por una vez, a ambos se les torcieran sus planes. Sobre todo al banquero, siempre tan pedante y pagado de sí mismo y de su inteligencia.

«Esto se está poniendo interesante», se dijo, y pasó a consultar la página web de la Fundación Percival. Se divirtió leyendo el documento número treinta y tres. Tantos conocidos. Tardó un buen rato en advertir la ausencia de Vicente Ruiz. Tanto, que cuando se dio cuenta revisó varias veces el documento para ver si es que se lo había saltado. Cuando comprobó que efectivamente el vicepresidente no aparecía por ningún lado, se echó a reír. La ausencia de Vicente Ruiz había sido una idea de Alcaraz, estaba segura. Y como todas las ideas de Alcaraz, traería cola.

—¿De dónde eres? —le preguntó de sopetón la camarera mientras le servía el café.

Mirella se quedó tan sorprendida que tardó un instante en responder.

—De España.

—Me gusta España —le contestó—. Hace dos años estuve en Sevilla —que ella pronunció Sevilla—. Increíble. Mucho calor, pero increíble. Me llamo Rina.

Y sin más se marchó a servir otra mesa.

«Definitivamente Alcaraz me trae suerte», pensó Mirella. Miró su reloj: Manny estaría a punto de coger el avión.

Después se bebió el café, dejó una buena propina y antes de salir a la calle, se acercó a Rina y le dijo:

—Yo me llamo Mirella.

* * *

Manny Spolitano despreciaba a los banqueros y a los ejecutivos de banca. En su opinión eran gente caprichosa, avariciosa, arrogante, poco trabajadora y con una tendencia cada vez más marcada a falsear las cuentas y a engañar a sus clientes, siempre en beneficio propio. Todo lo contrario de los dueños de los *hedge funds* que, como él mismo, dedicaban horas y horas a estudiar los balances e informes de bancos y de grandes compañías para encontrar las grietas por donde entrar en esas fortalezas tan bien defendidas por sus gobiernos corporativos, los políticos y los medios de comunicación.

En su trabajo todo se basaba en la información. Sus «espías» eran múltiples y variados: los periódicos especializados, los foros, los balances, los comentarios que oía en las cafeterías, los informes, y, sobre todo, lo que en la jerga se conocía como los *insiders*.

Y qué mejor *insider* que Mirella para proporcionarle información sobre el Banco Hispania. Pero había que ser muy prudente para manejar y utilizar los datos de un *insider*. Los bancos eran muy poderosos e inmediatamente te sepultaban con demandas millonarias.

Sin embargo, Manny era un experto en manejar información confidencial. Además, le gustaba moverse en ese terreno tan peligroso. Y no sentía remordimientos ni miedo alguno por pasearse por el filo de la ley. Al revés: le excitaba la idea.

Sus enemigos —que eran muchos— le veían como a una hiena a la espera de su ración de carroña. Él, por el contrario, se consideraba un cazador paciente, y, sobre todo, un vengador. Un justiciero que descubría engaños y malas prácticas, y que, en la medida de sus posibilidades, castigaba a los culpables dando un buen mordisco a sus cuentas corrientes. Y nadie más culpable que Julián de la Hoz: había mentido a sus inversores, había inflado artificialmente las cotizaciones de su banco en las bolsas; él y sus colaboradores habían amasado fortunas obscenas, y, por si fuera poco, ahora utilizaba el dinero de sus accionistas y de sus clientes para operaciones políticas.

Así, con esos pensamientos tan complacientes, Manny intentaba, con éxito, acallar la voz de su conciencia. En realidad, los *hedge funds* como el suyo superaban a la mayoría de los bancos en su capacidad para destruir con sus manejos financieros la vida de la gente común y corriente. Pero eso a Manny no le importaba lo más mínimo. Pensaba en sí mismo como un artista financiero: un creador. Y eso, como a todos los «creadores», le proporcionaba una gran tranquilidad de espíritu.

Terminó de hacer la maleta y pensó en llamar a Mirella desde uno de sus teléfonos de prepago. Pero enseguida desechó la idea. Cuantos menos contactos, mejor. Aunque estaba bastante seguro de que las autoridades americanas no se tomarían muchas molestias en investigar sus actuaciones —al fin y al cabo el Hispania era un banco europeo—, no tenía el menor interés en gastarse una fortuna en abogados.

Antes de subirse al avión que le llevaría a Hong Kong a una reunión de inversores y analistas de banca, dio órdenes a sus empleados para que empezaran a comprar en corto activos del Banco Hispania.

* * *

El vicepresidente Vicente Ruiz había construido toda su carrera política sobre la idea de que lo más sensato era no fiarse de nada ni de nadie. La lectura de las fotocopias del documento número treinta y tres que su secretaria le había puesto sobre la mesa a primera hora de la mañana, no hizo sino confirmar sus aprensiones. Su primera reacción había sido de satisfacción: su nombre no aparecía en ninguna de las hojas del documento. Pero casi inmediatamente cayó en la cuenta de que su ausencia no se debía a que sus enemigos desconocieran su participación en la conspiración, sino a alguna razón que por ahora se le escapaba. Esa omisión se le antojaba más peligrosa que su presencia. Fatalista como era, se preparó para recibir malas noticias.

* * *

La juez Sequeira recogió a sus hijas del colegio, las llevó a casa y les dio de merendar. Una de las cosas buenas de estar separada era que no tenía que consultar sus decisiones con nadie. Desenchufó el teléfono fijo de la casa y puso en modo de silencio su móvil.

Abrió un cuaderno y en una columna escribió las consecuencias que ella preveía que ocurrirían si ordenaba la detención de Luis López Castro. Ya había visto en los últimos años cómo las autoridades judiciales habían destrozado la carrera a varios compañeros por incumplir el pacto no escrito de que ningún personaje poderoso acabara con sus huesos en la cárcel.

Sin embargo, lo que le había escuchado a Alfredo Junquera era imposible de obviar. Cerró el cuaderno y ayudó a sus hijas con los deberes. Una vez terminadas sus tareas de madre, volvió a abrir la libreta y comenzó otra columna en la que apuntó los posibles flancos abiertos — personales y profesionales— por donde la iban a atacar si se decidía a encausar a López Castro. Cuando volvió a enchufar el teléfono comprobó que tenía catorce mensajes. En el móvil, el número de llamadas era aún mayor.

* * *

El inspector Ramos había hecho exactamente lo mismo que la juez. Refugiado en su casa, se dedicó a ordenar su pequeño piso para alejar de su mente pensamientos peligrosos. Acababa de fregar los platos sucios cuando sonó el timbre.

El comisario jefe entró en su casa como una tromba, ni siquiera se sentó.

—Esto se tiene que terminar —le dijo en tono más que amenazador—. Ya has jugado bastante con el prestigio del cuerpo y de la comisaría. Si sigues empeñado en continuar con la investigación, te auguro un futuro muy negro. No sólo yo, sino el jefe superior de la policía y el ministro vamos a hacerte la vida imposible. El que avisa no es traidor.

El inspector Ramos, un hombre educado, de orden, y muy conservador, se quedó mirando a su jefe con ira apenas contenida. Estuvo a punto de mandarle a la mierda a él, al jefe superior y al ministro. Pero se contuvo, y para su suerte le vino a la mente una frase de una novela que recreaba el Siglo de Oro español y que llevaba tiempo queriendo decir en voz alta.

Así que, mientras el comisario jefe seguía amenazándole de palabra y obra —su dedo índice ya le estaba rozando la nariz—, apartó con suavidad la mano del comisario de su cara y le dijo:

—Llegados a este punto, no nos queda sino batirnos.

Al poco de que el comisario jefe, indignado y confuso, abandonara su piso, sonó el teléfono. La juez Sequeira quería verle en su despacho inmediatamente. El inspector colgó el aparato. «¿Y si la juez se echa para atrás?», se preguntó.

Preocupado, Ramos llegó al despacho de Belén Sequeira sin saber lo que iba a ocurrir. Si él había recibido presiones, no quería ni imaginarse por lo que habría pasado ella. Tenía aspecto de no haber dormido en toda la noche, y había envejecido varios años en los dos días que llevaba sin verla. La juez tardó un rato en hablar.

—Parece que nos hemos metido en un buen lío.

* * *

Antonio Oliver fue a su encuentro con Julia, alegre y confiado. No quería hacerse ilusiones, pero poco a poco, en los encuentros esporádicos que mantenían, iba recuperándose la vieja intimidad y la alegría de estar juntos. «A lo mejor, ¿quién sabe?», se dijo cuando llegó al restaurante donde habían quedado para comer.

Julia fue directa al grano. Le había mentido. Fernando Alcaraz había muerto de un ataque al corazón, no había habido nada raro.

—Entonces, ¿por qué me mentiste?

—Fue idea de Fernando cuando supo que estaba tan grave. Pensó que te vendrías abajo si se moría y que abandonarías.

Oliver ni siquiera contestó. No merecía la pena. Sabía perfectamente que no había sido idea de Fernando Alcaraz, sino de ella. Y entonces, sufrió una revelación: la vio vieja, ajada, egoísta y estúpida, sin el más mínimo atractivo o interés. Después de más de veinte años de adoración, se desenamoró de ella en un instante.

Se levantó de la mesa y se marchó sin despedirse. Una cosa menos en su vida, pensó mientras caminaba de vuelta a su apartamento. Ya se había desprendido de Merche, de sus hijos —muy a su pesar—, y ahora de Julia. Su pasado empezaba a ser su peor enemigo. Sin saber muy bien por qué, entró en una librería y se compró *El buen soldado* de Ford Madox Ford. Ni siquiera esperó a llegar a su casa, se sentó en un banco y empezó a leer.

* * *

Luis López Castro terminó de repasar el dossier sobre Pilar Ginés, lo metió en un sobre y se lo remitió con un motorista al vicepresidente. Como siempre, había hecho un trabajo concienzudo. Una vida interesante la de Pilar Ginés, llena de oscuridades y falsedades, con algún que otro incidente más que escabroso. En fin, el vicepresidente Vicente Ruiz tenía un buen material para destrozarla en el debate.

El viejo conspirador se arrellanó en su sillón muy satisfecho de sí mismo. Las cosas iban bien. La detención de Junquera que tanto le había inquietado parecía que no iba a traer consecuencias desagradables. Ya habían pasado dos días desde su arresto y no había ocurrido nada. Su esbirro había cumplido con su pacto de silencio. No esperaba menos de él.

Tendría su recompensa tal y como habían pactado. Estaría poco tiempo en la cárcel. Una vez ganadas las elecciones se le sacaría de prisión de una manera discreta. También se encargaría personalmente de la juez y de ese policía. Se iban a enterar de lo que vale un peine. No le dio tiempo a regodearse mucho más en sus futuras venganzas, porque se abrió la puerta de su despacho y entró Carmen Seco —la mujer de Ignacio, el excompañero de Hacienda de Javier— temblando de pies a cabeza y con el rostro bañado en lágrimas.

«Otra pelea conyugal», pensó López Castro. Y se levantó para consolarla.

—Fuera hay dos policías que quieren hablar con usted —le dijo entre sollozos antes de que pudiera estrecharla en sus brazos—. Traen una orden de detención.

Vicente Ruiz se llevó a su casa el dossier de Pilar Ginés que horas antes le había entregado en mano una ordenanza del ministerio. Lo leyó con detenimiento, subrayando los pasajes más interesantes. Era un material excelente. Luis López Castro había cumplido su palabra. A pesar de lo que estaba ocurriendo —la aparición de los documentos de *Llano Amarillo* en Internet—, el futuro parecía prometedor. Las encuestas eran algo peores, pero seguía manteniendo una buena ventaja. En el camino a la presidencia sólo quedaba el debate, y el dossier que tenía entre las manos le proporcionaba una ventaja extraordinaria. Tenía que pensar bien cómo utilizarlo.

Estaba tan absorto en sus reflexiones que tardó un buen rato en darse cuenta de que le llamaban a su móvil.

—Han detenido a Luis López Castro —le dijo Jaime Bosch muy alterado.

—¿Por qué lo han detenido? —preguntó Vicente Ruiz temiéndose lo peor.

—Por lo que sé, le acusan de participar en el asesinato de un banderillero retirado.

* * *

Rosario Campo, la ordenanza de la que Inguanzo se servía para pasar información a Antonio Oliver, después de entregar en mano el dossier de Pilar Ginés al vicepresidente, cumplió escrupulosamente con su jornada de trabajo y salió del Palacio de la Moncloa a la caída de la tarde. En vez de dirigirse a su casa, se metió en una cafetería y escribió una nota a mano con letras mayúsculas. La metió en un sobre y buscó una cabina.

* * *

Antonio Oliver acababa de terminar la lectura de *El buen soldado* cuando sonó el timbre de su puerta. Abrió la puerta extrañado, no esperaba a nadie a esas horas. El repartidor le entregó una pizza. Y aunque Oliver no la había pedido la pagó religiosamente, añadiendo una buena propina.

Debajo de la pizza había un sobre envuelto en plástico. Y dentro del sobre una nota escrita con letras mayúsculas: EL VICEPRESIDENTE HA RECIBIDO ESTA MAÑANA UN DOSSIER SECRETO SOBRE PILAR GINÉS. EL REMITENTE ES LUIS LÓPEZ CASTRO.

A pesar de lo avanzado de la hora, Antonio Oliver llamó inmediatamente a Paco Tovar.

Tovar echó a todo el mundo de la habitación y se quedó a solas con Pilar Ginés. Le contó lo que le había transmitido Oliver.

—¿Es grave? —le preguntó a la candidata.

—Depende de lo que hayan encontrado —contestó una apesadumbrada Pilar Ginés—. Pero si han hecho bien su trabajo habrá cosas que no son muy bonitas. Dificiles de explicar.

—¿Nada económico, supongo?

—No nada. Por ese lado estamos absolutamente limpios.

—Bueno —suspiró Paco Tovar—. Necesito que leas esto.

Y le pasó un sobre a su nombre en el que Pilar Ginés reconoció inmediatamente la letra de Fernando Alcaraz.

Antes de que ella abriera el sobre, Tovar le advirtió:

—Después de que la leas, la decisión que tomes será de tu entera responsabilidad.

Pilar Ginés leyó la carta dos veces antes de atreverse a hablar.

—Esto es una putada. No se lo merece. Sois unos cabrones.

Paco Tovar ni se dignó contestar a sus insultos.

—Hoy por hoy es la única posibilidad de que ganes las elecciones y de que Vicente Ruiz no te machaque en el debate. Aunque quiero que sepas, por si no lo has pensado, que podemos hacerle la putada a Oliver y que aun así no sirva de nada.

—Tengo que pensarlo —dijo la candidata mientras se guardaba la carta en el bolso.

—No hay tiempo. Tienes que decidirte ya.

En ese momento, se abrió la puerta y entró Antonio Oliver.

* * *

Alfonso Tena volvió a su casa después de que su chófer dictara desde el teléfono de una cabina el número 99. El último documento de *Llano Amarillo*.

Para su sorpresa, se encontró con su prima María Fernanda charlando animadamente con Margarita, la nueva enfermera que había contratado para que le cuidara en su «enfermedad». Se había decidido por una sudamericana —colombiana— por el idioma, y, sobre todo, por el color de su piel, un chocolate claro que resaltaba aún más con el blanco del uniforme.

—¿No es demasiado guapa para ser enfermera? —le preguntó su prima cuando la joven, embutida en un uniforme más que turbador, se marchó a preparar sus medicinas.

—Querida prima, para un anciano como yo todas las mujeres, sean guapas o feas, son invisibles. Lo importante es que es una gran profesional —le contestó con gran desenvoltura—. Si no te importa —continuó—, necesito descansar un poco. Estoy agotado —dijo finalmente a su prima.

Necesitaba estar solo. Desde que María Fernanda se había enterado de su supuesta enfermedad, solícita y cariñosa como era, no le dejaba ni a sol ni a sombra. Lo cual era de agradecer, pero resultaba un fastidio.

Se despidió de su prima y se metió en la cama. Era el momento del día que más disfrutaba. Margarita entraba en su cuarto para darle las medicinas y entonces podía observarla a su gusto y guardarla en su memoria para la hora de la siesta. Mientras esperaba su visita repasó en su mente las palabras que iba a pronunciar en el cierre de campaña de Vicente Ruiz. Naturalmente, apoyándole.

Después, como hacía todas las mañanas, recordó su juventud.

«Vaya mierda —pensó— haber nacido conservador en la España del siglo pasado». Toda una juventud desperdiciada en misas, oposiciones, plazas de Oriente y, lo peor de todo, en la tuna. Qué diferencia si hubiera nacido en Inglaterra, Francia o Estados Unidos. Sobre todo en Estados Unidos. Qué no hubiera dado por pertenecer a la administración Kennedy. En Camelot también había sitio para conservadores como él —Rusk, Bundy—. Y esas fiestas. Esas mujeres: Jackie, Marilyn, Angie Dickinson...

* * *

Isabel acudió puntual y sola a su cita con la tapia. Aunque Javier quería acompañarla, ella se negó. Cumpliría con la misión que le había encargado Inguanzo tal y como él le había instruido. Ya se había saltado una regla admitiendo a Javier y no quería violar ninguna más.

En el piso del Camino Viejo de Leganés a Isabel le atacó un ramalazo de melancolía. El documento 99 era el último. Cuando se lo entregase al correo su misión habría acabado. Ya nunca más volvería a ser una militante clandestina. Pensó en Inguanzo y en todos aquellos a los que antes no conocía y que nunca volvería a ver. Gente anónima que una vez que todo hubiera terminado volverían a sus ocupaciones y jamás serían recordados, como ella. Mejor así.

Lo que tenía claro era que su vida había cambiado para bien, y no sólo por Javier.

Isabel, siempre tan privada y tan convencional —«excepto en la cama», pensó con satisfacción —, mientras se despedía del piso del Camino Viejo de Leganés y se encaminaba a entregar los documentos se vio a sí misma como una persona diferente. El pasado había quedado atrás definitivamente. Ahora tenía que pensar en el futuro.

* * *

Luis López Castro mantuvo el tipo frente a la juez durante escasos minutos. Protestó airadamente su detención y se negó a hablar hasta que llegaran sus abogados. Le recordó a la juez, por si no había reparado en ello, que él también era jurista, y que, por lo tanto, conocía a la perfección sus derechos.

La juez Sequeira le dedicó una sonrisa.

—Estoy de acuerdo con usted. Yo también prefiero que hable antes con su abogado.

Borja Lozano —seguramente el mejor penalista de España y compañero de promoción de Luis López Castro— no se anduvo con rodeos.

—Luis, siento decirte que estás bien jodido. Alfredo Junquera ha hecho una declaración muy detallada en la que te imputa varios delitos. La cosa está complicada.

Esta vez, López Castro no rompió a sudar. Rompió a llorar como un niño.

—Llama a Julián —le dijo entre sollozos— y que me saque de aquí.

—Julián no puede hacer nada —le contestó el letrado disgustado por el comportamiento de su

compañero de clase—. A él también lo acusarán más tarde o más temprano. Vas a pasar un tiempo en la cárcel, así que es mejor que te hagas a la idea.

Luis López Castro dejó de llorar y se desmayó.

* * *

—Quisiera hablar con Antonio Oliver —dijo una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Soy yo —contestó molesto Oliver que no quería que le distrajeran de la lectura de las encuestas que le había mandado Javier.

—Perdone que le moleste, soy Elena Duque, una redactora de *El Globo*. Y le llamo con relación a una noticia que ha llegado a nuestra redacción. Nos gustaría conocer su versión.

—¿De qué se trata? —contestó Oliver mientras comprobaba que Pilar Ginés seguía subiendo en las encuestas pero muy lentamente.

—Es en referencia a una cuenta en Suiza a nombre de usted y de su exmujer que jamás se ha declarado a Hacienda. Quisiéramos saber si es cierto.

Oliver no tardó mucho en contestar.

—Es cierto —dijo, y colgó el teléfono.

* * *

Jaime Bosch entró en el despacho del vicepresidente con la primera edición de *El Globo* bajo el brazo. Lo desplegó exultante sobre la mesa.

—Mira la bomba que acaba de estallar. Y le señaló la noticia que salía en primera página: «Antonio Oliver, jefe de campaña de Pilar Ginés, reconoce ser titular de una cuenta opaca en Suiza fuera del alcance de la Hacienda española».

Para sorpresa de Bosch, su jefe no se alegró con la noticia.

—¿Tenemos nosotros algo que ver con esto? —le preguntó visiblemente alterado.

—No —le contestó—. De nosotros no ha salido, de eso puedes estar seguro.

El vicepresidente se quedó pensativo.

—Entérate si Julián de la Hoz es la fuente, y habla con la exmujer de Oliver. Quiero saber de dónde viene la filtración.

A Jaime Bosch le extrañó mucho la preocupación del vicepresidente por saber de dónde provenía la noticia. Después de las revelaciones de Internet esto era una ayuda. Durante días se podían dedicar a machacar la doble moral de Pilar Ginés. Su jefe de campaña un evasor de impuestos, demasiado bueno para desaprovecharlo. Pero ya estaba acostumbrado a la mente tortuosa de Vicente Ruiz, y sin hacer comentario alguno se dedicó a la tarea que le había encomendado.

A las pocas horas Bosch ya tenía toda la información. Ni Julián de la Hoz, ni su exmujer habían tenido nada que ver con la filtración.

Vicente Ruiz despidió a su subsecretario y se sirvió un whisky. Si nadie de su entorno había tenido que ver con el asunto, entonces estaba claro que se trataba de una señal, igual que su ausencia en el documento treinta y tres. Desde el campo de Pilar Ginés le estaban avisando: no utilices el dossier en el debate o...

¿O qué? ¿Qué tenían contra él que estaban dispuestos a sacrificar a Oliver para avisarle?

Había algo más, de eso estaba seguro, y más le valía descubrirlo antes del debate, porque si no era hombre muerto.

Jaime Bosch volvió a entrar en el despacho.

—Ya he pactado con Tovar el formato del debate. Nos falta ponernos de acuerdo con el moderador. Hemos reducido la lista a tres.

El vicepresidente no lo dudó: eligió a Lucía Flores. Estaba más que seguro de que le iba a favorecer —sin que se notara—, exactamente igual que la última vez. Lo que no sabía el vicepresidente, ni tampoco Lucía Flores —pero sí Mirella y Alcaraz—, es que a veces los remordimientos son un arma más letal que una pistola cargada.

* * *

Isabel fue la única persona que mandó un mensaje de apoyo a Antonio Oliver. La política —pensó— era el peor de los oficios. Una equivocación y te enterraban de por vida. Pobre Antonio: tan educado, tan inteligente, tan infeliz.

—Me temo que con esto hemos perdido las elecciones —le dijo Javier intentando aparentar una serenidad que no tenía.

Él también lo sentía por Oliver, le había terminado cogiendo afecto. Pero su imprudencia —podía haberlo avisado, podía no haber participado en la campaña— les había puesto a los pies de los caballos. Ahora, el debate —la última oportunidad que tenían— sería un paseo militar para Vicente Ruiz. Todo el trabajo, la muerte de su padre y la de Inguanzo, todo al garete porque Antonio Oliver y su horrenda mujer habían querido asomarse a la vida de los ricos. Al final, como a Al Capone, los habían trincado por no pagar impuestos. Vaya ironía.

Isabel, a la que en esos momentos ganar o perder las elecciones le traía sin cuidado, quiso alejar de su mente la tristeza que la invadía y, como siempre que estaba a punto de caer en el pozo, se refugió en las cuestiones prácticas.

—Ya he terminado el trabajo que me encargó Inguanzo. Si quieres podemos trasladarnos a mi casa.

—Perfecto —le contestó Javier—. Pero antes te invito a una copa. Necesito beber algo fuerte.

En el bar en el que recalaron para tomarse un whisky de dudosa calidad asistieron a la nefasta ceremonia de la política moderna de un acabado Oliver pidiendo perdón urbi et orbi por sus pecados. Como ambos sabían lo que estaba diciendo, ni siquiera pidieron al dueño que subiera el volumen del televisor.

29

Julián de la Hoz se reunió con el abogado Borja Lozano para tratar el asunto de la detención de Luis López Castro y sus posibles repercusiones.

—Tienes que prepararte para una lucha larga en los juzgados —le dijo el letrado—. Si quieres que te diga la verdad, no confío mucho en la presencia de ánimo de Luis. Me temo, que a pesar de mis consejos, su declaración no será muy buena para ti.

—Siempre fue un cobarde —le interrumpió con violencia el banquero.

—Sí, esa es la parte mala, pero la buena es que al final será tu palabra contra la suya. Siempre y cuando te mantengas firme —prosiguió Lozano.

—¿Y la juez? ¿Qué sabemos de ella? —preguntó don Julián.

—Dura, muy dura, y hasta ahora inmune a las presiones. Pero tú no eres ni ese policía ni Luis. Tú tienes otro estatus y otros amigos.

—¿A qué te refieres?

—Al Consejo del Poder Judicial. Allí tienes muchos amigos que podrían parar el golpe. Pero sería bueno que hablaras tú con ellos personalmente.

* * *

—Olvídate de Vicente Ruiz —le dijo Javier a Pilar Ginés—. Él no es tu problema. No pretendas aparecer como más inteligente que él, ni te empecines en rebatirle uno a uno sus argumentos. El vicepresidente sabe que no es un buen comunicador y se atrincherará. No le vas a sacar de sus respuestas preparadas. Su objetivo es mantener el voto que le es fiel y a eso va a dedicarse la hora y media del debate. Tienes que centrarte en convencer a los votantes que todavía no se han decidido por ti, que todavía no están seguros de que puedes enderezar el país. Todas tus intervenciones tienen que ir dirigidas a ellos. Piensa que la mayoría se levanta por la mañana y antes de ir a trabajar entra en Internet para ver lo que se le viene encima. Están indignados, pero en su gran mayoría están asustados. Tienes que ayudarles a que den un paso al frente, a que

pierdan el miedo y convencerles de que estas no son unas elecciones normales: estas son las elecciones más importantes de sus vidas. Pero para eso tienes que olvidarte de la Pilar Ginés de la campaña. Ten en cuenta que es la primera vez que millones de personas van a tener la oportunidad de examinarte y sólo tienes hora y media para convencerlas. Así que, nada de faldas cortas, chascarrillos y sonrisas. Tienes que parecer presidenciable, transmitir *gravitas*.

Pilar Ginés se quedó un rato en silencio rumiando los consejos de Javier.

—Vamos a intentarlo —le dijo.

Y durante dos horas, bajo la atenta mirada de Paco Tovar, Javier hizo de Vicente Ruiz y Pilar Ginés de la nueva Pilar Ginés.

* * *

Javier —además de algo de ropa— sólo se trajo un objeto de su casa: la foto de su padre con Antoñete y la colgó en el salón de casa de Isabel aunque no pegaba demasiado. Ella no puso reparo alguno. En realidad, y a pesar de todos sus temores, a Isabel no parecía molestarle ninguno de sus hábitos de soltero. Ni siquiera su desorden.

—Por ahora no me importa —le dijo riéndose mientras le ayudaba a recoger la ropa tirada en el suelo—. Pero después ya veremos.

Una vez recogida la ropa y doblada cuidadosamente, Isabel pensó que era el momento adecuado para mantener una conversación seria con Javier sobre el futuro: trabajo, dinero, hijos. Ninguno de los dos eran unos niños.

Por una extraña coincidencia, Javier también pensó que era un buen momento para contarle sus planes a Isabel. Una vez terminadas las elecciones, tenía pensado que dieran una vuelta al mundo. Estaba seguro de que iba a encantarle la idea.

Pero a ninguno de los dos le dio tiempo a hablar. Sonó el teléfono móvil de Javier. Era Curro Vázquez, que le estaba echando una mano a Rafael Mora.

—Le he conseguido una sustitución para el domingo. El dinero flojito, pero el cartel es bueno y es una oportunidad —le dijo el maestro.

—Rafael va a tomar la alternativa el domingo. Acompáñame al sastre, quiero regalarle un vestido nuevo —le dijo a Isabel cuando colgó el teléfono.

* * *

El debate transcurría más o menos como Javier había pronosticado. El vicepresidente mantenía la línea prevista: respuestas largas plagadas de cifras para contestar a las preguntas económicas, y displicencia y frases cortas cuando la moderadora, Lucía Flores, le preguntaba por la conspiración: «No me interesan, y estoy seguro de que a los españoles tampoco, las teorías conspirativas. Es fácil sembrar la discordia desde el anonimato. Hay muchas personas honorables acusadas sin pruebas. Es intolerable».

Por su parte, Pilar Ginés siguió al pie de la letra las instrucciones de Javier. Se vistió de forma conservadora, sonrió y cruzó y descruzó las piernas lo mínimo indispensable, y siempre dirigió sus respuestas al vicepresidente —al contrario de este, que jamás le dedicó una sola mirada durante el debate—. Y siempre lo hizo con educación pero con contundencia. A la acusación de que le faltaba formación, respondió muy tranquila:

—Salvando las distancias, Jesucristo no fue a la universidad, y Churchill tampoco.

No se privó tampoco de lanzarle algunas pullas al candidato.

—El problema del vicepresidente en funciones no es que no conozca los problemas de los españoles, los conoce de sobra. El problema es que no le interesan.

Y cuando Vicente Ruiz hizo hincapié en su falta de experiencia, Pilar Ginés recurrió a una de las contestaciones que tenía preparada.

—Sí, en eso no puedo estar más de acuerdo con usted. Yo no tengo la experiencia de haber arruinado a una comunidad autónoma, y de haber ayudado a llevar a la quiebra al país en sólo seis meses como vicepresidente. Mi experiencia es mucho más modesta. He sido ministra de uno de los gobiernos más exitosos de la democracia y alcaldesa de la quinta ciudad de España durante seis años. Por cierto, la única junto a Bilbao que tiene las cuentas completamente saneadas.

Se desenvolvió bien en las preguntas económicas y no eludió opinar sobre los documentos de la conspiración:

—No creo que nadie se haya tomado el trabajo de falsificar noventa y nueve documentos, incluido el texto de una nueva Constitución totalitaria. Naturalmente, los he estudiado a fondo, como también lo ha hecho el vicepresidente, aunque él lo niegue. Mi impresión es que todo lo publicado es verdad. ¿Puedo probarlo? Ahora no. Pero si gano las elecciones me encargaré de que se investigue toda la trama y se castigue a los culpables.

En la pregunta más delicada, las cuentas en Suiza de su jefe de campaña Antonio Oliver, no vaciló. Se traía la lección bien aprendida.

—Es cierto, él mismo lo ha confesado. Pero la verdad, no me ha extrañado. Durante muchos años en mi partido hemos sido muy tibios con el tema del dinero. Nos hemos dejado corromper por los ricos y los poderosos. Hemos buscado su compañía, hemos imitado sus hábitos. Hemos querido ser como ellos. Ha sido un desastre, y en ese proceso nos hemos dejado parte de nuestra alma. Ahora, necesitamos recuperarla.

Lucía Flores, sintió una punzada de remordimiento cuando Pilar Ginés terminó su intervención. Pero en vez de ahuyentarla, se saltó el guión pactado e introdujo una pregunta personal.

—Comprenderá que después de su intervención, no tengo más remedio que preguntarle si usted puede asegurar sin ningún género de dudas a todos los que nos están viendo y escuchando que no tiene nada que ocultar. Que no nos llevaremos ninguna sorpresa.

—No tengo nada que ocultar —respondió Pilar Ginés—. Nunca lo he tenido. Todos los años publico un anuncio en los periódicos de Zaragoza, pagado de mi bolsillo, con mi declaración de la renta. Y con una relación detallada de mis gastos.

Lucía Flores en ese momento se odió a sí misma. Le vino a la mente su casa de la playa y el billete de lotería. Le pudieron los remordimientos. Durante unos instantes quiso volver a ser la periodista independiente e insobornable y, a sabiendas de que se estaba inmolando, se volvió al vicepresidente y le espetó:

—¿Y usted, puede decir lo mismo?

Durante cinco segundos agónicos, el vicepresidente guardó silencio.

—Por supuesto —contestó finalmente—. La declaración de mis bienes está en la secretaría del Congreso de los Diputados. Es pública.

Para los que no estaban en el secreto —el fondo que Julián de la Hoz había suscrito a favor de

Vicente Ruiz—, que eran la inmensa mayoría, el intercambio de declaraciones pasó como un lance más del debate. Pero para los pocos que lo sabían, la declaración del vicepresidente produjo sensaciones muy distintas.

* * *

Julián de la Hoz palideció, y empezó a vislumbrar el principio de su caída. Alfonso Tena, que sabía que quedaban sólo unas horas para que el documento número 99 saliera a la luz, apagó la televisión aunque todavía quedara media hora de debate, y por primera vez sintió lástima de Vicente Ruiz.

Mirella, que por la diferencia horaria, se había puesto el despertador para seguir el debate, al igual que Tena también apagó el televisor en el momento en que Vicente Ruiz mintió a millones de españoles. La jugada diseñada por Alcaraz —y en la que ella había sido actriz principal— había salido perfecta: en el camino habían quedado Lucía Flores, Antonio Oliver y, con toda probabilidad, Vicente Ruiz y Julián de la Hoz. El alma humana —incluida la suya, por supuesto— era demasiado predecible. Excepto en el amor, se dijo, mientras contaba las horas para volver al bar de Rina.

Javier —que no estaba en el secreto— al ver la vacilación del vicepresidente comprendió al instante que detrás de esos cinco segundos eternos había algo muy importante que se le escapaba.

Se volvió a Isabel.

—El último documento que llevaste, ¿sabes de qué trata?

—No, nunca los leía. Inguanzo me lo tenía prohibido. Siempre me dijo que cuanto menos supiera, mejor. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, por curiosidad —le mintió Javier, que prefería no compartir con ella sus temores.

* * *

Los dos protagonistas del debate, Pilar Ginés y Vicente Ruiz, se despidieron con amabilidad al finalizar el programa. Los dos, por diferentes razones, cuando se metieron en el coche pensaron en Antonio Oliver.

Este, por su parte, había decidido no ver el debate. Le horrorizaba la idea de oír su nombre —aunque se lo mereciera— arrastrado por el fango. Lo sustituyó por *El hombre que mató a Liberty Valance*. Últimamente pasaba el tiempo viendo *westerns*. Necesitaba hacer acopio de épica para enfrentarse al futuro.

30

La aparición del documento número 99, el fondo secreto que Julián de la Hoz había suscrito a favor del vicepresidente, levantó, a dos días de las elecciones, una polvareda sin precedentes. El que Vicente Ruiz hubiera mentido en directo a millones de españoles provocó una ola de indignación que, a pesar de que los medios afines trataron de rebajarla, recorrió el país de norte a sur. Los indecisos empezaron a replantearse el voto, y entre los que pensaban apoyar opciones minoritarias surgieron las dudas. El plan que Fernando Alcaraz había diseñado, y que Alfonso Tena había ejecutado con precisión de virtuoso, había cumplido sus objetivos. Ahora había que esperar dos días para saber si todo el esfuerzo, el sufrimiento y las traiciones habían valido la pena.

* * *

«La jugada había sido perfecta —pensó Vicente Ruiz con cierta envidia—. Perfecta».

Habían medido los tiempos y habían golpeado en el momento justo. Nada que objetar. Lástima que no se le hubiera ocurrido a él. Descolgó el teléfono y empezó a marcar el número de Antonio Oliver —quería que supiera que él no había tenido nada que ver en su caída—, pero a la mitad se arrepintió. ¿Para qué hablar con él? No le iba a creer.

Los dos podían haber sido presidentes del Gobierno, pero... Bueno, él todavía podía serlo, aunque después de lo ocurrido casi prefería perder las elecciones y desaparecer.

Se acercó al ventanal de su despacho. Abajo en los jardines, fumándose un cigarrillo, se paseaba la todavía presidenta Elisa Velázquez. Otra damnificada. Ya podía olvidarse del Banco Europeo de Inversiones. Bajó la persiana y se sirvió un whisky. «Qué rara es la vida —pensó—, y qué difícil».

* * *

El Consejo del Poder Judicial se reunió para tratar el tema de la juez Sequeira. Si la reunión se hubiera celebrado un día antes, a buen seguro que la hubieran suspendido de sus funciones. Pero después de la aparición del documento número 99, las ideas sobre el caso de varios de sus integrantes habían variado radicalmente. ¿Y si Pilar Ginés ganaba las elecciones?, se preguntaron algunos de los amigos de Julián de la Hoz. Lo mejor era no mancharse las manos. La justicia es igual para todos. La justicia debe seguir su curso sin interferencias. Sí, la juez había podido cometer defectos de forma, e incluso podía haber prevaricado, pero eso era difícil de probar. Suspenderla de sus funciones sería un escándalo en las circunstancias actuales. Un escándalo.

Aun así, la votación fue muy apretada. Por dos votos el Consejo del Poder Judicial determinó que la juez Sequeira siguiera al frente del caso.

* * *

El primer día de su estancia en Hong Kong, Manny se mantuvo si no aislado, sí poco comunicativo. Escuchó a los intervinientes, procuró no dormirse cuando un historiador bastante pedante —contratado por los organizadores del acto— les habló durante hora y media de la proyección histórica de China, y procuró no atiborrarse de la excelente comida que servían en los restaurantes de cinco tenedores a los que les invitaban.

Fue en la sesión de la noche del segundo día cuando, después de hablar durante unos veinte minutos de la posible mala gestión de algunos bancos europeos, puso como ejemplo de pésima gestión —balances falsos y acciones sobrevaloradas— al Banco Hispania. Enumeró los datos con precisión de cirujano, sin levantar la voz, sin emitir juicios de valor. Pero para los que le estaban escuchando fue más que suficiente. Todos olieron sangre, y aunque durante la cena no se volvió a hablar mucho del tema, Manny comprobó que sus palabras habían creado el efecto deseado, porque cada dos por tres alguno de los comensales se excusaba para hablar por teléfono y dar órdenes de compra y venta a sus compañías.

Las bolsas asiáticas abrían las primeras y el pánico en España empezaría de madrugada. Ahora —pensó mientras paladeaba un martini—, lo importante era no perder los nervios y confiar en que las previsiones de Mirella fueran correctas. Había invertido casi toda su fortuna y la de muchos de sus inversores a una carta. Pero en eso consistía el juego. A pesar de su reputación de hombre con nervios de acero, no pudo probar la comida. A los postres, no pudo más y salió a la terraza del restaurante. Sacó del bolsillo su teléfono de prepago y llamó a Mirella.

—¿Estás segura de que Beatriz del Álamo no le sacará las castañas del fuego en el último momento?

—Completamente segura —le contestó Mirella.

* * *

—El Consejo del Poder Judicial ha dado vía libre a la juez para seguir la investigación, lo siento —le dijo el letrado Lozano a Julián de la Hoz con voz compungida.

Pero el banquero no pareció muy afectado por la noticia.

—Has hecho todo lo posible, te lo agradezco —le contestó el banquero retirándose del ventanal.

—He conseguido que te detengan en tu casa, discretamente. Sin la presencia de los medios de

comunicación.

A don Julián no le dio tiempo a responder. El vicepresidente primero del banco, el nudo de la corbata aflojado, en mangas de camisa y visiblemente alterado entró en el despacho sin llamar.

—Don Julián —dijo con voz temblorosa— las ventas en corto nos están matando. Dentro de unas horas no podremos hacer frente a los pagos. Tiene usted que llamar a la gobernadora y que pare esto como sea.

Julián de la Hoz encendió un cigarrillo.

—Llámelas usted en mi nombre. Yo me voy a casa.

—No se pone al teléfono —le contestó al borde de las lágrimas—. Sólo usted...

Julián de la Hoz le puso una mano en el hombro.

—Cálmese. En estos momentos es importante no perder la compostura.

Y, sin más, salió de su despacho.

* * *

Rafael Mora seguía la tradición —que le había inculcado Luis García— de dormir la noche anterior en el sitio donde se torea. Así que se vino de Santa Olalla, su pueblo natal, para instalarse en un hotel de Madrid. Como es natural, no durmió en toda la noche, abrumado por la responsabilidad que le esperaba la tarde siguiente. Era el día de su alternativa y, por si fuera poco, era la única corrida que tenía firmada para toda la temporada. De esa corrida, de su triunfo o fracaso dependía su futuro. A sus dieciocho años recién cumplidos, Rafael Mora sólo pensaba en el toro. Para él, las elecciones no tenían el más mínimo interés. Desde niño había soñado con ser matador de toros, y estaba dispuesto a dejarse matar antes que fracasar en su intento. Se levantó muy temprano y lo primero que hizo fue descorrer las cortinas de la habitación para comprobar si hacía viento. Las hojas de los árboles estaban en calma, pero aún quedaban muchas horas para la corrida. Era mejor no hacerse ilusiones. Para matar el tiempo y los nervios empezó muy lentamente a preparar su capilla de vírgenes y cristos. En un extremo de la mesa colocó junto a las vírgenes dos fotos: la de Gregorio Sánchez, el gran torero de su pueblo con el que había dado sus primeros pasos como becerrista y que le había regalado su primera muleta, y la de Luis García, *Luisillo* —su mentor—, y al que tanto echaba de menos en un día tan señalado y tan importante para él.

* * *

Javier García también se levantó temprano, y lo primero que hizo también fue mirar por la ventana las copas de los árboles. Ese domingo de mayo se le juntaban dos acontecimientos que le impedían dormir: la alternativa de Rafael Mora y las elecciones. Supersticioso como era, tuvo la intuición o revelación mientras se duchaba de que ambos acontecimientos estaban íntimamente ligados, y que el fracaso o el triunfo de Rafael Mora serían también el fracaso o el triunfo de Pilar Ginés.

Con esa idea arbitraria, pero ya firmemente instalada en su cabeza, despertó a Isabel. Tenían una mañana muy ocupada. Primero, irían a votar, después pasarían por Las Ventas para presenciar el sorteo, y más tarde, se acercarían al hotel para desearle suerte al matador.

* * *

El inspector Ramos fue primero a votar a su colegio electoral, y después se acercó al bar donde se había citado con los subinspectores Capa y Pedregal para desayunar juntos antes de ir a detener a Julián de la Hoz. Hasta él, un hombre con fama de impasible —meaba hielo según decían muchos de sus compañeros— estaba emocionado esa mañana. Sin duda, este había sido el caso más importante de su carrera. Y el que para bien o para mal iba a marcar su futuro en el cuerpo.

Los subinspectores, aunque intentaban disimularlo, estaban igual de nerviosos que él. Capa, más que nada por dar conversación, le preguntó a Pedregal:

—¿Tú a quién vas a votar?

—No lo tengo decidido, lo más seguro es que me abstenga. Todos los políticos son iguales.

—¿Cómo te vas a abstener en una situación como esta? —le contestó Capa un poco sorprendido ante la respuesta—. Pilar Ginés no es igual que Vicente Ruiz, de eso puedes estar segura.

—Eso me dice Juan. Pero no sé, al final los políticos siempre te engañan. Además, yo nunca he votado.

—Pues este es un buen momento para empezar —le dijo Capa, que desde que habían salido las revelaciones de Internet se había convertido en un propagandista de Pilar Ginés.

—Joder, de verdad, eres igual de coñazo que mi marido, que está todos los días colgado de Internet y no habla de otra cosa —le contestó un poco airada la subinspectora, que llevaba una semana escuchando a su marido insistirla en que debía votar a Pilar Ginés. La verdad es que había decidido darle una satisfacción y votarla. Pero terca y malhumorada como era, se lo pensaba decir en el último momento.

—Bueno, basta ya de cháchara —interrumpió el inspector—. Tenemos trabajo que hacer.

Lo que le impulsó a cortar la conversación entre Capa y Pedregal no fue tanto la urgencia de detener a Julián de la Hoz, sino que, como hombre de orden que era —y a pesar de todo lo que sabía y tapándose la nariz— había votado por Vicente Ruiz. Pero le daba vergüenza confesarlo.

* * *

Julián de la Hoz se recluyó en la biblioteca de su casa y, tras encender el último cigarrillo de su vida, se metió los cañones de su escopeta inglesa de caza en la boca. Pero la longitud de los cañones le impidió accionar los gatillos. Pensó en descalzarse, quitarse el calcetín del pie derecho y dispararse utilizando el dedo gordo del pie, tal y como había visto en alguna película, pero la idea de que encontraran su cadáver a medio vestir le repugnó. Bajó de nuevo a la armería y escogió un viejo revolver. Después de limpiarlo y engrasarlo con sumo cuidado para no mancharse el traje, se lavó las manos, metió una bala en el tambor y se sentó en su sillón de lectura. Tuvo un pensamiento para su mujer y se voló la cabeza. Algunas gotas de sangre salpicaron la portada del ejemplar de los *Recuerdos* de Tocqueville que estaba encima de la mesa, junto al sillón de lectura.

* * *

Isabel, cuando se enteró de la muerte de su antiguo jefe, no pudo contener las lágrimas. Se sintió un poco culpable. Ella había sido una de las causantes, si no la principal, de su muerte. Como les

suele ocurrir a las personas de buen corazón, Isabel recordó al mejor Julián de la Hoz: al hombre cortés y educado, que jamás decía una palabra más alta que otra y que siempre la trató con deferencia y, por qué no decirlo, con cierto cariño. Como a una sobrina muy muy lejana.

—Sería así contigo-le dijo Javier mientras la consolaba—. Pero no tengas remordimientos. Mi padre murió por su culpa y tú te salvaste de milagro.

Aun así, sabiendo que Javier tenía razón, Isabel no pudo evitar despedirse de Julián de la Hoz con un sentimiento agridulce.

* * *

Rina se retrasaba y mientras la esperaba sentada a la mesa que había reservado para cenar juntas, Mirella tuvo tiempo para pensar. Ya era millonaria —minutos antes la había llamado Manny para darle la noticia—. Beatriz del Álamo, tal y como ella había adivinado, no había movido un dedo para salvar a su antiguo protector. No en vano se había pasado muchos años estudiando su carácter: cobarde y ramplón. Incapaz de cualquier gesto que no redundase en beneficio propio.

Su alianza con Alcaraz había funcionado perfectamente para los dos, y además, por qué negarlo, habían tenido la suerte de que Julián de la Hoz confiase sus asuntos más oscuros a Luis López Castro. Eso había sido la puntilla.

Era millonaria. Todavía no se hacía a la idea.

Rina llegó por fin y ni siquiera se disculpó por el retraso. Nada más sentarse le dijo:

—A esta cena invito yo. Si nos va bien y seguimos viéndonos la siguiente te toca a ti.

Pidieron de cenar y Rina eligió, como era previsible, un vino barato y espantoso. Cuando terminaron, Mirella le propuso subir a su apartamento.

Rina se echó a reír.

—Otro día, querida. Todavía no sé si me gustas lo suficiente para acostarme contigo. Ya veremos.

Y antes de marcharse pagó la cena.

* * *

—Son gigantescos —le dijo aterrada Isabel, que jamás había visto un toro tan de cerca, cuando salieron del sorteo en Las Ventas.

—Es el toro de Madrid. Cada año es más grande. Pero es lo que toca. Anda, vamos al hotel a deseárselo suerte a Rafael —le contestó Javier mientras veía con preocupación cómo empezaba a levantarse una ligera brisa.

La habitación de Rafael Mora era lo más parecido a un velatorio, pensó Isabel nada más entrar. Las persianas bajadas y hombres muy bien vestidos con semblantes graves y en silencio haciendo compañía al matador. Todos se levantaron cuando Isabel entró en la habitación.

A los pies de la cama donde yacía suspirando Rafael Mora, una silla con el vestido azul pavo y oro que iba a estrenar esa tarde, el capote de paseo y la montera. El matador se levantó de la cama, se puso una bata de seda sobre el pijama nuevo, abrazó a Javier y saludó ceremoniosamente a Isabel.

—Señora, encantado de conocerla —le dijo mientras le estrechaba la mano y hacía una leve inclinación de cabeza.

—Manolo, dale las entradas a don Javier —le ordenó a su mozo de espadas.

—No, muchas gracias, matador, la vamos a ver por televisión. En la plaza me pondría demasiado nervioso. Sólo hemos venido a desearte suerte. A ver si embisten los toros —le dijo Javier mientras le volvía a abrazar para despedirse.

—No se preocupe por eso. Si no embisten los toros, embestiré yo —le contestó Rafael Mora en un tono que no admitía duda alguna.

* * *

—¡Pero si es un niño! ¡Cómo va a enfrentarse a esos toros tan gigantes! Estáis locos —le comentó Isabel a Javier cuando salían del hotel.

—Los toros —le respondió Javier con paciencia— no saben tu edad, ni quién eres, ni cómo te llamas. Los toros, como decía mi padre, no te piden el carné de identidad. Sólo te piden que los torees bien y que no te equivoques.

—Ya, ya —respondió Isabel no muy convencida—. Me sigue pareciendo una barbaridad. Y, qué quieres que te diga, los toros que le han tocado son más altos que él. ¿No podíais haberle buscado unos más pequeños?

Javier se echó a reír.

—Eso le tocará más adelante, si se convierte en un torero importante. Por ahora tiene que apechugar con la que hay y abrirse camino. Además, esa es la ley del toro: primero hay que ser yunque para después ser martillo.

En el taxi de vuelta a casa la radio informó de que a las dos de la tarde la participación electoral era la mayor de los últimos doce años.

* * *

A las siete menos cinco, Javier se colocó delante de la televisión, frotó tres veces su medalla de la virgen guadalupana y le cogió la mano a Isabel.

Mientras los tres matadores y sus cuadrillas hacían el paseo, Javier, más que nada para calmar los nervios, le dijo a Isabel:

—Tienes que contarme lo que pasó en tu noche de bodas. ¿Por qué tu matrimonio sólo duró veinticuatro horas?

—Todavía no tenemos suficiente confianza —le contestó con torería Isabel, que, en los últimos meses, había descubierto que los secretos son parte necesaria de la felicidad.

El primer toro que le correspondía a Rafael Mora por su condición de toricantano salió del toril a las siete y diez.

En los capotazos de salida se llevó por delante al diestro dándole un paliza tremenda. Isabel se tapó los ojos aterrada. Javier la tranquilizó.

—No le ha pasado nada, no te preocupes.

El primer tercio transcurrió sin más incidentes. El público se mantuvo en silencio, a la espera. Todavía no se había decidido ni a favor ni en contra del torero.

* * *

—¿Cómo lo ves? —le preguntó Manolo Molés al matador de toros retirado Emilio Muñoz, que le

acompañaba en la retransmisión, mientras se celebraba la ceremonia de la alternativa.

—Que va a tener que tirar la moneda —le contestó lacónico el gran torero de Triana.

Rafael Mora, ya investido como matador de toros, cogió la montera y se dirigió al micrófono que sujetaba el periodista David Casas para brindar el toro:

—Quisiera brindarle la muerte de este toro a mi maestro Luis García, *Luisillo*, al que le debo todo. Va por él.

Y sin más, se fue al toro. Cuando en una pelea épica se dobló con él cuatro veces sin ceder un centímetro de terreno, el público de Las Ventas rompió en una ovación clamorosa.

Rafael Mora se fue al centro del ruedo y lo citó de largo. Ese fue el momento que aprovechó Javier para decirle a Isabel:

—Rafael le va a cortar las dos orejas al toro y vamos a ganar las elecciones.

AGRADECIMIENTOS Y LECTURAS

En el capítulo de agradecimientos el primero y principal es para mis editoras: Ana Rosa, Miryam y Olga. Ellas saben por qué.

También quisiera agradecer a Joaquín Estefanía su lectura del manuscrito. Me corrigió mis innumerables deslices económicos y me dio muy sabios consejos. Naturalmente, de los errores del texto sólo es responsable el autor.

En cuanto a las lecturas que han dado sustento a este libro, como han sido muchas y desordenadas, evitaré al lector una lista de ellas. Sí me gustaría destacar dos libros que me han servido para rellenar algunos de los pensamientos de los protagonistas: *Mil años de poesía europea*, de Francisco Rico, y el imprescindible, para mí, *The Oxford Dictionary of Twentieth Century Quotations*.